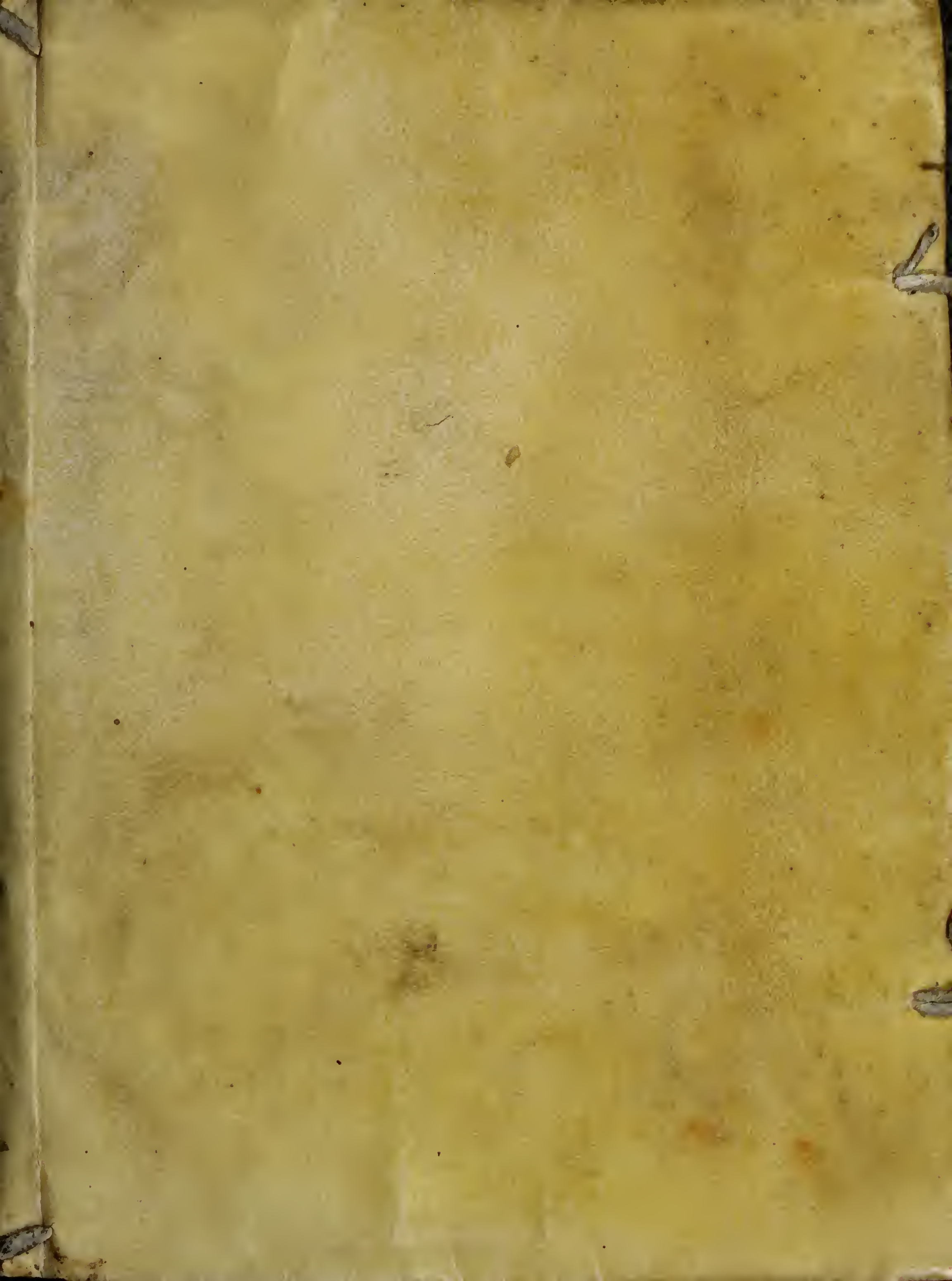
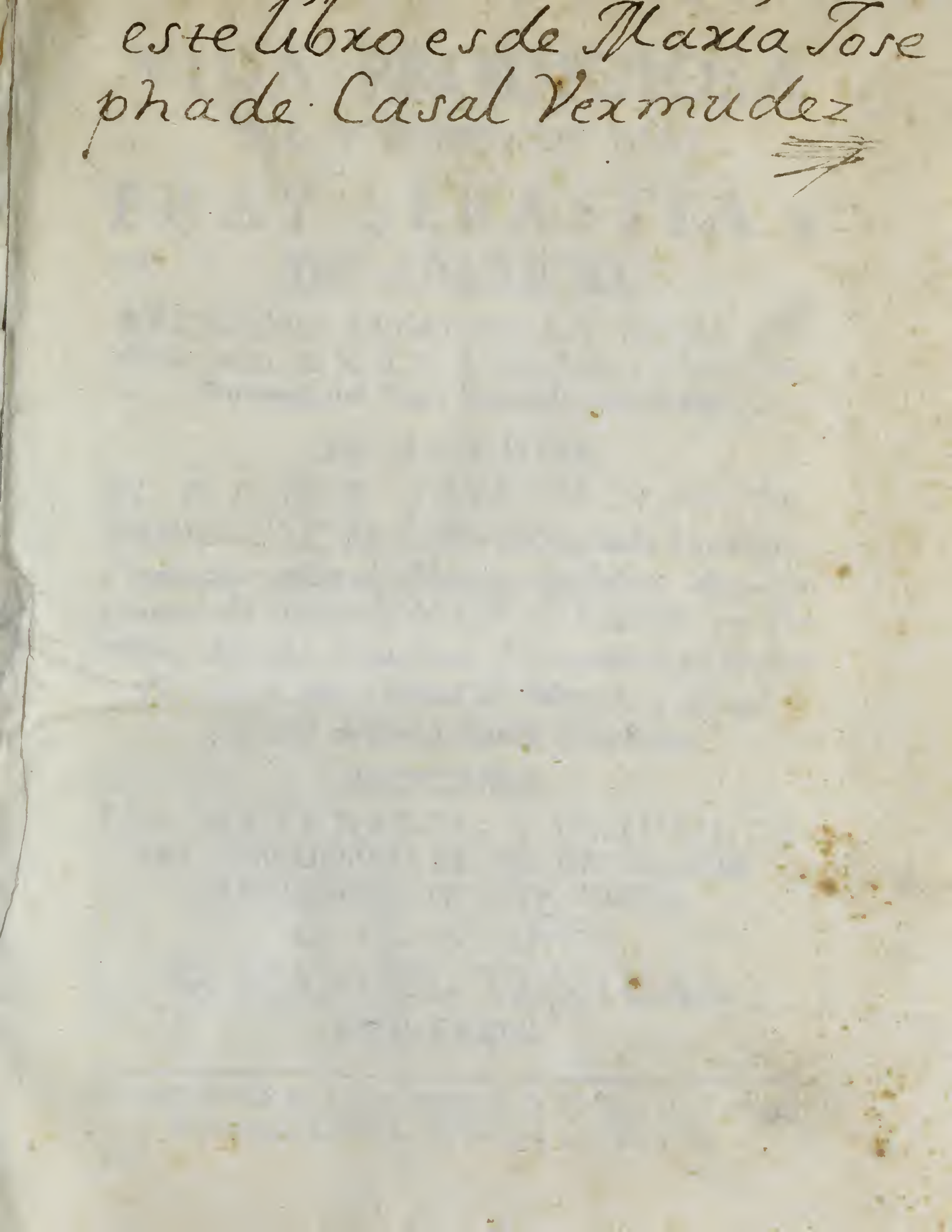



este libro es de Maria Jose
pha de Casal Vermudez

VIDA PRODIGIOSA
DEL V. SIERVO DE DIOS
FRAY SEBASTIAN
DE APARICIO,

RELIGIOSO LEGO DE LA REGULAR Obſervancia de N. S. P. S. Franciſco, è Hijo de la Provincia del Santo Evangelio de México.

SU AUTHOR

EL R. P. FRAY JOSEPH MANUEL RODRIGUEZ, Ex-Lector de Sagrada Theología, Predicador general, Notario Apoſtólico, Chroniſta general del Orden de N. S. P. S. Franciſco en eſta Nueva Eſpaña, Comiſſario Viſitador de ſu Orden Tercero de eſta Ciudad de México, y actual Cuſtodio de dicha Santa Provincia.

DEDICANLA

LOS NATURALES, Y ORIUNDOS DEL NOBILISSIMO REYNO DE GALICIA RESIDENTES EN ESTA CORTE,

AL ILLmo. SEÑOR

D. MANUEL VENTURA FIGUEROA.

EN MEXICO: En la Imprenta de D. Phelipe de Zuñiga, y Ontiveros, Calle de la Palma, año de 1769.

·()- ✠ -()-

AL ILLmo. SEÑOR

D. MANUEL VENTURA

FIGUEROA

Del Conſejo, y Cámara de Caſtilla, &c. &c. &c.

Illmô. Señor.



OCOS havrán emprendido ſemejante demoſtracion con igual confianza de la benigna acogida de ſus Mecenas, â la que nos

nos aſiſte â noſotros al dirigir â V. S. I. la preſente obra. Es ſu aſſunto la Vida del Venerable Siervo de Dios Fr. SEBASTIAN DE APARICIO, Honor, y Gloria del Reyno de Galicia; y los que la ponemos baxo los auſpicios de V. S. I. los Naturales, y Oriundos del miſmo Reyno, eſtablecidos en eſta Corte.

El exceſſo de bondad con que ſe ha manejado V. S. I. ácia noſotros, ha llegado haſta los términos de conſtituirſe nueſtro Agente, paſſando ſus oficios, ê interponiendo ſu reſpeto en una y otra Corte (la de Eſpaña, y la de Roma) â fin de que lograſſemos los deſeos de erigir

gir en eſta Capital la Congregacion del Glorioſo Apoſtol Santiago, nueſtro Patron, con las miſmas gracias, preeminencias, Reglas, y Conſtituciones, con que ſe halla eſtablecida, baxo la Real, y Soberana Proteccion, la de Madrid. En la noticia de cuya conſequcion, ſiendo noſotros los mas beneficiados, ſe expreſſa V. S. I. como el mas agradecido: reſiſtiendoſe â recebir, no ſolo los obſequios de nueſtra gratitud; ſino aun aquellas expenſas, à que le eramos deudores de juſticia: y preciſſandonos ſu generoſidad à que retuvieſſemos aquel Capital, à condicion de que le reconocieſſemos el cenſo de exer-

exercitar ſu beneficencia, ſiempre que lo proporcionaſſe la ocaſion.

Eſte modo irregular de proceder, es el que nos inſpira en la preſente la ſeguridad, de que no hacemos en ella otra coſa, que liſonjear la genial benéfica propenſion de V. S. I.

Para llevar haſta la demoſtracion eſta verdad, baſtaba ſuponer, que ſe digna V. S. I. aplicar algunos de aquellos ratos, que le dexan libre las graviſſimas ocupaciones en que tanto intereſa nueſtra Eſpaña, à la lectura de la dicha Vida.

Que deſpues de haverſe informado por ſu medio de los lances,

que

que acreditan de verdaderamente prodigioso al grande APARICIO, se enqüentra finalmente con la decission, por tantos años esperada, del infalible Oráculo de la Iglesia, que coloca la práctica de sus virtudes, en la classe del heroismo.

No necessitamos mas, Illmô. Señor, para inaugurar con la mayor certeza la gran satisfaccion de V. S. I. al considerar la incontestable verdad de aquella relevancia, revestido su espíritu del imprescindible afecto del Patriotismo. Confessamos ingenuamente lo que ha influido tambien éste en nosotros, para havernos singularizado en las públicas demos-

tra-

traciones de regocijo, con el motivo de tan plausible objeto; y que él mismo nos estimúla el deseo de lograr vér adorado en nuestros dias en los Altares, â un tan ilustre Compatriota.

Ya se vé, que para hacer eficaz, quanto está de nuestra parte, este deséo, necessitamos se reciban en Roma benignamente nuestras insinuaciones, y nuestras instancias. ¿Y quanto no nos podriamos lisonjear de la benignidad de aquella aceptacion, si llegassemos â lograr la dicha de que fuessen acompañadas de las de la religiosidad de todo un Carlos III. â quien ha dirigido el Cielo al Throno

no Eſpañol, para un apoyo eſpecial de la piedad?

La conſideracion de haver de proporcionarnos unos medios tan útiles, y aun neceſſarios, para una empreſſa tan glorioſa, nos preſentaba deſde luego en la Perſona de V. S. I. aquel Sugeto, â quien juzgó â própoſito para adornarle con el alto cáracter de ſu Plenipotenciario toda la Mageſtad de un Rey de Eſpaña (el Sr. Don Fernando VI, que eſtà en gloria) â fin de terminar en la Corte de Roma la antigua controverſia del Real Patronato univerſal del miſmo Rey Cathólico, y ſus Inclytos Succeſſores, en ſus Dominios.

La arduidad del assunto no havía dado lugar â una resolucion decisiva, aun en el último Concordato estipulado el año de 1737. entre Clemente XII, y Phelipe V. bien que desde aquel año se convinieron aquella, y nuestra Corte, en la deputacion de Sugetos, que amigablemente reconociessen sus razones, por una y otra parte.

Ni era possible que se nos ocultasse, que despues de quince años de aquella convencion, presentandose V. S. I. en el gran theatro de la Corte de España, sin mas designio, que el de seguir en ella los negocios de la Iglesia de Mondoñedo,

do, â que le preciſſaba la calidad de ſu Doctoral, ni mas recomendaciones, que el caracter de un ſuperior eſpíritu, que por mas que intentaba ocultar con el velo de ſu modeſtia, ella miſma daba el mas hermoſo reſalte â aquel genio ſublime, capaz de inſinuarle en el corazon de ſu Soberano, libró aquel en V. S. I. la felicidad del éxito de tan antigua, como ardua controverſia; ordenandole paſſaſſe con eſte objeto â la Corte Romana.

Ni que el acierto con que penſó por entonces el Monarcha, lo admiró Roma, luego que vió la expedicion, y integridad con que comen-

zó â manejar V. S. I. el empléo de Auditor de las Causas del Palacio Apostólico, y despues toda España, y con España el mundo todo, al vêr concordadas en virtud de los oficios de V. S. I. las dos primeras Cortes del Christianismo dentro de breve tiempo, acerca de un assunto, sobre que se havía trabajado, y siempre inutilmente, por tantos años.

Pero esto, que tal vez juzgarian necessario exponer algunos otros, para captar la benevolencia de V. S. I. se debería reputar en nosotros al presente, como efecto de una culpable redundancia.

De la Vida, que â V. S. I. presen-

ſentamos, conſta el feliz eſtado en que ſe halla la Cauſa de un Heroe Chriſtiano, honor incomparable de nueſtro Patrio ſuelo. Sabe V. S. I. quanto es capaz de accelerar en Roma aquel dichoſo dia (porque tanto hace ſuſpira con noſotros eſte nuevo mundo) excitando la piedad del religioſiſſimo Soberano, que hoi nos domína. El ocurrir pues, â V. S. I. por eſte medio, ſuplicandole proporcione la eficacia de aquel, para tan alto fin, no es otra coſa, que pagar aquel cenſo, que nos impuſo ſu generoſidad, con el ſeguro de que en ello liſonjeamos la genial propenſion de eſſe ſublime eſpíritu, deſtinado por

por la Providencia, para perfeccionar aſſuntos grandes.

Ella haga â V. S. I. partícipe de la felicidad, que de ſu bondad pretendemos, y proſpere ſu vida por muchos años, como le ſuplicamos univerſalmente, por medio de los Individuos que componen el formal cuerpo de nueſtra Iluſtre Congregacion,

Dr. y Mró. D. Auguſtin de Quintela. PREFECTO.

D. Diego Cornide y Saavedra.

D. Pedro Toral Valdez.

D. Domingo Caſſal Bermudez.

D. Rodrigo Antonio de Neyra.

CONSILIARIOS.

DIC-

DICTAMEN DEL Dr. y Mró. D. AUGUSTIN de Quintela, &c. &c.

EXCmo. SEÑOR

LAS mas deseadas ocasiones suelen ser destino de la voluntad, mas que solicitud del fatigado pensamiento: se vè en mi en la constitucion presente: me hallo con toda la obligacion de favorecido, y podrè obedeciendo, ya que no satisfacer, à lo menos confessar la estimacion del supremo grado, à que la generosidad de V. Exc. me eleva. Si huviera de correr la pluma, como ha corrido mi suerte à expensas de sus preceptos, y à soborno de mi gratitud, con hacer memoria de mis deudas, sin dar trabajo al discurso, llenara muchos volúmenes mi reconocimiento. Siempre intentè explicarlo, porque vivo mui de pleyto con la ingrata correspondencia, y con ansia solicito vèr, que el mundo borre la antigua, y desgraciada figura, con que espanta los Heroes mas poderosos, quienes sin mas interès, que su genio, parten liberalmente con los demàs sus grandezas. Conozco que se aumentan mis empeños por instantes, y que estoy expuesto al riesgo de quedar corto en la justa compensacion de sus confianzas: pero no negandome todo de V. Exc. recibirà mi puntual obediencia: que es la que me mueve à decir mi parecer en la prodigiosa Vida del Venerable Padre APARICIO. escrita por el M. R. P. Fr. JOSEPH MANUEL RODRIGUEZ. Señor: Escritores de esta classe, y Escritos de este caracter, hacen panegyristas

à

à los Juezes: no llegan las mas escrupulosas criticas à penetrar à fondo estos caudales: son de esphera superior estos ingenios: vuelan mui remontadas estas plumas: las mas limadas phrases de la mas fina Rhetórica serian borrones à su mérito. Tan unos son Historiado, è Historiador, que à la sencillez del ánimo, iguala la limpieza del estilo, à el Arte de domesticar las fieras, la dulzura con que mueve los corazones: à la perseverancia final, la conformidad de toda la obra. Y si el Venerable APARICIO es Varon digno, à quien el Paisanage consagre eternos monumentos; tambien el P. RODRIGUEZ es acreedor à los mayores elogios. Para estas piezas, Señor, se necessita posseer una no vulgar discrecion: es assunto èste de mucha alma, y que solo lo alcanzan aquellos hombres, que produce mui tarde el tiempo para exemplo, que estè enseñando à la posteridad las dificiles reglas de acertar. Facil me seria seguir en elogio del Author; pero està impaciente mi afecto por la Nacion, hasta darle las gracias por lo mucho que levanta sus glorias, y en que no interesa poco la sangre, que en mi vive, con la que escribirè en mi corazon la recompensa. Assegurando à V. Exc. que esta obra es de aquellas, que suelen salir à luz de siglo en siglo. Y que no conteniendo cosa contra la Santa Fè, buenas costumbres, y Regalias de S. M. siendo del superior agrado de V. Exc. puede imprimirse. México, y Febrero 23 de 1769.

Dr. y Mró. Augustin de Quintela.

PÁ-

PARECER DEL Sr. Dr. Y Mró. D. JUAN Ignacio de la Rocha, Chantre Dignidad de la Santa Iglesia Metropolitana de México, &c. &c.

SEÑOR PROVISOR.

ANTES de deber à V. S. el honor de remitir à mi inspeccion la Historia del V. Fr. SEBASTIAN DE APARICIO, merecì à su Autor el de confiarme su Autografo, pretextando un motivo, tan proprio de su modesta instruccion, como distante de la mia, para los fines de aquella confianza. Dediquème luego à su lectura, assi por estos, como, y principalmente, por certificarme de algunos prodigios de este Venerable, que havìa oìdo, y apresurarme à conseguir aquella gustosa satisfaccion, que he hallado siempre en todas las producciones literarias del R. P. Rodriguez. Y debo confessar à V. S. como conducente à lo que me manda, que no pude interrumpir la leccion de esta Historia, sin violentar mi complacencia, y por sola la precission del desempeño de otras indispensables ocupaciones, à excepcion de aquellas no pocas veces, que me obligaron à ello, aunque por mas breve tiempo, la sorpressa, la admiracion, y aun un pavor religioso por los peregrinos, y extraordinarios modos, con que quiso Dios manifestar sus adorables Providencia, Misericordia, Grandeza, y Omnipotencia en este su Siervo, à quien

parece, que la Naturaleza havìa negado todas las proporciones, aun para el perfecto desempeño de las obligaciones christianas, conduciendolo por unos caminos ò incógnitos, ò transitados por mui pocos, à la mas elevada santidad, y su heroismo.

¡Quantas veces proferì à mis solas aquella expression de David: *Admirable es Dios en sus Santos*, (1) con que admirado tambien adorò aquellos Divinos Atributos en la santificacion de sus Siervos especialmente amados, y favorecidos! [2] ¡Quantas veces la repetì à otros, refiriendoles lo raro, lo peregrino, y lo prodigioso de este Venerable, y de que ignoraba lo mas; antes de leer esta su Historia! Havìa leido algo sobre sus célebres matrimonios, y oìdo algunos de sus grandes prodigios; pero esto no me havìa dado la justa idèa de su portentosa santidad, que presenta tan viva, como justamente, esta Historia.

Todo esto me empeñò à vencer la modesta repugnancia de su Autor, à que se añadiesse el epiteto de *Prodigiosa* al título desnudo de *Vida*, con que la llamaba. Resistiase temeroso, de que no se atribuyesse aquella adicion, mas al artefacto de la obra, que à su materia; pero experimentado de mi ingenuidad, cediò à las reflexiones, con que le procurè persuadir, que quantos la leyessen con la debida docilidad, y prudente criterio, confessarian la justicia de aquel epiteto.

Confessóla, aun con los términos de compara-

(1) Psal. 67. 27. (2) Calmet sobre aquellas palabras: *Dominus est admirabilis in omnibus operibus suis: verum magnitudo, potentia, & misericordia illius nullibi magis enitent, quam in fidelium, servorumque suorum sanctificatione. Hic omnes gratiæ suæ impendit divitias, omnemque erogat liberalitatis suæ magnificentiam.*

racion, à los fines del ſiglo anterior, un grave Dominicano, à quien la calidad de Cenſor de otra Hiſtoria de nueſtro Venerable, no contuvo, para que dixeſſe: que Dios, admirable ſiempre en ſus Santos, ſe manifeſtò en eſte ſu Siervo mas admirable, y prodigioſo. [3] Aſſi executò ſu admiracion la portentoſa ſantidad de eſte Venerable.

Y à lo miſmo attribuyo yo, el que tantos Varones graves por ſu Virtud, Dignidad, y Literatura, los mas Eſtrangeros, y muchos de otro Inſtituto, y Profeſſion, [4] hayan eſcrito la Hiſtoria, ò hecho el Elogio del miſmo Venerable, à quien ni la Patria, ni el Nacimiento, ni las Letras, ni los Emplèos, ni la Profeſſion Laical, hacian eſpecialmente recomendable, y que floreciò en eſte Nuevo Mundo, à los princípios de ſu Conquiſta, y quando otras de ſus noticias intereſſaban mas al Antiguo. Ciertamente parece, que ſolo lo prodigioſo de ſu vida, lo raro de ſu conducta, y lo peregrino de ſu ſantidad, pudieron llevar ſu fama à los principales Reynos de Europa, y excitar en ellos la admiracion de aquellos graves Varones, que la deſahogaron, con manifeſtar ſus juſtos motivos en aquellos Elogios, è Hiſtorias.

(3) El Mrò. Fr. Serafin Bertolini, Dominicano, y Penitenciario de Santa Marìa la Mayor de Roma, en ſu Cenſura à la Vida del Venerable Aparicio, eſcrita en Toſcano por el Mrò. Fr. Pablo Mariani de Santa Flora, Auguſtiniano, è impreſſa en Roma el año de 1696. dice aſſi al Rmò. Mrò. del Palacio Apoſtólico: *Videant igitur quamcitiſſimè hæc ſcripta, quàm merentur, lucem, ut manibus cunctorum jugiter evoluta, maximam Deo afferant gloriam, qui utpote in alijs ſuis Sanctis mirabilis, in iſto mirabilior, & prodigioſior, ut ita dicam, infirma mundi elegit, ut fortia confunderet.*

(4) Trahe ſu Catalogo el Rmò. Mariani en ſu citada Vida, fol. 377.

Esto casi se evidencia por lo raro de estas, y aquellos en el dia. Apenas se encuentra uno, ù otro de sus exemplares, y ninguno de aquellos, que excitan la curiosidad del buen gusto, y criterio. Parecerà increible, el que ni en las Librerias de esta Provincia del Santo Evangelio, Madre del Venerable, y en que floreciò, muriò, y està sepultado, se halle su primera Historia escrita por el Rmò. Torquemada, impressa en México el año de 1602. (5) y que debe ser un monumento, de los que concurran siempre à formar el justo concepto de su prodigiosa santidad, que executò luego à su publicacion la célebre pluma de aquel grande Historiador de la América Septentrional, su Syncrono en un mismo Reyno, y Provincia política, y religiosa. ¿Y à que puede atribuirse aquello, sino à la extraordinaria diligencia, con que se buscaron luego, y por todas partes, estos, y demàs exemplares, que consumirìa su freqüente uso? ¿Y à què esta diligencia extraordinaria, sino al deseo de instruirse en los sucessos de una Vida, que todos publicaban prodigiosa?

Estas raridad, y escaséz de las Historias del Venerable, movieron al Rmò. Superior de su Religion Seráfica en esta América à mandar la formacion de otra nueva al R. P. RODRIGUEZ, à quien èl mismo havìa hecho Cronista de la Religion, con aquel discreto tino, que se admira en todas sus elecciones. A mas del íntimo conocimiento, que tiene de los talentos, è instruccion del R. P. RODRIGUEZ, como de todos sus Subditos, reflexarìa, sin duda, sobre diversos rasgos, y piezas Históricas, que se hallan en las Oratorias,

(5) El mismo Mariani empieza su Catalogo con esta Historia, que assegura su Autor haverla escrito.

torias, que le han impreſſo, y con que ha concurrido à ennoblecer eſta ſagrada, è intereſſante Arte, y penetrò ſu habilidad para la de hiſtoriar, que confeſſaràn los que leyeren eſta Vida prodigioſa.

En ella obſerva eſte Croniſta el méthodo, y diſpoſicion, que preſcriben las leyes de la Hiſtoria: procede ſobre la fé de las de eſte Venerable, que pudo juntar ſu diligencia, eſcritas por los documentos de los Proceſſos ſobre ſu Beatificacion, y Canonizacion: omite, y lo nota, muchos prodigios ſemejantes, à los que refiere de aquella eſpecie, para eſcuſar el faſtidio, que puede ocaſionar aquella ſimilitud: uſa en toda ella el eſtilo, que la es proprio, y enſeñan los Maeſtros de eſta Arte; y creo, que ſi iluſtraſſe nueſtro ſiglo el Grande Melchor Cano, à quien no agradò ninguna de quantas de eſtas Hiſtorias regiſtrò ſu vaſta erudicion, aprobarìa eſta del V. Fr. SEBASTIAN DE APARICIO, porque concurren en ſu Autor todas aquellas circunſtancias, que ſu grave, y ſólido criterio juſgaba preciſſas para el deſempeño de ſemejantes obras. (6)

Por todo lo dicho no dudo ſea grande la acceptacion de èſta, y la utilidad, que de ella reſulte. El Vulgo no hallarà en ella coſa que impida, ò detenga ſu inſtruc-

(6) Cano de Loc. Theol. lib. 11. cap. 6. fol. 331. col. 2. al fin de la Imp. de Padua del año de 1720. *Hanc* (*Hiſtoriam de Vitis SS. Aloyſij Lippomani*) *hanc mihi adhuc videre non licuit, nec aliam quamvis, quæ mihi quidem probari poſſit de his, quæ venerunt in manus. Spiſſum ſane erit opus, & operoſum; ſed vehementer omnibus Chriſtianis utile, ſi quis præſtiterit, dignum modo Divis, Eccleſiæ, Chriſto. Id quod absdubiè præſtabit nemo, niſi vir probus, integer, incorruptus; ut ne quid falſi dicere audeat, ne quid veri non audeat, ne qua ſuſpicio gratiæ ſit in ſcribendo, ne qua ſimultatis.*

truccion, y deleyte en la clara narracion de los sucessos, y prodigios, en que brillan las grandes, y heroicas virtudes del Venerable. Y lo mismo agradarà à los instruidos, que dexan muchas veces la interesante leccion de estas Historias ò por su improprio, y forzado estilo, ò por aquellas digressiones, à que precisia ò la tirante seqüela de una alegorìa, ò la passion dominante de vaciar en cada passage quanta erudicion, alusiva à èl, possee, ò tiene pronta el Autor.

Y esto moverìa tambien al discreto Superior del de esta Vida, à mandarle, no la traduccion, ò reimpression de alguna de las que se tenian presentes, sino la formacion de otra nueva. Era su fin avivar la devocion del Venerable, y reanimar su memoria, que se iba disminuyendo por aquella escasèz de sus Historias. Conoce bien, que el gusto de este siglo es mui distinto del del anterior, en que se escribieron aquellas, y mandò formar otra nueva, con el méthodo, disposicion, y estilo, que justamente le agrada, y es conforme à las leyes de la Historia.

Ni se disminuye el mérito de èsta, ni excluye à su Autor de la classe de los Historiadores, el que solo la haya variado conforme al Arte, y gusto de los Erudìtos, porque ni los mas Sabios Críticos excluyen de aquella classe, à los que escriben sobre la fé de las Historias, y si estas son formadas sobre documentos cercanos à los sucessos de ellas, debe el Autor, que forma otra sobre ellas, numerarse tambien en la tercera classe de Historiadores; porque procede sobre la fé, de los que refieren aquellos sucessos, que oyeron à testigos oculares. (7) ¿Y quantos

tos

(7) Vease Bened. XIV. *De Servorum Dei Beatif. &c.* lib. 3. cap. 8. num. 8.

tos de eſtos últimos deponen en los Proceſſos del Venerable Fr. SEBASTIAN DE APARICIO, ſobre que ſe formaron las Hiſtorias, à cuya fè ſe refiere eſta nueva?

Parecerà à alguno, Señor Proviſor, que en eſte dictamen he repreſentado mas el caracter de Apologiſta de eſta obra, que el de ſu Cenſor; pero no pudiera haver deſempeñado èſte, ſin haverme reveſtido de aquel. Son no pocas las Hiſtorias impreſſas del Venerable APARICIO, eſcritas ò immediatamente deſpues de ſu muerte, ò ſobre los Proceſſos de ſu Cauſa; y aunque ſon mui raros ſus exemplares, con la reimpreſſion de alguna ò de nueſtro Idioma, ò de eſtraño traducida, ſe ocurrìa à los fines de formar, y publicar otra nueva, que deberìa por conſiguiente tenerſe por ſuperflua, y efecto ſolo de un motivo ageno de eſtas ſantas materias, ſi no ſe preſentaran otros evidentes de ſu utilidad, y mayor conducencia à aquellos fines, y demàs à que deben dirigirſe eſtas obras; y yo no he diſcurrido mejor modo de perſuadir eſta mayor conducencia, y utilidad, que el que he expendido.

Con ello he expreſſado à V. S. que no juzgo ſuperflua eſta nueva Vida del Venerable APARICIO entre las otras impreſſas, antes sì utiliſſima para los fines de èſta, y ſemejantes obras; por lo qual, y no hallarſe en toda ella coſa alguna contraria, ò diſſonante à la Religion, y ſus ſantas máximas, puede V. S. conceder ſu licencia, para que ſe imprima, y publíque. México, y Marzo 9 de 1769.

Juan Ignacio de la Rocha.

PA-

PARECER DEL R. P. Dr. FRAY FELIX de Castro, Lector dos veces Jubilado, Cathedrático de N. Subtil Doctor en la Real Universidad de esta Corte, &c.

M. R. P. N. COMISSARIO GENERAL.

EL Decreto de V. P. M. R. al passo que me franquèa el honor de obedecer rendido sus preceptos, me brinda juntos, siendo dificiles de hermanar, en un solo hermoso, y bien organizado cuerpo, el provecho y buen gusto, la complacencia y satisfaccion, que es necessario cause al paladar mas estragado la prodigiosa Vida de N. V. P. FR. SEBASTIAN DE APARICIO, glorioso ornamento, como escribe mejor pluma, del Reyno de Galicia, en donde naciò, thesoro de mejor calidad del Imperio Mexicano, en donde floreciò, y nuevo esplendor de la Religion Serafica en esta Provincia del Santo Evangelio, en donde professó en el estado humilde de Lego, y muriò lleno de todas las virtudes, que exercitò en grado heroico, como por su Decreto de dos de Mayo del año passado de sesenta y ocho lo ha declarado N. SSmò. Padre el Sr. Clemente XIII. que al presente govierna la Iglesia, de quien esperamos llegue à ser en breve veneracion, y culto público la reverencia, que tributan todos à la vida, y memoria de este Heroe de Santidad, bien que no todos han tenido la felicidad de conocer, y saber à fondo sus prodigios, y virtudes.

A eſte fin ſale de nuevo eſta compendioſa brillante Hiſtoria, que con tanto acierto, harmonìa, buena correſpondencia, y diſtribucion en el orden, limpieza de eſtilo, naturalidad en las phraſes, pureza y propriedad en las voces, reſerva y ſagacidad en la cryſi, diſcrecion, juicio, y madurez en las ſentencias, eſcribe el R. P. Fr. Joseph Manuel Rodriguez, Predicador General, ex-Lector de Sagrada Theologìa, Notario Apoſtólico, Chroniſta General de todas las Provincias Seráficas de Nueva Eſpaña, Cuſtodio de eſta del Santo Evangelio, y Comiſſario Viſitador del Tercero Orden de Penitencia de eſta Corte.

Si eſte Author no fuera de mi Religion, cuyo comercio en fuerza, y ley del hermanable trato, hace ſe apunten en ſu libro de caxa, como uſuras comunes, las que adquiere, aun el caudal que apronta ſolo uno, dexara correr ſin embarazo, bien que acobardada ſiempre, y ſin eſperanza de poder dar alcance à vuelos tan ſublimes mi pluma, en juſtos mui debidos elogios de la que parece arrancò de la ala de alguno de los Serafines, para eſcribir con caractéres de fuego, y ſylabas todas luz, una tan limada Hiſtoria, que ella ſola puede ſer la executoria mas calificada, è inconteſtable authéntico teſtimonio de la inſigne piedad, devocion, y vaſtíſſima literatura del R. P. Cuſtodio: dixera, y pudiera decir mucho, de los grandes talentos que atheſora, y con que aumenta cada dia ſu Paternidad, con crecidas ganancias, y ventajoſas medras el monte de piedad, ſagrado fondo, y opulento riquíſſimo Erario, que en beneficio del público ſoſtiene eſta nueſtra Mexicana Provincia en todas ſus épocas fecunda feliz Madre de nobles hijos Evangélicos, comerciantes en todo genero de virtud, y letras.

¶¶¶ Mas

Mas ſin que yo lo diga, y por mas que ſu modeſtia ſe encoja de alas, y bajo de ellas eſconda la mano, como quien intenta al recoger el puño deprimir ſus vuelos, ſe deſcubre, y dà bien à conocer, deſpues de otros muchos, con que ha iluſtrado el Orbe literario, en eſte ſolo raſgo de ſu elegante pluma, por uno de aquellos Sabios Cherubines, ò enigmáticos animales, que viò profético Ezequiel uncidos à un Carro, para llevar por el Orbe todo la Divina Gloria. Por lo que, y no haver encontrado en ſus claúſulas coſa digna de cenſurar, doctrina que deſdiga un ápice de la verdad, y pureza de nueſtra fé, ò que en algo ſe oponga à las pragmáticas, y regalias de la Corona, podrà V. P. M. R. ſiendo de ſu agrado, conceder ſu licencia para la impreſſion, de que eſpero reſulte no vulgar beneficio al público, y mucha gloria à Nueſtro Señor. Convento de Señoras Religioſas de Nrà. Madre Santa Clara de México, y Febrero 7 de 1769.

Fr. Felix de Caſtro.

Licencia del Superior Govierno.

EL Excmó. Sr. D. Carlos Francisco de Croíx, Marqués de Croíx, Cavallero del Orden de Calatrava, Comendador de Molinos, y Laguna Rota en la misma Orden, Theniente General de los Reales Exércitos de S. M. Virrey, Governador, y Capitan General de la Nueva España, y Presidente de su Real Audiencia, &c. concedió su licencia para la impression de este Tomo, visto el Dictamen del Dr. y Mró. D. Augustin de Quintela, &c. como consta por su Decreto de 23 de Febrero de 1769.

Licencia del Ordinario.

EL Sr. Lic. D. Dionysio de la Rocha, Abogado de los Reales Tribunales, Juez Provisor, y Vicario General de este Arzobispado, visto el anterior Parecer del Sr. Dr. y Mró. D. Juan Ignacio de la Rocha Chantre Dignidad de la Santa Iglesia Metropolitana de México, concedió su permisso para la impression de este Tomo, como consta por su Decreto de 10 de Marzo de 1769.

FR. MANUEL DE NAXERA DE LA REGULAR Obſervancia de N S. P. S. Franciſco, Lector Jubilado, Padre, y Comiſſario General de eſtas Provincias de Nueva Eſpaña, Iſlas adyacentes, Philipinas, y Siervo, &c. Al R. P. Fr. Joſeph Manuel Rodriguez, ex-Lector de Theologìa, Chroniſta General de la Orden en eſta Nueva Eſpaña, y actual Cuſtodio de eſta del Santo Evangelio, ſalud, y paz en el Señor.

POR las preſentes firmadas de mi mano, y nombre, ſelladas con el Sello mayor de nueſtro Oficio, y refrendadas de Nrò. Secretario General, concedemos à V. P. por lo que à Nos toca, nueſtra bendicion, y licencia, para que pueda dar à las prenſas la Vida, que de orden nueſtro ha eſcrito V. P. del Venerable Siervo de Dios FR. SEBASTIAN DE APARICIO, glorioſo hijo de eſta nueſtra ſobredicha Provincia del Santo Evengelio, atento à no contener coſa alguna, que ſe oponga à nueſtra Santa fé, y buenas coſtumbres, ſegun el Parecer, que nos ha expueſto por comiſſion nueſtra, el R. P. Fr. Felix de Caſtro Lector dos veces Jubilado, Doctor Theólogo, Calificador del Santo Oficio, Cathedrático de Nrò. Subtil Doctor Eſcoto en eſta Real, y Pontificia Univerſidad, y Vicario del Convento de Nrà. Madre Santa Clara. La qual aprobacion mandamos ſe imprima con eſtas nueſtras Letras: *ſervatis cæteris de jure ſervandis.* Dadas en S. Franciſco de México à 7 de Febrero de 1769.

Fr. Manuel de Naxera.
Comiſſario Gràl.

P. M. D. S. P. M. R.
Fr. Nicolás Tellez Giron.
Secretario Gràl.

Reg. tit. Prôæ fol. 8.

PROLOGO.

EL título de *Prodigiosa*, con que caracterízo la Vida, que de nuevo saco â luz, del V. Siervo de Dios Fr. SEBASTIAN DE APARICIO, lexos de los resabios del hypérbole, es un índice natural de su gigante espíritu.

Dexònos éste en la heroicidad de la práctica de sus virtudes abundante materia, assi para la imitacion, como para el assombro. De ella formo el texido de la presente historia; haviendome valido para el mas puntual desempeño de mi obediencia, de los mas fidedignos monumentos, y procurado ceñirme, quanto me ha sido possible, â los preceptos de la facultad.

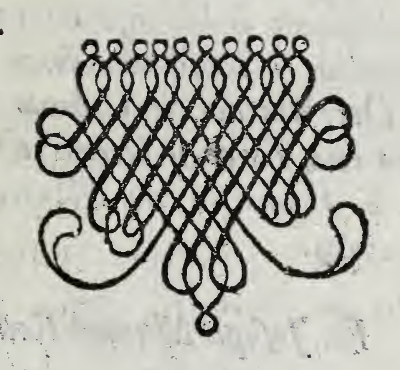
De mas de quince Escritores, entre Regnicolas, y Estrangeros, que trataron el mismo assunto desde el

prin-

principio hasta los fines del siglo passado, en los Idiomas Castellano, Latino, y Italiano, han escaseado desuerte los exemplares, que del primero, que fue el R. P. Fr. Juan de Torquemada, es rarissimo el que se enqüentra; y no son mui freqüentes los de los demàs, que imprimieron en el mismo Idioma. El Latino, que corre del Illmô. Obispo Plumbense, por ser Latino, no es para todos; y aunque mas dilatada la que escribiò el Rmô. P. Mrò. Fr. Pablo Mariani de Santa Flora, del Orden del Gran Padre S. Augustin, lo estraño del Idioma hace que no se mire por el comun de nuestra Nacion, con el debido aprecio, que en la Italia. No sé si fueron estos precissamente los motivos, que impelieron al M. R. P. Comissario General de estas Provincias Fr. Manuel de Naxera, â ordenarme emprendiesse la presente obra, ni â mi

me

me toça el inquirirlos. Lo que no ſe me oculta es, el deſeo con que anhela ſu devoto afecto â reanimar por eſte medio la memoria, y con ella la devocion â un Heroe tan benemérito de la particular veneracion de los habitadores todos de eſte Nuevo Mundo. Fio de la Divina Bondad felicíte ſus ſantas intenciones, ſin atender al improporcionado inſtrumento de mi pluma.



PRO-

PROTESTA DEL AUTHOR.

SIN embargo de haverse declarado por Nró. SSmó. Padre Clemente XIII. la constancia de virtudes, assi Theologales, como Cardinales del Venerable Siervo de Dios Fr. SEBASTIAN DE APARICIO, en manera ninguna es mi ánimo prevenir el juicio de la Santa Iglesia quando doy el título de Santo, ó Bienaventurado en el discurso de esta obra al mismo Venerable, ni calificar los milagros, que de él refiero; sujetandome en todo con el mas humilde rendimiento à las infalibles determinaciones de aquella, y conformandome en quanto digo con los Decretos del Sr. Urbano VIII. Assi lo protesto en esta Tercera Orden del Convento de N. S. P. S. Francisco de México en 5 de Febrero de 1769.

Fr. Joseph Manuel Rodriguez.

LIBRO




R. del V. S. d. D.
F. Sebastian de Aparicio
Religioso Observante de la Provincia del S.to Evang.o d. Mexico
Fran Casanova d.t, & sc.t Mex.t 1769.



LIBRO PRIMERO
DE LA VIDA PRODIGIOSA
DEL VENERABLE SIERVO DE DIOS
F. SEBASTIAN DE APARICIO
RELIGIOSO LEGO DE LA REGULAR
Obſervancia de N. S. P. S. Franciſco.

CAPITULO I.
Patria, Padres, y Nacimiento del V. Aparicio, y eſmeros de la Divina Providencia en conſervar ſu vida.



A VILLA DE GUDINA, caſi deſconocida en otro tiempo al miſmo Reyno de Galicia por ſu pequeñez, ſe hizo lugar entre las mas célebres Ciudades del Orbe deſde el dia veinte de Enero del año de mil quinientos y dos, en que viò nacido en ſu ſuelo à nueſtro Sebaſtian. Fueron los Padres de èſte, Juan de Aparicio, y Thereſa del Prado, humildes Labrado-

 res;

res; pero iluſtres en la pureza de la Religion, y las coſtumbres. Eſte era el capital, con que aſpiraban à enriquecer à ſus hijos, educandolos en el ſanto temor de Dios, ſin el qual es vanidad la mayor nobleza. La mas apreciable de la índole, de que havìa dotado el Cielo à Sebaſtian, hizo concebir deſde luego à ſus Padres la eſperanza de que ſe lograſſe en èl, à toda ſatisfaccion de ſu chriſtiano zelo, ſu cultivo. Y en efecto, el haver obſervado en èl una pronta obediencia en executar los órdenes de ſus mayores, una como genial inclinacion à los exercicios de piedad, y devocion, aun en la edad pueril, conſumiendo en el Templo aquellas horas, que le permitian à ſu deſcanſo las ocupaciones, en que ya era util à los ſuyos; la moderacion de ſu lengua, la modeſtia de ſus ojos, y el todo de cada una de las acciones de ſu vida; aſſi como indicaban claramente en èl un natural proporcionado para todo lo bueno, les confirmaba mas de dia en dia en lo bien fundado de aquella ſu eſperanza, ſegun que iba adelantando en la edad el niño Aparicio.

Apenas tocaba èſte la de los doce años, quando declarò el Cielo los particulares eſmeros, con que atendìa por ſu parte à la conſervacion de ſu preciosa vida. Encendiòſe una peſte tan cruel en los Lugares comarcanos de Gudiña, que los iba dexando caſi deſiertos; por lo que tomaron los Juezes de aquel Partido la providencia de prevenir cerca de la dicha Villa una Caſa, que ſirvieſſe de Hoſpital à los apeſtados; intimando algunas penas contra los ſanos, que ſe acercaſſen à ella, para evitar aſſi la propagacion del contagio. No baſtò la prudente diligencia, para libertar de èl al niño Sebaſtian: y afligida ſu

Ma-

Madre de que ſi lo llevaban al Hoſpital deſtinado para ſu curacion, ſe le impoſſibilitaba el conſuelo de aſſiſtirle, arbitrò traſladarle à una deshecha Caſa fuera del Lugar, entre cuyas ruinas ſe ocultaba un pequeño apoſento. Viſitábale en èl quantas veces podìa ſin deſpertar la curioſidad de ſus Paiſanos, miniſtrándole aquellos remedios, y regalo, proporcionados à ſu eſcaſez. Mas al tercero dia ſe le encendiò deſuerte la fiebre peſtilente, acompañada de un contagioſo tumor, que lo puſo à las puertas de la muerte. Afligida la Madre ſe ſaliò del Quarto, llorando ya cádaver al que, ſegun el eſtado en que le dexaba, contaba en ſu concepto los últimos momentos de la vida. No le diò lugar el dolor à cerrar la puerta de la choza, diligencia, que havìa obſervado cuidadoſa en ſus anteriores viſitas, como tan conducente à evitar la noticia de ſu contravencion al orden publicado; con cuya omiſſion le quedò el paſſo franco al Miniſtro deſtinado por la Providencia, para que reſtituyeſſe al deplorado enfermo de la muerte à la vida, por medio de la mas dieſtra curacion.

Fuè, pues, el caſo: que hallandoſe en aquellos términos, en que le havìa dexado la Madre, ſe entrò haſta el miſerable lecho en que yacìa mal cubierto Sebaſtian, uno de los muchos Lobos de que abunda aquel Pais, dirigiendoſe deſde luego àcia la parte infeſtada del tumor; y uſando lo primero, como de lanzeta, de ſus dientes, ſe lo abriò quanto fuè neceſſario para la total extraccion de ſus materias; aplicando deſpues la boca à chuparlas; y ultimamente lamiendo con la lengua la ciſura, haſta dexarla del todo cicatrizada, y tan ſano à Aparicio, que concluida la operacion, advirtiendo, que eſtaba

la puerta abierta, ſe levantò à cerrarla, y volviò (lleno de aquellos afectos, que era natural le excitaſſe ſu chriſtiana gratitud) à ſu lecho à acoſtar.

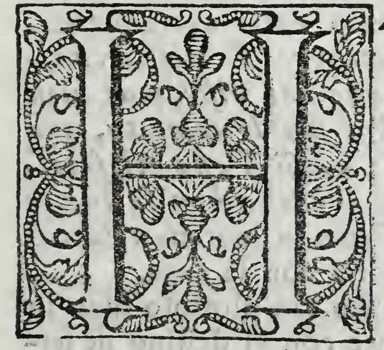
Cuidadoſa, como correſpondìa, repitiò Thereſa ſu viſita à aquel funeſto alvergue, y al llegar à ſu puerta, hallándola cerrada, ſe redoblaron ſus temores: porque acordandoſe, que quando ſe partiò de èl la última vez la havìa dexado abierta, ſe perſuadiò à que deſcubierto por los Miniſtros de la Juſticia ſu piadoſo engaño, havian llevado à ſu hijo, ò muerto para darle ſepultura, ò medio vivo para que fueſſe à morir al Hoſpital. Acongoxada, y confuſa reſolviò abrir, y dando el primer paſſo, fuè mayor ſu ſorpreſſa al vèr, que levantandoſe Sebaſtian, la recibìa, manifeſtando en la alegrìa del roſtro ſu total ſanidad: ſatisfaciendo luego ſu eſtrañez con referirle el aſſombroſo medio, de que havìa uſado el Altíſſimo para curarlo. Apenas encontraba la gozoſa Madre expreſſiones, con que celebrar el prodigio, y dando por èl al Todo Poderoſo las mas debidas gracias, conduxo al niño à caſa, donde le recibiò ſu Padre con igual admiracion, magnificando de nuevo los tres al Altíſſimo à viſta de tan viſibles maravillas del poder de ſu Brazo.

Sirvieron èſtas de nuevo eſtímulo à los chriſtianos fervores de Aparicio, aplicandoſe con mayor eſmero, no ſolò al aprovechamiento de sì miſmo en la práctica mas freqüente de exercicios eſpirituales; ſino en la de los corporales al de las mayores utilidades de la familia. De el de guardar algunas Bacas de ſus Padres paſſó, aun ſin lograr aquellas treguas de la inſtruccion en las primeras letras, comunmente concedidas à la puericia, à la de la ſiembra,

bra, y cultivo del campo; hasta que cumplidos los veinte años, se resolviò à dexar su Patria, Casa, y Padres, en que dexaba mucho por sin duda, separandose de aquellos, à quienes assi la naturaleza, como la virtud, havian representado siempre de lo mas amable.

CAPITULO II.

Ausentase Sebastian de la Casa de sus Padres, y consigue repetidos triumphos su virginal pureza.



AVIA destinado el Cielo para mayores empressas à nuestro Joven, y assi lo sacò de su Patria para ir dando estension al theatro proporcionado à su grandeza. De Galicia passó à Castilla, y haviendo entrado à servir à una Señora Viuda en Salamanca, hallò en su Casa la palestra, en que havìa de hacer el primer alarde de su valor su virginal pureza. Desempeñaba Aparicio con tal puntualidad el ministerio de proveer con unos Jumentillos desde la distancia de una legua de la Ciudad lo necessario para el servicio de la Casa, y alimento de la Señora, que se hizo un especial lugar en la atencion de èsta. De la atencion passó al agrado, y dexando correr èste hasta los terminos de un desordenado afecto àcia el sencillo, è innocente Criado, llegò à los abominables de la desemboltura.

Con el pretexto de que le llevasse una noche

una

una candela encendida à la Recámara, en que aquella dormìa, hizo que entrasse en ella Sebastian, y comenzò à desnudarse luego en su presencia. Pero conociendo el fiel Siervo los impuros designios de la licenciosa Ama: *Pareceme*, le dixo con gallarda resolucion, *que desdice assi de vos, como de mi, el que los hombres sean testigos de semejantes cosas; y pues hay Criadas en Casa, serìa bien que entrassen èstas, y me quitassen la vela de las manos; que quando ellas las vean, nada importa, porque al fin son mugeres como vos.* Ella, que se viò tan christiana, como discretamente reprehendida: *Advierte, Sebastian*, le respondiò entre avergonzada, y colérica, *que quando las mugeres de mis circunstancias se resuelven à lo que has visto; mas bien se quieren fiar de un hombre simple como tu, que de sus Damas. y Criadas; y assi si esta mi satisfaccion te ha parecido estraña, dexa hay la luz, y vete norabuena*: dixo. Y sobre la marcha resolviò Sebastian completar su victoria con la fuga.

Cargado de un trophèo tan glorioso hizo su retirada à Andalucìa, siempre con el destino de servir en ministerios baxos, y laboriosos, en que al tiempo que fatigaba la carne, humillaba tambien el espíritu. Uno, y otro le proporcionò la Providencia en San Lucar de Barrameda en la Casa de dos Doncellas huerfanas, que necessitando como tales de un Ministro vigilante, à cuya qüenta corriesse el cuidado de su hazienda, hallaron en Sebastian, no solo el mas proporcionado para el aumento de los bienes de fortuna; sino un fiel Director, que con los raros exemplos de su modestia, y christiana piedad, les inspirasse dictámenes de continencia, y devocion.

Al

Al favor de una conducta tan arreglada se adquiriò la benevolencia de toda la familia; pero llegò à tal punto el amor de una de las dos niñas, que rotas las riendas del rubor, corriò hasta tropezar, y caer en los últimos precipicios de immoderado. Comenzò à explicarse aquel, primero con algunas demostraciones equívocas, que en el genial candor de Aparicio passaban por efecto de la simplicidad de la femenil gratitud. Pero viendolo aquella tan insensible à sus mal explicados pensamientos, se persuadiò à que le rendirìa por medio de un assalto, tanto mas eficaz, quanto nocturno, è impensado. Arrojòse à deshora à su aposento, y cama: y apenas comenzaba à prorrumpir en aquellas expressiones, de que se vale en semejantes lances la torpeza, quando saltando del lecho Sebastian, cerrando à ellas el oìdo, y reanimando en la sorpressa todas las fuerzas de su espíritu, le improperò con tal ardor el atentado, que haciéndole conocer lo infinitamente detestable de la resolucion, dexò, quando le volviò la espalda, Magdalena, à la que pocos momentos antes temiò Frine.

Nuevamente escarmentado dexò à San Lucar, y llegando à Zafra entrò à servir à D. Pedro de Figueroa Primo del Duque de Feria, el qual lo dedicò al exercicio de llevar, y traher paños à un Batàn, à que atendia con aquel cuidado, que le hizo siempre recomendable à qualquiera de los Sujetos à quienes servìa. No tuvo otro motivo la hija del referido D. Pedro para hacer à Aparicio, viéndolo llegar cansado de su trabajo, un regalillo comestible: y recibiéndolo èste mui ageno de aquellas delicadezas, que previene, especialmente en semejantes lances el comun ceremonial de la política, lo alargò al punto à

uno

uno de los Jumentos de ſu exercicio. Reſentida la niña de la deſatencion: *Bien dicen*, le dixo con donayre, *que no es la miel para la boca del aſno, pues ſin eſtimacion dais à uno de ellos la ojaraſca, que yo os di con cariño.* A que reſpondiò Aparicio: *que no ſabìa que fueſſen ojaraſcas, porque jamàs en ſu tierra las havìa comido.*

Eſte, y otros diſguſtillos de no mayor conſideracion le hicieron deſpedirſe de aquel Señor; y haviendo entrado en Guadalcanal, enfermò de una fiebre aguda, en cuya curacion le fuè preciſſo gaſtar quanto havìa adquirido en Zafra, en el eſpacio de diez meſes que havìa ſervido. Alegre ſin embargo en medio de ſus trabajos, ſiguiò ſu jornada à pie, haſta llegar ſegunda vez al Puerto de San Lucar, con ánimo de ganar à coſta del ſudor de ſu roſtro ſu ſuſtento. Facilmente encontrò un Labrador acomodado, que neceſſitando de Sujeto cuidadoſo para el gobierno de una quantioſa hacienda de labor, calificò de tal à Sebaſtian; y el éxito de las mas colmadas coſechas, que debiò à ſu aplicacion, y vigilancia en el eſpacio de ſiete años, le hicieron vèr el acierto con que havìa procedido en ſu eleccion.

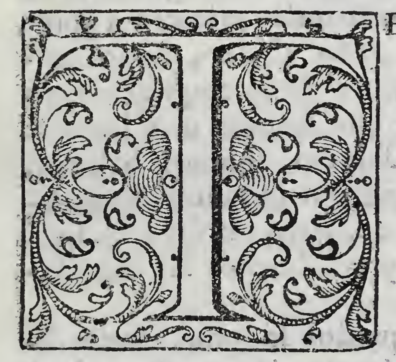
Comenzò por eſte tiempo à explicar ſus deſeos de paſſar à la Nueva Eſpaña: y perſuadido el dueño de la Hacienda à que fueſſen efecto del eſcaſo ſalario, que le daba, ſe lo aumentò ſeñalándole al miſmo tiempo tierra, y ſemillas con los aperos neceſſarios, para que ſembraſſe por ſu qüenta (como efectivamente lo hizo) dos fanegas de trigo, con lo que fuè entreteniendo aquellos ſus deſeos: diſponiéndolo aſſi la Providencia, no ſolo para que del producto de ſu abundante coſecha tuvieſſe con que ſo-

correr

correr à ſus Padres, reſervando para sì lo mui preciſſo; ſino para dexar gravada en la Europa ſu virginal pureza una victoria mas relevante, que quantas admirò Egypto en ſu Thebaida, que referirèmos en el Capítulo ſiguiente.

CAPITULO III.

Triumpha maravilloſamente la virginal pureza de Aparicio en el último peligroſiſſimo aſſalto, que padeció en la Europa.



ENIA una hija cierto Caballero de Ayamonte, à cuya nobleza, y hermoſura ſervian de precioſiſſimo eſmalte las riquezas: viſitaba ſu Caſa un Joven Hidalgo Criado del Señor de aquella Villa, el qual enamorado de la Doncella logrò ſu correſpondencia haſta los términos de darſe mutuamente palabra de Eſpoſos. Sin embargo de eſte ſeguro ſe perſuadiò el Mancebo le era impoſſible poner en execucion en Ayamonte ſus deſignios; por lo que determinò prevenir un Barco con la tripulacion, y baſtimentos neceſſarios, y una noche à cierta hora ſacar à la Doncella de ſu Caſa, y paſſarſe con ella à Liſboa con el fin de contraher alli el matrimonio ya pactado: y haviendo participado à aquella ſus intentos, no ſolo los aprobò; ſino que recogiendo quantas joyas pu-

do hayer à las manos, las acomodò en un Cofrecillo para quando llegasse la hora señalada. Saliòse en fin la mal aconsejada Doncella con el inconsiderado Joven de la Casa de sus Padres, ocultando debaxo del brazo el Cofrecillo prevenido.

No fuè su fuga tan oculta, que no llegassen à sospecharla, assi un Hermano, como algunos otros deudos de la niña; y passando à evidencia su sospecha tomaron otro Barco, en que previniendose de armas de fuego salieron en seguimiento de los dos assesinos de su honor. Havian ya navegado un buen espacio, quando avistaron el Barco de los traydores fugitivos, que à toda diligencia se dirigìa àcia el Puerto de San Lucar. Protestáronles primero à grandes voces, no les harìan daño alguno, como quisiessen desistir voluntariamente de la empressa: pero solo sirviò la diligencia de que agitasse mas las alas su temor. Disparáronles despues algunos balazos, aunque la gran distancia, que por instantes les ganaban, los havìa puesto ya à cubierto de sus iras. Perdiéronlos en fin de vista, y igualmente las esperanzas de apressarlos.

Havian dirigido aquellos la proa, como diximos, al Puerto de San Lucar; mas reflexando à vista del nuevo acaecimiento, que si proseguian à tomarlo, era evidente su peligro; por consejo del Arraez del Barco, bararon sobre unos arrecifes, que se hallan à la entrada del mismo Puerto; y saltando todos en tierra, se separaron luego, tomando los Barqueros un camino, y el Joven, y la Doncella extraviando quanto les era possible por entre Bosques, y malezas hasta llegar à deshoras de la noche à una desconocida Casa, la qual acertò à ser la de la He-

redad

redad en que vivìa Aparicio. Tocaron à ſu puerta, y abriéndoles al punto ſin el menor recelo, les preguntò quienes eran, y el motivo que los traìa tan à deshora por tan ſolitarios parages. Informòle el Mancebo en un breve, aunque no mui ſincèro razonamiento, venir huyendo de Ayamonte con aquella niña, cuyos Parientes le ſeguian para matarle, por no ſer de ſu guſto el que ſe caſaſſe con ella: *De que echarèis de vèr*, concluyò, *quanto me importa auſentarme de aqui; y aſſi por amor de Dios os ſuplico mirèis por ella.* Baſtò à Aparicio el reſpecto interpueſto por el Joven en la ſúplica, para que le reſpondieſſe: *Siendo aſſi como decís, que vos os vais, y ella ſe quede, yo mirarè por ella como por mi Hermana propria, que quando no haya otro interès, que me pueda ſer de importancia, que ſervir à Dios en ello, lo harè de mui buena gana, porque èl es el mayor, y el que yo mas eſtimo.* Con eſta ſatisfaccion ſe partiò el Joven, llevando el Cofrecillo de las joyas, que havìa tomado à ſus Padres la Doncella.

Quarenta dias ſe mantuvo en compañìa, y à la cuſtodia de Sebaſtian, el qual deſde el primero, por ſer eſtrecha la habitacion, obſervò acoſtarſe atraveſado de la parte de à fuera de la puerta, quando ſe recogìa ſu Hueſpeda à dormir. Bien advirtiò eſta deſde luego la modeſtia, y compoſtura de ſu Tutor, ſin que jamàs ſe le eſcapaſſe en el trato preciſſo de algunos dias ni una ſola palabra deſcompueſta; mas atribuyéndolo à natural ſimplicidad, intentò provocarlo con algunas acciones poco modeſtas, creyendo aſſegurar por eſte medio ſu cuidado en ocultarla de ſus deudos, que ſin deſiſtir de la empreſſa havian

arribado al Puerto de San Lucar el dia ſiguiente à ſu deſembarco, y que ſolicitaban noticias de ſu perſona con las mas eſquiſitas diligencias. Pero jamàs pudo conſeguir de Sebaſtian le reſpondieſſe coſa, que deſdixeſſe de aquel ſu ánimo invicto, y generoſa conſtancia en conſervar intacta ſu virginal pureza.

El todo de eſtas prácticas hicieron vèr claramente à aquella lo ineficaz, que havian ſido haſta alli las de ſu irregular immodeſtia, y deſenfreno: y meditando un lance, en que nada ſe aventuraſſe al embozo, y al diſimulo, creyò lograrlo en uno de los dias, en que hallandoſe los dos ſolos dixo à Aparicio: *Haveis de ſaber, que quando ſalimos del Barco, en que yo, y los demàs que me acompañaban naufragamos, pereciò en el mar toda mi ropa, haviendo eſcapado preciſſamente aquel Cofrecillo de joyas, que como viſteis, ſe llevò aquel traydor, que haſta aqui me conduxo; y aſſi ſi teneis una camiſa, que poderme mudar, os pido por amor de Dios, que me la deis*. Reſpondiòle, *que ſi* Sebaſtian: y al eſtarla ſacando de ſu pobre arca, començò à deſnudarſe aquella con tal priſſa, que ſe puſo en carnes à eſperar, que el miſmo Sebaſtian ſe la viſtieſſe. Eſte, que volviendo la cara para ſocorrer ſu expreſſada miſeria, ſe encontrò con la mas viva eſtatua de la deshoneſtidad, y deſemboltura, lleno de un ſanto furor, arrojándole à la cara la camiſa, le dixo: *Tomad, poneoſla allà noramala, y ſed honeſta, que eſſo no parece bien à Dios, ni al mundo*. Poniendo tal eficacia el Altiſſimo en la ſencilla reprehenſion, de que uſó en tan peligroſo lance ſu fiel Siervo, que jamàs ſe deſcompuſo en adelante, no ſolo en las acciones, pero ni aun en palabras, la immodeſta Doncella.

Ofre-

Ofreciòsele despues de algunos dias à Aparicio ir à San Lucar; y noticioso de las diligencias, que por parte de la Justicia se practicaban à fin de encontrar à la fugitiva, y de las quantiosas dádivas, que se ofrecian al que de ella diesse razon, ò la descubriesse, volviendo à su Casa, le preguntò, ¿què pensaba hacer, pues ya veìa, que el que alli la havìa dexado, no venìa por ella, y estaba en un peligro manifiesto si la hallaban sus Padres, ò Parientes? A que respondiò entre lágrymas, sollozos, y ternuras: que supuesto que èl intentaba passar à Indias, se hallaba determinada à hacer lo mismo, con tal que la admitiesse por Esposa, como con las mayores veras se lo suplicaba. Mas usando Aparicio de su acostumbrada entereza, y severidad, le dixo, no ser su ánimo casarse; pero que no por esso dexarìa de tratar de su remedio: y en efecto solicitando à uno de sus deudos, le revelò tener en su Casa la prenda, que buscaba: que todo el tiempo de su ausencia la havìa mantenido consigo recogida; y que pues el intento de la emprendida fuga no havìa sido otro, que el de casarse, le suplicaba, y en su nombre à los demàs Parientes la perdonasse: que desde luego harìa la entrega, con tal que se le otorgassen dos solas cosas: la primera, que antes de passar à sus Padres la noticia de su deseado hallazgo, la havian de assegurar en un Convento: y la segunda, que no se le havìa de dar à èl ni una sola blanca; pues no haviendo tenido otras miras, que el amor de Dios en quanto havìa executado à favor de la dicha niña, en èl solo libraba la recompensa. Otorgaronsele ambas, y al efectuar la entrega: *Andad*, dixo à la Doncella, *que de aqui en adelante caminarèis con la ayuda*

de

de Dios con mejores passos, y despues de haveros visto abandonada de un hombre: os verèis consagrada à Dios con el habito religioso dentro de un Claustro. Y assi se verificò, segun que lo havìa predicho Sebastian.

Despues de esta última victoria de su pureza (que celebrarian por sin duda, y tal vez con sus admiraciones los mismos Serafines) conociendo Aparicio, qúe lo llamaba Dios, y con instancia, por medio de sus ocultas inspiraciones, para este Reyno; desentendiéndose de los ruegos, y ventajosas promessas, que por parte del dueño de la Heredad, que hasta alli havia manejado, se le hacian; huvo de conformar su voluntad à la Divina, tratando eficazmente de embarcarse.



CAPI-

CAPITULO IV.

Paſſa à la Nueva Eſpaña Aparicio, y primeros exercicios en que ſe ocupó.



O baſtaba â tanto Heroe un ſolo mundo. Saliò vencedor Sebaſtian en tan repetidos reencuentros en el antiguo, para comenzar à vencer à los treinta y un años de ſu edad en eſte nuevo; empezando â manifeſtar la generoſidad invicta de ſu ánimo, deſde que diò principio à ſu navegacion. No ſolo el comun de la Marinerìa; el demàs reſto todo de paſſageros, que obſervaron en èl un ingrato dialecto caſtellano, à que agregaba una franqueza grande en decir con ſencillez quanto ſentìa, comenzaron â hacerle deſde luego el objeto de ſu comun paſſatiempo, y diverſion. Su paciencia en tolerar las burlas que le hacian, paſſaba entre ellos plaza de eſtupidez; aumentando los ludibrios, y baldones el crèr efecto de una inſenſata ruſticidad ſu heroico diſimulo. Pero dentro de pocos dias ſe variò del todo la ſcena; porque preſentandoſeles ſegun ſu verdadero aſpecto el ſufrimiento, y taciturna modeſtia de Sebaſtian, convirtieron en reſpetos ſus irriſiones, en alabanzas ſus ſàtyras, y ſus ultrages en veneracion. Llegando à ſer, en una palabra, por mérito de ſu reſignada

mor-

mortificacion, y tolerancia, la idèa, y exemplar de christiana moderacion à quantos con èl navegaban.

El concepto, que havian formado ya todos de su virtud, les hizo crèr, que mas que al favor de los vientos, è industria de los Pilotos, eran deudores de su feliz arribo al Puerto de Vera-Cruz à las fervientes oraciones de Sebastian. El qual puesto ya en tierra, despues de una corta mansion en Villa-Rica (nombre, que aun conservaba de sus primeros Conquistadores la antigua Vera-Cruz) mal hallado con el ocio, se partiò para la recien fundada Ciudad de la Puebla de los Angeles, en cuyas immediaciones se ocupò en cultivar la tierra para sembrarla de trigo, y maiz. Las pocas, ò ningunas ventajas, que sacò en los dos años, en que exerciò por entonces la labranza, le hicieron variar de ocupacion, y aplicarse à la de amansar, y domar Novillos: comenzando à adquirirse desde este ministerio la admiracion, y con ella el respeto, y benevolencia de los Naturales, por haver sido el primero à quien huviessen visto sujetar, y domesticar su fiereza. Despues arbitrò el modo de formar Carretas, à que uncidos los Novillos, ya Bueyes mansos, completò el todo de la utilíssima máquina (ignorada tambien hasta entonces en el Pais) con que se comenzaron à transportar las semillas de las Haciendas de campo, y mercaderias, que desembarcaban en el Puerto de Vera-Cruz, à las Ciudades de Puebla, y México.

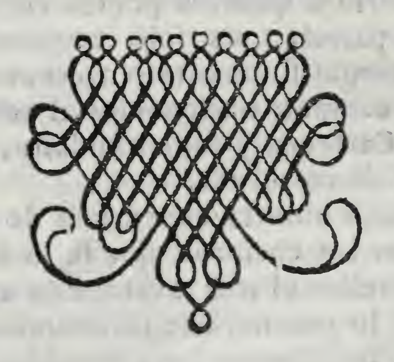
Nueve años hacìa ya, que se ocupaba en este laborioso ministerio, avecindado en los contornos de la Puebla, Sebastian, quando resolviò passarse con el todo de su carruage, aumentado notablemente en el número, à la Ciudad de México. Y aplicando desde

de aqui ſu ſingular induſtria, ſin perdonar trabajo, ni fatiga, à deſcubrir camino proporcionado para el trànſito commodo de las Carretas dichas, abriò el que en el dia ſe uſa de eſta Ciudad al célebre Real de Minas de Zacatecas, opulento ya entonces, y hoy reducido à un miſerable eſtado.

Comenzò à freqüentarlo con ſus Carretas Aparicio, y mas que un nuevo invento para la comun utilidad, admirò eſte nuevo mundo un Heremitorio volante en cada una de aquellas en que el miſmo Venerable ſe conducìa. Bien merece eſte nombre aquel lugar, en que ſin que fueſſen capaces los regulares contratiempos de ſu exercicio de turbar la paz interior, y ſerenidad de ſu ánimo, ſe dexaban vèr con aſſombro la oracion, la pureza, la penitencia, la modeſtia, y humildad, y ſobre todo la charidad, capaz de acreditar de grande la virtud del mas retirado Solitario de la Nytria. Al vèr la liberalidad con que ſocorrìa à quantos pobres encontraba por los caminos, parecìa, que ſolo emprendìa ſus viages para deſahogar ſu charitativo corazon en la ſoledad de los campos: haciéndoles al miſmo tiempo lugar en ſus Carretas, y ſuſtentándolos, ſi acaſo caminaban àcia donde èl iba.

Pero deſeando la converſion de los Infieles mas que todos los theſoros, que ſe pudiera prometer de ſu exercicio el mas avàro; con aquel grande objeto era de lo mas notable ſu liberalidad para con los infelices Chichimecas, cuya ferocidad ſe alimenta de las miſmas vidas, que quita. Antes de ponerſe en camino, cuidaba de que fueſſen entre ſus Bueyes algunos Novillos, y con ellos porcion conſiderable de maiz, previniendo igualmente (ſabiendo quanto

ſe prendaba de ellas ſu ſencillez) algunas buxerias: todo lo qual les regalaba, por ſi lograba por eſtos medios, quando no el todo de aquellos ſus deſeos, que hicieſſe menos eſtragos en los paſſageros ſu barbarie. En efecto ſu virtud ſe inſinuò de tal ſuerte en los corazones de aquellas fieras racionales, que luego que lo reconocian, no ſolo ſe venian à èl con demoſtraciones de la mayor benevolencia; ſino que lo obſequiaban con algunas frutas ſilveſtres, y ofrecian à ſervirle, acompañándole en los caminos contra la ferocidad, aſſi de los brutos, como de los demàs de ſu miſma Nacion; bien que era tan comun à unos, y otros la veneracion à Aparicio, que no ſolo no ſe atreviò jamàs alguno de ellos à ofenderle en ſu perſona; pero ni à los que ſe valian de ſu compañia, ſirviéndoles ſu reſpeto del mas ſeguro aſylo.



CAPI-

CAPITULO V.

Dexa Aparicio el empléo de Carretero, y vuelve al de Labrador.



ANSADO ya ſu trabajado cuerpo de la penoſa ocupacion de manejar Carretas, ſe reſolviò à venderlas el año de mil quinientos cinqüenta y dos, y aplicarſe de nuevo al cultivo del campo; para cuyo efecto comprò una Hacienda de labor entre Atzcapuzalco, y Tlalnepantla, poco mas de una legua diſtante de la Ciudad de México. Sin embargo de tener algunos Indios, que le ayudaſſen; ſu natural inclinacion, y el dictamen de haver de comer ſiempre el pan del ſudor de ſu roſtro, le hacian acompañar perſonalmente à aquellos en el trabajo: ſobre el qual ſe conociò deſde luego reiteraba Dios aquella bendicion, con que felicitò antiguamente el de Jacob, en tan abundantes coſechas, que adquiriò con ſu producto el caudal ſuficiente para agregar à la de labor otra de ovejas. Dentro de poco tiempo ſe vieron ambas convertidas en Ciudades de refugio, en que hallaba grata acogida la neceſſidad comun, de ſuerte, que parecìa, que quanto havìa practicado en los demàs miniſterios à beneficio de los proximos, havian ſido

preciſſamente unos breves enſayes de ſu virtud, que aguardaba à perfeccionar en el de Labrador.

Es increible el gozo que manifeſtaba al vèr que ſe valian de ſus coſas los demàs del miſmo exercio, para el ſocorro de ſus neceſſidades; y aſſi ocurrian à èl con ſeguridad de proveerſe tanto de reales, como de ſemillas, ſi les faltaban al tiempo de las ſiembras: lo que no ſolo les franqueaba guſtoſo; ſino tambien ſus Bueyes, y Gañanes con todos los demàs aperos de que neceſſitaban; arreglado al dictamen de que vivìa penetrada ſu charidad, de no manifeſtar propriedad aun en lo miſmo que poſſeìa; y aſſi jamàs ſe verificò, que pidieſſe por Juſticia el maiz, ganado, ò dinero, ni aun la miſma tierra de ſus Haciendas, que en diverſas ocaſiones le uſurparon.

Como no reconocìa otros límites ſu charidad para con los pobres, que aquellos à que ſe eſtendìa la neceſſidad; con igual, ò mayor prontitud, que à los Labradores vecinos, ſegun que aquella lo exigìa, remediaba à quantos miſerables ocurrian à èl procurando ſu ſocorro, llevados de la certeza de que jamàs havìa quedado fruſtrada ſu eſperanza; excediendo tal vez la confianza de los miſmos lo ſingular, è ingenioſo de ſu compaſſion. Aſſi lo experimentò aquella Viuda, cuyo Marido muriò quedando à deber à Aparicio una conſiderable cantidad de peſos. Hizo llamar à aquella à ſu Caſa, y al miſmo tiempo à un Eſcribano, que dieſſe teſtimonio de lo que delante de ella iba à executar, y ſacò los vales, y recibos, que contra el difunto tenìa. Lo menos que podìa eſperar la afligida Señora en tales circunſtancias era, que ſe le hicieſſe hacer un reconocimiento de dichos inſtrumentos; pero el éxito fuè romperlos por ſu mano el miſ-

mo

mo Aparicio, y dar à ella Carta de pago authorizada por el referido Eſcribano, y ofrecerſe al tiempo al ſocorro, aſſi de ella, como de tres hijas Doncellas, que le havian quedado, como lo executò haſta miniſtrar à èſtas las ſuficientes dotes, con que tomaron el eſtado del matrimonio.

No manifieſta menos aquella verdad el ſiguiente ſuceſſo. Paſſando cierto dia por la Plaza de México, viò que llevaban preſſo à un hombre, y acercándoſe à los Miniſtros, que lo conducian, les preguntò la cauſa: à que reſpondieron: que lo llevaban à la Carcel por no haver ſatisfecho la cantidad de tres mil peſos, que debìa. Suplicòles Aparicio, que lo ſoltaſſen, que no dexarìa de pagarlos: y eſtimando aquellos la expreſſion por efecto de ligereza del ſuplicante, proſeguian ſu camino, y èſte la repeticion de ſus inſtancias. Al tiempo que ſe agitaba la altercacion, acertò à llegar el Juez de cuyo orden ſe llevaba à la Carcel el preſſo, y preguntando quien fueſſe el temerario, que intentaba impedir la execucion de la Juſticia, reſpondiò Aparicio, à quien luego conociò el dicho Juez, no haver ſido otra ſu pretenſion, que informarſe del motivo de la priſſion de aquel infeliz hombre, por ſi podìa librarle de ſu anguſtia; y que enterado de èl, ſuplicaba de nuevo ſe mandaſſe ſoltar, obligandoſe èl à la paga de dicha cantidad. Condeſcendiòſe ſin la menor repugnancia con ſu ſúplica, y haviendo ſatisfecho lo prometido, ſe llevò al deudor à ſu Caſa, en la que proſiguiò manteniendo de un todo por mucho tiempo à aquel viſible trophèo de ſu gran charidad.

Entre los neceſſitados tenian el primer lugar en la compaſſion de Sebaſtian los miſerables Indios:

y

y assi era lo comun venir à quexarse à èl de las vejaciones, y molestias, que les solian hacer en otras partes; lo que le estimulaba à solicitar de los Amos á quienes servian que los tratassen charitativamente, y hacerse, mas que con las palabras con las obras el Promotor continuo de su amor, hasta el extremo de no darle los mismos Indios otro tratamiento, que el de su Padre.

CAPITULO VI.

Práctica de otras virtudes de Aparicio en el exercicio de la labranza, y algunas tentaciones del Demonio estando aun en el siglo.



POR mérito de su trabajo, y de su industria comenzò Sebastian à enriquecer en el emplèo de Labrador, hasta llegar à tener créditos de opulento, aun sin atenerse à los cálculos, que suele formar la embidia de los de una misma carrera, y professión; pero quanto mas adelantaba en riquezas, tanto menos desfrutaba en commodidades. Era de lo mas estraño à lo del mundo su comercio, pues parecìa que buscaba el dinero, para comprar con èl la mortificacion: para hacer su alimento diario de unas pocas tortillas de maiz, y por salza unos pimientos, llamados vulgarmente

mente chiles en el Pais, deshechos en agua, à que agregaba un poco de Baca en los dias feſtivos: ſu bebida de ſola agua; y de una delgada eſtera, ò petate ſobre la dura tierra quando uſaba de lecho, y no paſſaba las noches à Caballo velando ſus ſembrados; en las quales fixando en la tierra la punta de una haſta, que era la arma de que uſaba comunmente para impedir los daños, que podian hacer en ellos las beſtias, arrimando à èſta la cabeza, dormìa deſde la miſma Cabalgadura lo que eſta tardaba en moverſe, ò acometer à caminar: añadiendo à la auſteridad de eſtas prácticas una modeſtia grande en el veſtir, y total ſeparacion de lo que llama el mundo paſſatiempos, eſpecialmente del comuniſſimo entonces de los naypes; ſin haverſele conocido otra diverſion, que la de una, ù otra vez tirar la barra.

La gran ſinceridad, con que executaba cada una de las dichas coſas Aparicio, hacìa, que reſervandoſe à ſolo Dios el conocimiento de las que practicaba en ſu interior, y eſpecialmente de ſu amor al miſmo Dios, de ſu continua preſencia, ſu oracion, y contemplacion de los Divinos Myſterios, no las atribuyeſſen los hombres à virtud, ni reflexaſſen ſobre aquel fondo de bondad de donde procedian; pero el enemigo comun, que lo rezelaba, comenzò à uſar de aquellos medios, que le ſugerìa ſu aſtucia, para ſepararle por ellos de ſus ſantos propóſitos.

Haviendo cerrado cierta noche la puerta de ſu Caſa, ſe recogiò à orar Sebaſtian; y quando mas engolfado eſtaba en ſu oracion, dando gracias à Dios con los mas amoroſos, y dulces coloquios por los ſingulares beneficios, de que inceſſantemente lo colmaba, y acuſandoſe al miſmo tiempo en ſu preſen-

cia

cia como Reo de la mayor ingratitud, ſe le puſo delante el Demonio en la horrible figura de un deſcomunal Ethyope, que con un tridente, ò vielgo de madera en la mano, inſtrumento de que uſan para ſeparar el grano de la paja los Labradores, le comenzò à incitar à que ſe levantaſſe, y ſalieſſe à aventar una parva de trigo, que tenìa trillada en la Hera, pues eſtaba corriendo un viento de lo mas à própoſito para el efecto, ſiendo el fin de ſu venida, le dixo, el de ayudarle. Admirado Aparicio de vèr en ſu preſencia tan monſtruoſo veſtiglo, le preguntò ¿por donde havìa entrado eſtando cerrada la puerta? A que reſpondiò el malvado: que èl ſabìa penetrar el lugar mas ſecreto, ſin que pudieſſen ſervirle de impedimento las mas fuertes cerraduras: expreſſion, en que acabò de conocer Aparicio al pérfido aſſeſino de las almas, y haciendo ſobre sì la ſeñal de la Cruz, lo puſo en fuga.

Partiò confuſo el tentador; pero maquinando en medio de ſu confuſion un nuevo aſſalto. Aguardò à que ſalieſſe una noche Sebaſtian à velar ſus ſembrados, como lo tenìa de coſtumbre, y ſaliéndole al encuentro un furioſo Toro, en que ſe transformò, le acometiò con el ímpetu de quien lo iba à deſpedazar; mas uſando de ſu natural valor Aparicio, ſaltando del Caballo, lo aguardò à pie, y aſiéndolo de las haſtas, comenzò à lidiar con èl haſta las dos de la mañana, en que conociendo, que ſu ferocidad era de diſtinta eſpecie, que la de los comunes, acudiò al Cielo ſu eſpíritu, de donde tuvo pronto el ſocorro; porque haviendoſele revelado en la miſma hora al Venerable Padre Fr. Juan Bautiſta de Lagunas, que eſtaba orando en el Choro deſpues de Maytines con

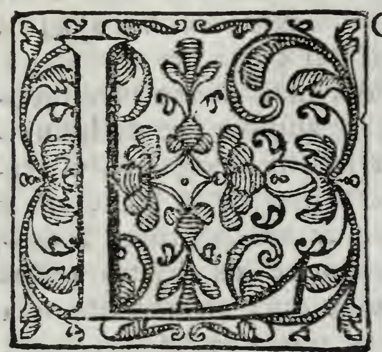
la

la Comunidad del Convento de N. S. P. S. Francifco de Tlalnepantla, la tribulacion en que fe hallaba el Siervo de Dios, fe la manifeſtò èſte à los demàs, ſuplicándoles lo primero, lo ſocorrieſſen con ſus oraciones, y deſpues, que lo acompañaſſen al campo de batalla; mas al ſalir del Pueblo encontraron à Aparicio, que venìa ya de retirada al Templo à dar las debidas gracias al Todo Poderoſo, con cuya ſola ayuda pudo ſalir victorioſo del combate.

Segunda vez corrido, mas nunca eſcarmentado, le acometiò la tercera; aunque viendo las ningunas ventajas, que ſacaba ſu aſtucia de las del terror, ſe valiò en ella de las armas de la blandura, y ſuavidad; ſabiendo, que qüenta mas victorias la dulzura del cariño, y la liſonja, que los rigores todos de la amenaza. Transformado pues en una hermoſa Dama, adornada de tan ricas, como engañoſas galas, ſe le preſentò, uſando de todo el atractivo de las caricias, y palabras liſonjeras. Preguntòle Aparicio: ¿què querìa? A lo que reſpondiò: que ſolo amarle, y ſervirle, compadecida de ſu abanzada edad, pues aun en ella eſtaba trabajando ſin commodidad, ni regalo. Sabìa mui bien el Cielo, y ojalà, y lo acabaran de conocer tambien los hombres, quanto es mas de temer una muger deshoneſta, que una fiera; y aſſi no permitiò en eſta, como en la antecedente lucha, el eſpacio de dos horas; ſino que revelándole al enemigo, que baxo aquel engañoſo aſpecto ſe ocultaba, valiendoſe Aparicio de la arma poderoſa de la Cruz, lo hizo deſparecer, tercera vez avergonzado.

CAPITULO VII.

Resistese Aparicio á contraher un casamiento, que se le proponia.



LOS créditos de la riqueza de Aparicio, que tenian poco que volar de Atzcapuzalco à México, sirvieron de incentivo à un Vecino noble de esta Ciudad, para pensar en casar con èl à una hija suya competentemente rica, y adornada à mas de esto de prendas naturales. El conocimiento, que tenìa de su genial llaneza, le hizo evitar para con èl aquellos regulares preludios, que suelen acostumbrarse en semejantes casos; y assi para que la entrevista, y la palabra del matrimonio quedassen efectuados en una sola concurrencia, procurando la oportunidad de la de Aparicio, le dixo: Que tendrìa la mayor satisfaccion en que honrasse su Casa cierto dia (y señalòle qual) en que lo aguardarìa para tratar con èl un negocio, que à los dos importaba. Diòse aquel por emplazado, sin tomarse la licencia de inquirir el objeto. Pero declarándolo èste à los mas deudos, y amigos, que le fuè possible, les suplicò igualmente lo acompañassen el dia señalado, siendo tal vez precissa su assistencia para llevar al cabo su pretension. Cumplieron èstos el encargo tan à satisfaccion del

del Suplicante, que quando llegò Aparicio, le acompañaron à recibirlo, y colocarlo en el lugar mas distinguido de la Sala, immediato à la Esposa designada.

No acertaba la humildad del Venerable à descifrar el mysterio, que encerraba aquella distincion; y assi se mantuvo igualmente confuso, que modesto, y silencioso un largo rato, hasta que llamándole el Padre la atencion, usando de aquellas expressiones, que acostumbra en semejantes lances la urbanidad, le manifestò el deseo de que admitiesse à su hija por Esposa, que era el assunto para que le havia citado, en que convenian gustosos los circunstantes: confirmando todos, aunque tumultuariamente, su verdad.

Oyò à unos, y otros Aparicio; y usando de su acostumbrada madurez les respondiò en sustancia: que el mismo conocer el excesso del favor, que se le hacia, bastaba à retraherle de su admission; que consideraba en la niña una Señora criada con regalo al lado de sus Padres, y en medio de las grandezas, y diversiones de la Corte, lo que la hacia acreedora à mas alto destino, que el de un hombre de campo como èl era. Procurò el Padre desvanecer la escusa, prometiéndole, que se la entregaria con el seguro de que una vez casada, lo seguiria gustosa donde èl quisiesse. A aquella singuieron otras; pero todas hallaban pronta réplica assi en el Padre, como en la demàs acorde comitiva. Y tomando un tono mas alto en su resolucion, les dixo: *Me he escusado, Señores, hasta aqui, porque hallo en mi, que no merezco la honra, que me hacen en darme por Esposa, y compañera a tan principal muger; pero ya que quieren que la lleve à mi compañia, ¿què*

me dan para sustentarla? Respondiò el Padre, y con èl algunos de los deudos: que le darian en dote una Hacienda de labor, que bien valdrìa tres, ò quatro mil pesos. *Tierras, ni Haciendas no necessito,* dixo Aparicio, *porque tengo proprias las bastantes. En dinero pregunto.* Prometiéronle seiscientos pesos, que era la cantidad, dixeron, con que se hallaban en la ocasion. Al oìr esto, se levantò, diciendo: *Que agregassen à los dichos, otros seiscientos que èl daba à la Señora de su caudal para zapatos; que fuessen luego por ellos, que por entonces no trataba de casarse:* y se saliò, celebrando el haver acertado à rescatar al precio de tan poco oro su libertad.

CAPITVLO VIII.

Contrahe Aparicio matrimonio, y conserva en él su pureza virginal.



ESENTA años de edad contaba ya Aparicio, y en ellos tan admirables triumphos, como hasta aqui hemos visto, su virginal pureza: y fiando su Prudencia en la vejez de la assistencia del poder de la gracia, con cuya ayuda havìa salido victorioso, aun siendo Joven, en tan peligrosos combates; se resolviò à elevar la práctica de aquella virtud, hasta el último gra-

grado à que puede llegar entre los hombres ſu heroiſmo, entrando en el mas arduo, y díficil empeño de conſervarla ileſa en el eſtadó conjugal. Para poner en execucion, como lo havìa meditado, ſu deſignio, conocìa ſerle preciſſo elegirſe una Eſpoſa, no ſolo de tierna edad; ſino de tal virtud, que ſe pudieſſe prometer prudentemente de ella, atenderìa al alivio de ſu vejez, ſin exponerle por ſu parte à peligro de naufragar en ſu heroico própoſito.

El miſmo Cielo, que ſe lo inſpiraba, le dirigiò por ſin duda, un Vecino pobre, aunqúe honrado, del Pueblo de Chapultepec, media legua diſtante de eſta Corte; quien haciéndole preſentes aquellos comunes rieſgos à que eſtaba expueſta por ſu pobreza la virtud de una miſerable hija, que tenìa, le ſuplicò al miſmo tiempo ſe la amparaſſe por amor de Dios, para lo qual ſe la ofrecìa deſde luego por Eſpoſa, aunque ſin otra dote, que la de ſu notorio recogimiento, y honeſtidad. Perſuadido Aparicio à que en la que aquel buen hombre le proponìa, le deſtinaba la Providencia la que èl buſcaba, aceptò la propueſta, y procediò à celebrar ſu matrimonio.

Advirtiò en la Conſorte mui deſde los príncipios de ſu carrera un candor columbino, que explicaba el de Sebaſtian, deſpues de muerta, con la expreſſion: *de haver criado en ella una Palomita para el Cielo, blanca como la leche.* Y eſta bella diſpoſicion hizo, ſin duda, que hallaſſe en ella mas favorable, y grata acogida la propueſta de la reſolucion, en que ſe hallaba Sebaſtian, que aun para con un Valeriano la de Cecilia. Comenzò pues à manejarſe con ella como Padre, ſin faltar en lo público à las preciſſas atenciones de Marido: proveyendo como

mo tal de quanto podia contribuir à la commodidad, y decencia de su estado, sin agravio de la christiana moderacion. Acompañábala siempre à la mesa: y ignorando aun aquella los ministerios de coser, y labrar, la llevaba à Caballo casi en brazos à que una honesta Señora se la instruyesse.

Pero lo que hizo mas admirable la continencia de Aparicio, no fuè el que no se llegasse à ajar, ni aun por assomos, en medio de la familiaridad íntima de este trato. La pluma de un Serafin havìa de ser la que lo describiesse conduciendo al blando lecho, que desde luego le previno, à su tierna Esposa, desnudándola, y acostándola en èl, con toda la ternura, y atencion, con que pudiera con una hija un amoroso Padre; y despues de haverse encomendado à la Reyna de las Vírgenes por medio de su Rosario, acostándose èl en el duro suelo, sin mas resguardo, que el de una estèra, ò piel de Toro, à los pies del mismo lecho.

La paz que traìa consigo la dulzura de semejante trato entre los dos Consortes, procurò turbar el Demonio, valiendose de los mismos Suegros de Aparicio; à quien haciendo el injusto cargo de tratar mal à su hija, y mirarla con abandono, llenaron de los mayores improperios. Pero no teniendo aquel otro objeto, que la seguridad de su conciencia, defentendiendose de las injurias, y usando de su acostumbrada mansedumbre, les respondiò: *Que no se hallaba culpado en el cargo, que le hacian, porque ni la maltrataba, ni la querìa mal, como ella misma lo dirìa; y que en lo demàs no tenian que cansarse, porque èl se havìa casado con ella para ampararla, y si lo alcanzaba por dias, dexarla*

por

por universal heredera de todos sus bienes, para que con ellos passara descansadamente la vida, y libre de las necessidades, que antes le afligian en el mundo.

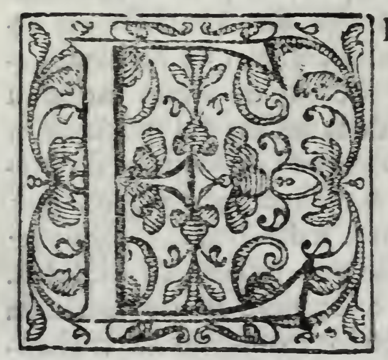
El efecto, que produxo esta moderacion, fuè irritar mas los ánimos de aquellos; pues no haciendose cargo de la entereza del de Aparicio en no faltar à aquel santo própósito, con que se havìa casado, y que no dexaba de indicar de algun modo su respuesta; hicieron prueba de la misma del poco amor de que le acusaban, ò à lo menos de defecto de parte de su naturaleza para satisfacer el fin para que fuè instituido el matrimonio; hasta llegar à resolverse à pretender se declarasse por Justicia su nulidad. Mas antes de ponerlo en execucion muriò la casada Virgen, haviendo desfrutado los exemplos de la christiana vida de Aparicio por el espacio de poco mas de un año. Diòle èste sepultura en la Iglesia Parrochial del Convento de Tacuba; y haciendo tomar luego la cantidad de dos mil pesos, en que la havìa dotado, los hizo passar à sus Padres, con la expression, de que para esto sì se havìa casado, que recibiessen aquella cantidad, para que remediassen con ella sus escasezes.



CAPI-

CAPITULO IX.

Passa á segundas nupcias Aparicio.



L poder de aquella gracia, que hizo salir victorioso à Sebastian en tan peligroso conflicto, reanimò su valor, y christiana prudencia para duplicar las palmas de su triumpho, contrayendo segundo matrimonio à los sesenta y tres años de su edad, sin perder de vista la heroicidad de su própósito. Para que fuesse igual el éxito, practicò las diligencias de informarse de las circunstancias de virtud, y poca edad de la que havìa de ser escogida; y concurriendo una, y otra en una noble niña, natural, y vecina del Pueblo de Atzcapuzalco, llamada Marìa Esteban, la eligiò con toda la satisfaccion de sus Padres para el efecto. Viviò con ella en igual paz, que con la primera, siempre unidos en el espíritu, y igualmente de acuerdo en los pareceres. Mas enmedio de estas santas delicias (objeto digno por sin duda de la embidia de todos los casados) le sobrevino à Aparicio una grave enfermedad, en que haciendo su testamento, declarò: *Que para mayor honra, y gloria de Dios, su Muger quedaba Virgen como la recibiò de sus Padres; porque solo se havìa desposado*

con

con ella para tener algun regalo en ſu compañia por hallarſe mal ſolo, y por ampararla, y ſervirla de ſu hacienda.

O ya fueſſe que huvieſſe llegado à noticia de los Padres de èſta una tan ſolemne declaracion de la continencia de Sebaſtian, ò que por los efectos la pudieſſen haver conjeturado; lo cierto es, que ella ſirviò de motivo para excitar contra èl las miſmas quexas, è inquietudes, con que le moleſtaron los de la primera; à que creyeron dar mayor eficacia con ocurrir à ſu Confeſſor, à fin de que le hicieſſe deſiſtir de aquel intento. Preſtaba à todos grato oìdo Sebaſtian; pero ſatisfaciendoſe de no tener ſu Eſpoſa el influxo mas leve en el aſſunto; al paſſo que repetian aquellos ſus inſtancias, reanimaba èſte la heroicidad de ſus própoſitos, que conſervò haſta la temprana muerte de aquella; la que le apreſurò un acaecimiento, en que influyò por ſin duda ſu poca edad.

En atencion à èſta, y al zelo que reynaba en Aparicio por la guarda de la pureza, acoſtumbraba (como lo hacìa tambien con ſu primera Eſpoſa) dexar à eſta ſegunda encerrada con llave quando ſe auſentaba de Caſa: porque eſtando eſta en el campo, y ſiendo aquella tan niña, ninguno ſe atrevieſſe à ofender ſu caſtidad, con alguna palabra menos honeſta. Sucediò pues, que haviendo ſalido Aparicio cierto dia, dexando, como ſiempre, encerrada à ſu Muger, ſe ſubiò èſta en un arbol, que eſtaba en medio del Patio de la Caſa, y aviſándole que venìa ſu Marido; ella, que aunque le miraba con el amor de Eſpoſa, lo atendiò ſiempre con los reſpetos de hija; queriendo baxar con la mayor priſſa de lo mas alto del arbol, de una de cuyas ramas eſtaba aſida; ſol-

tándola con el susto de la mano, cayò en tierra; y lastimada gravemente del golpe, dentro de no mucho tiempo (haviendo cumplido apenas el del año de casada) perdiò la vida.

Sintiòla Aparicio à proporcion del casto amor, con que le correspondìa, assi de Padre, como de Esposo; bien que le consolaba haver logrado criar, assi en esta, como en la otra (segun èl se expressaba) *dos Palomitas para el Cielo, blancas como la leche.* Y haviéndola enterrado en la Iglesia de Nrô. Padre Santo Domingo de Atzcapuzalco, y remitido à sus Padres, como à los de la primera, los dos mil pesos, en que la havìa dotado, y con ellos todas las demàs joyas, y alhajas, que havia comprado para su uso, comenzò à meditar desprenderse de todo lo demàs que posseìa, para correr con mayor desembarazo la estrecha senda de la perfeccion.



CAPI-

CAPITULO X.

Renuncia Aparicio todos ſus bienes temporales, y trata de entrar en Religion.



ARA dar la última mano à aquellos ſus deſeos, ſe valiò el Altíſſimo del medio de una grave enfermedad, que le amenazò con el último peligro de la vida: y haviendo convalecido de ella en el cuerpo, ſe reſolviò à mejorar tambien en el eſpíritu. La conſideracion de que ſi ſe huviera llevado haſta la execucion aquella amenaza, ſe hallaba en ſu concepto de lo mas eſcaſo de méritos, con que comparecer en el rectíſſimo Tribunal del Juez Supremo, le hizo aumentar la rigidez de ſus penitencias, y mortificaciones ocultas, dexando correr con alguna libertad haſta el exterior los efectos de ſus nuevos fervores. Preſentábaſe en público con un veſtido de paño pardo mas baſto, y grueſſo, que el que ſolìa. No ſolo no hablaba ya mas que lo preciſſo; ſino que huyendo de las converſaciones vanas, è indiferentes, no permitìa que ſe trataſſe en ſu preſencia otro negocio, que el del deſengaño de lo fragil, y perecedero de quanto aprecia el mundo.

Traìale eſte objeto tan embargado el ánimo, que ſu notoria abſtraccion llegò à poner en algun

cuidado à ſus amigos, aumentando ſus ſoſpechas el obſervarle mucho mas que antes mortificado en el ſemblante, freqüente en las devociones, macerado de las abſtinencias, ſólicito del retiro, y anegados muchas veces los ojos en lágrymas, acompañadas ſiempre de profundos ſuſpiros: todo lo qual moviò la compaſſion de algunos de ellos à ſuplicarle les declaraſſe el motivo de aquella novedad. No ſe negò ſu natural franqueza à manifeſtarles la mayor viveza, con que ſe preſentaba à ſu eſpíritu aquel importantíſſimo objeto, y à conſeqüencia de ella, la reſolucion en que ſe hallaba de abandonar el ſiglo, y retirarſe à un Clauſtro, à acabar lo poco que le reſtaba de vida, en el eſtado religioſo.

No bien havìa expreſſado ſus intentos, quando hallò, aſſi en aquellos, como en quantos ſe preciaban de tomar interès en ſus commodidades, la mas fuerte, y declarada opoſicion. Hacíanle todos preſente la chriſtiana vida, que haſta entonces havìa practicado, no ſolo con exemplo; mas con edificacion de quantos tenian noticia de ſu conducta: que ſupueſto, que Dios, que le havìa colmado de riquezas, le havìa aſſiſtido con ſu gracia, para que vivieſſe haſta alli con la regularidad, que era notoria à todos; le aſſiſtirìa tambien para que ſin penſar al cabo de la vejez en novedades, y ſingularidades ſiempre odioſas, ſe pudieſſe ſalvar, ſin que le fueſſe de óbice aquel ſu eſtado: esforzando tal vez con aquel miſmo fin ſu pretenſion con algunos oprobrios.

Eſcuchábalos Aparicio ſin alteracion, y con la mayor ſerenidad les reſpondìa: *Hermanos: todo lo que decìs de mi es verdad; pero lo que sè decir es, que todo lo de por acà es baſura, y polvo, y*

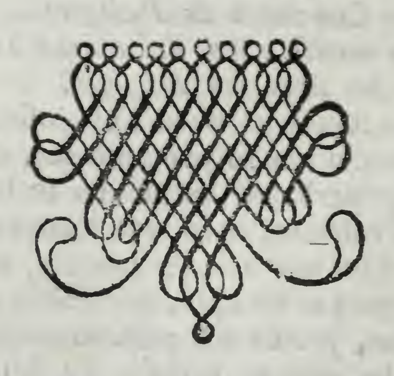
ſolo

ſolo el ſervir à Dios es lo bueno, y perfecto: y para que veais eſta verdad, mirad quantos ricos hay en el Infierno, à quienes las riquezas ſirvieron de peſas para ir allà: mirad quantos pobres hay en el Cielo, à quienes la pobreza ſirviò de alas para ſubir tan altos, que ſe pierden de viſta.

Para poner en execucion del modo mas pronto, y ſeguro aquel ſu deſignio, ocurrìa con freqüencia à un Religioſo mui eſpiritual del Convento de N. P. S. Franciſco de Tlalnepantla: el qual queriendo hacer las pruebas, que le dictaba ſu prudencia de la conſtancia de Aparicio, y obſervar ſi era efecto de la inſpiracion de lo alto, ò de la tentacion aquel ſu própoſito; al tiempo, que fomentaba ſu deſengaño, le dilataba los términos de cumplirlo: haſta que lleno cierto dia de mayor fervor que en los antecedentes, repitiò aquel ſu inſtancia, diciéndole: *Padre, yo eſtoy reſuelto à dexar ſin mas tardanza toda mi hacienda à pobres, y retirarme à ſervir à algun Convento de Religioſos, para reſtaurar por eſte medio algo del mucho tiempo que he perdido en los negocios del ſiglo.*

Conociendo el buen Religioſo, que lexos de vacilar Aparicio en ſu penſamiento, con la miſma demora en ponerlo en execucion ſe havìa ido mas, y mas fortaleciendo; tuvo por conveniente proponerle, que à lo que à èl le parecìa, no podìa emplear ſus riquezas en coſa, que fueſſe de mayor ſervicio de Dios, y bien del proximo, que en ſocorrer con ellas à las pobres Eſpoſas de Jeſu-Chriſto del Orden de Santa Clara, que eſtaban fundando en México ſu Convento, y con harta neceſſidad de ren-

tas para ſuſtentarſe. No pudo dar conſejo mas acomodado al genio de Aparicio; y aſſi eſtimándolo como Oráculo del Cielo, le reſpondiò con igual gozo, que prontitud: *que lo dieſſe por hecho*: y tratando luego de formalizar con la mayor ſolemnidad la donacion de quanto poſſeìa (à reſerva de mil peſos, que ſeparò para ſu ſuſtento, y que tambien ſe diſtribuyeron entre pobres, como deſpues dirèmos) otorgò Eſcritura de ella en México en 20. de Diciembre de 1563. por ante Juan de Oroſco Eſcribano Real, con ſola la condicion de que lo havian de admitir las dichas Religioſas por ſu Sirviente. Cerca de veinte mil peſos importaba lo que les diò: quedando de lo mas ſatisfecha ſu charidad por parecerle mui corto precio para comprar à coſta de èl ſu ſervidumbre.



CAPI-

CAPITULO XI.

Viste Aparicio el Hábito de Donado, y cosas, que en el servicio de las Religiosas de Santa Clara de México le sucedieron.



AL expressarse Sebastian tan gozoso, como diximos, del destino de su caudal, consultò al mismo Religioso acerca del que debìa tomar de su persona. Y atendiendo aquel à lo notablemente abanzado de su edad, fuè de dictamen tomasse el Hábito de Donado de su Orden, con lo que podrìa satisfacer sus deseos de servir à las dichas Religiosas: que si le convinieste emprender una vida mas estrecha, Dios Nrò. Señor, y N. P. S. Francisco lo dispondrìan. Jamàs se llegò à vèr tan satisfecha la mundana ambicion en el goze de la dignidad, que pretendìa, quanto la humildad de Aparicio cubierta de aquel Hábito, à que consideraba anexo el exercìcio de aquella su servidumbre estipulada.

Aplicáronle desde luego las Religiosas al cuidado de la Sacristìa, que desempeñò con igual zelo, que edificacion, acompañado uno y otro de la mas admirable sinceridad. Sin embargo del conato, que ponìa en instruirse en las ceremonias pertenecientes

à

à ſu miniſterio; la notable eſcaſez de ſu memoria hacìa que cometieſſe en ellas algunos defectos, que lexos de ocultar por medio del artificio de que aun ſin eſtudio ſabe valerſe oportunamente el amor proprio, publicaba ſus deſeos de no errar. Ayudaba en una ocaſion reveſtido de Sobrepelliz una Miſſa cantada: y haviendo dicho el Sacerdote: *Orate fratres*, el, que de un acto à otro ſe olvidaba de lo que debia hacer, acometiò à reſponder: y pareciendole, que no hacìa bien en ello, pueſto en pie, y vuelto al Choro, preguntò en alta voz à las Religioſas: *¿Deo gratias: han de reſponder allà, ò yo acà?*

Eſta ſimplicidad, que ſervìa de diverſion, y tal vez de deſprecio à los mundanos, junta con las demàs virtudes, con que à vueltas de aquella los edificaba, ſe hacìan intolerables à la aſtucia del Demonio; por lo que reanimando contra èl ſu antigua rabia, le declarò de nuevo la guerra, no ſolo por medio de las armas de fuertes tentaciones interiores; ſino aun de las exteriores, y ſenſibles, haſta ponerle en términos de quexarſe à la Abadeſa, y demàs Religioſas de la Comunidad, declárandoles la cruel perſecucion, que padecìa. Eſtas, que le miraban con los reſpectos de piadoſas, y agradecidas; à mas de prometerle los poderoſos auxilios de ſus oraciones, le proveyeron de la aſiſtencia de dos Sujetos ſeculares, que le acompañaſſen por las noches en ſu apoſento. Admitiò guſtoſo el obſequio; y la primera, haviendoſe recogido el uno de ellos à dormir, y tomado el otro un Libro, y pueſto à lèr; ſe recoſtò Aparicio ſobre una tabla, que era el lecho mas regalado de ſu uſo. Aſſi ſe hallaba à la hora de las once, quando viò, que entra-

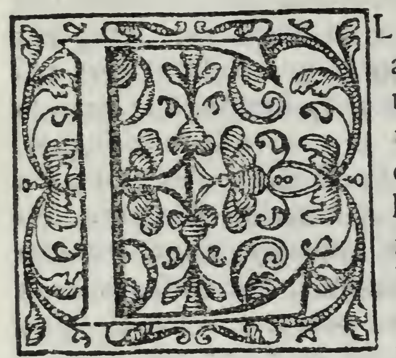
entraban por la puerta dos feroces Leones, el uno de los quales tomò en las manos la candela, y con ſaltos deſcompueſtos la comenzò à arrojar àcia todas partes, ſin que ſe apagaſſe ſu luz; y dirigiendoſe el otro al compañero, que dormìa, dexandoſe caer ſobre èl, le aſiò de la garganta en ademàn de quien le querìa ahogar: acudiò Aparicio à ſu ayuda; y valiendoſe ſu fé, como en otras ocaſiones, de la arma de la Cruz, los puſo en fuga: dexando aquellos por contraſeña de la verdad de ſu empreſſa, denegrida la cara del aſſaltado; de lo que amedrentados aſſi èl, como el Compañero, ſe deſpidieron, declarando no ſer ſu ánimo continuar el comenzado obſequio.

Cerca de un año ſirviò à las Religioſas en aquel miniſterio Sebaſtian, combatido ſiempre, aunque ſiempre victorioſo del enemigo, cuya embidia mal hallada con la perſeverancia, que obſervaba en ſus ſantos própoſitos, de no volver la cara al ſiglo, ſe entretenìa à lo menos con la eſperanza de que ſe amortiguaſſen ſus fervores; mas aquel los llevò à tan alto punto, que eſtimando por delicado aquel emplèo, emprendiò el arduo de profeſſar la vida religioſa.



CAPITULO XII.

Entra Aparicio en la Religion de nueſtro Seraphico Padre S. Franciſco, y notables ſuceſſos de ſu Noviciado.



L dia nueve de Junio del año de mil quinientos ſetenta y quatro, à los ſetenta y dos de ſu edad, fuè el decretado por la Divina Providencia para que tomaſſe en el Convento de N. P. S. Franciſco de la Ciudad de México ſu tantas veces ſuſpirado Puerto Sebaſtian. Como todo el dilatado reſto de ſu vida anterior lo havìa empleado en caminar, y con paſſos de Gigante, de virtud en virtud, las que comenzò à practicar deſde ſu Noviciado, mas eran pruebas de quien daba la última mano à ſu perfeccion, que de quien tomaba lecciones para emprender lo dificil de ſu carrera. Eſtas proporciones, que obſervaba ſu Maeſtro de parte del eſpíritu, juntas à las de una nada comun fortaleza en aquella edad, de la del cuerpo, le hacìan acomodarle à quantas ocupaciones tan familiares, como laborioſas, proprias de ſu eſtado de Lego, ſe ofrecìan; y el notable fervor con que las deſempeñaba, irritar contra sì el inſaciable furor del comun enemigo.

Del

Del irregular empeño, con que èste se explicò luego que viò emprender à Aparicio su nuevo estado, se echa de vèr lo que temìa la guerra, que le havìa de hacer su humildad en el tiempo de su carrera religiosa. No interrumpiò una sola noche de las de todo el año de su Noviciado el methodo, que se propuso su astucia de perseguirlo: apareciasele en varias figuras, y despues del terror, con que intentaba acobardarle, le quitaba las pobres mantas, con que se abrigaba, y arrojandoselas à una azotèa, le obligaba à ir por ellas, en que sacaba de contado el fruto de impedirle aquel sueño precissamente necessario à su descanso. Llegò à persuadirse Aparicio à que podrìa libertarse de este molesto género de persecucion con envolverse todo en la manta para dormir, y assi lo practicò. Pero viniendo el Demonio, segun lo tenìa de costumbre, y advirtiendo la sencillez del ardid, tomò à Aparicio à cuestas, y comenzò à encaminarse con èl la puerta à fuera; lo que advertido por èste, le soltò la manta, diciéndole: que ay la tenia, que se la llevasse sola; y èl executò con ella lo que en las demàs noches solìa.

De èstas (que reputaba la malicia del Tentador ligeríssimas burlas) passó à satisfacer en algun modo su odio, unas veces con descargar sobre èl pesadíssimos golpes, otras con levantarlo en alto, y dexándolo caer, proseguir arrastrándolo de lo mas barbaramente por el suelo, hasta quedar su fatigado cuerpo casi exánime; pero sin menoscabo de la invencible fortaleza de su espíritu.

Sin embargo de la entereza de èste, molestado de la repeticion de los assaltos del Espíritu immundo, arbitrò Aparicio una traza, que le sirviò de mu-

mucho alivio, haciéndole con ella preſente el deſprecio, con que trataba ſu immundicia. Quando entraba à tentarle en forma viſible, echaba mano del Orinal, y arrojándole à la cara los orines, lo hacìa huir avergonzado de ſu preſencia; pero mui lexos de manifeſtarſe arrepentido, ſe valiò del ardid de formar una eſpecie de Tropa auxiliar de los miſmos Connovicios de Sebaſtian, ſugiriéndoles medios, con que turbar ſu conſtancia en padecer, y en fuerza de las ſugeſtiones de ſu rabia llegò à lograr hacerle el objeto comun de ſus eſcarnios. No quedò eſta perſecucion ſolo en palabras; porque al hacer la diſciplina con los demàs, tomaba ſiempre Aparicio un lugar por lo comun el mas claro, procurando tal vez en ello ſu irriſion, y alli à golpe ſeguro deſcargaban ſobre èl los mas crueles azotes, los que recibìa el Venerable Anciano con tal paciencia, que diſimulandolos como entretenimiento de la puerilidad, lleno de la mayor dulzura les decìa: *Ola muchachos, tened juicio.*

Como al tiempo, que fomentaban aquellos los deſignios del Demonio, no ſolo no deſiſtìa èſte por ſu parte de las antiguas moleſtias; ſino que las acompañaba de un pavoroſo eſtruendo, cuyo horror aterraba à los demàs Novicios, llegaron à inquietarſe todos de tal modo, que poſſeìdos de un general deſconſuelo, aun al miſmo Aparicio ſe aſſomò la tentacion de abandonar el camino comenzado; mas ocurriendo el Cielo à ſoſtenerlo, le proveyò de un auxilio tan poderoſo, como el de N. P. S. Franciſco, quien viſitándole tres noches ſucceſſivas, lo confortò, prometiéndole de parte de Dios el premio, ſi ſeguìa ſu carrera con conſtancia, abrazándolo amoroſiſ-

ſiſſimamente al deſpedirſe la tercera; con lo que lo dexò tan fortalecido, que jamàs haſta morir le volvieron à acobardar quantas perſecuciones, y trabajos tuvo que padecer.

La piedad nos hace creer repuſo tambien por medio de las miſmas viſitas en ſu antiguo conſuelo à los demàs, para que no deſmayaſſen en ſus ſantos própoſitos; pues ſolo de uno ſabemos haverſe dexado llevar de tal ſuerte de la tentacion de volver al ſiglo, que le havia pueſto ya caſi en los últimos términos de executarlo; mas antes de emprenderlo quiſo dar parte à Aparicio de ſu reſolucion, el qual con ſanto zelo, è igual ſinceridad le refiriò el ſuceſſo antecedente, añadiendo haverle favorecido tambien muchas veces el Apoſtol Santiago, Patron eſpecial de Galicia, y univerſal de Eſpaña, y que aſſi procuraſſe vencer la tentacion, y ſiguieſſe ſin temor ſu camino, porque profeſſarìa: y aſſi ſe verificò, viviendo exemplarmente en la Religion.



CAPI-

CAPITULO XIII.

Professa el Venerable Aparicio, y primeros empléos, en que le ocupó la obediencia.



UMPLIDO el año de la aprobacion de Aparicio, se dividiò la Comunidad en pareceres en orden à admitirlo à la profession. Esforzaban unos la negativa con lo improporcionado de la edad de setenta y tres años, bastantes à impedirle el puntual cumplimiento de las obligaciones essenciales de la regla, que havìa de professar, y mucho mas en el estado de Lego, en que era necessario mayor vigor para desempeñar los trabajosos ministerios de su vida activa. Otros por el opuesto, poniendose de parte de su exemplaríssima humildad, obediencia, y mortificacion, con todo el demàs resto de virtudes, de cuya fervorosa práctica les asseguraba la experiencia de aquel año, promovian con el mayor tesón el parecer de que no solo se hacìa injuria à su Persona en despedirlo; mas tambien à la misma Religion, defraudándola assi de un Sujeto, que con su exemplo, y notoria edificacion la pudiesse ilustrar.

Tres dias se passaron, despues de cumplido el año, en estas conferencias, portandose en ellos Apa-

Aparicio con tal ſerenidad, que poniendo ſu ſuerte en manos del Señor, ordenò en los miſmos ſe dieſſen de limoſna à los pobres aquellos mil peſos, que al hacer ſu donacion à las Religioſas ſe havìa reſervado. No pareciò eſta reſolucion de lo mas prudente à uno de nueſtros Frayles, que acercandoſe à èl le dixo: que miraſſe lo que hacìa, porque ſu profeſſion eſtaba mui dudoſa, y quizà havrìa meneſter dentro de mui breve lo que mandaba entonces repartir: *No importa, Hermano*, le reſpondiò ſantamente reſignado Sebaſtian, *Dios me puſo en eſte pueſto: ſi no quiſiere que perſevere, volverè à trabajar de nuevo, que buena ſalud me ha dado para ello.*

Reſolviòſe finalmente la duda à favor de ſus deſeos, haviendole proporcionado la demora la ſatiſfaccion de hacer el ſuſpirado ſacrificio de sì, conſagrandoſe à Dios en la Religion el dia de S. Antonio de Padua, uno de ſus eſpeciales Abogados, y Patronos. Apenas profeſsò quando comenzò à dar las pruebas mas viſibles de las veras, con que havìa renunciado à ſu voluntad propria, ſin reconocer ya otro movil, que la obediencia.

Deſtinòle èſta al Convento de Tecali, ſeis leguas adelante de la Puebla, en donde ſe neceſſitaba de un Religioſo Lego; y no faltando quien, atendiendo à las circunſtancias de la perſona, le advirtieſſe ſer la vivienda mala, y el Pueblo, à mas de ſolo, mui diſtante, por lo que podrìa ſuplicar al Prelado la aſignacion à otro Convento: caſi eſcandalizado reſpondiò: *Donde nos embian ſe ſervirà Dios de lo q̃ con buena voluntad hicieremos, pues no ſomos nueſtros, ſino agenos.*

Con eſte dictamen, que jamàs perdiò de viſta en el reſto de ſu vida, ſe partiò guſtoſo del Convento

de

de México el año de 1576. y llegando al de Tecali, comenzò à deſempeñar èl ſolo todos los exercicios anexos à ſu profeſſion, y neceſſarios à la Caſa. Aplicábaſe con particular fervor en el de la Cocina al ſuſtento de los Religioſos; porque decìa, que por ellos ſuſtentaba Dios al mundo; ſatisfaciendo al miſmo tiempo con el zelo poſſible los de Limoſnero, Sacriſtan, Portero, Refectolero, y Hortelano; no ſiendo lo mas admirable à los Religioſos el hallarle ſiempre en cada uno de aquellos miniſterios, y lugares alegre, pronto, ſólicito, veloz, manſo, charitativo, humilde, eficaz, y diligente; ſino el que en medio de ellos jamàs dexò el Roſario de la mano, ni la freqüencia de la Oracion, Mortificaciones, y Sacramentos.

CAPITULO XIV.

Dexa Aparicio el Convento de Tecali, y paſſa al de la Puebla, donde le aplica la obediencia al exercicio de Limoſnero.



UN año contaba ya Aparicio de aquellos trabajos, que ſegun la regulacion de ſus fervores, era otro tanto tiempo de delicias, quando le ordenò la obediencia paſſaſſe à morar al Convento de la Puebla, cuyo Guardian le deſtinò luego à recoger la limoſna del campo. Aceptò con igual gozo, que prontitud, el miniſterio: y ſabiendo por experiencia la mayor commo-

modidad de que ſervian las Carretas para conducir al Convento las que ofrecieſſe la piedad de los bienhechores, fabricò dos, y las habilitò para el efecto, pidiendo por preludio de limoſna algunos Bueyes: Comenzò à hacer de eſte modo la proviſion de trigo, maiz, y demàs ſemillas para el ſuſtento preciſſo de la Comunidad, que llegaba caſi à cien Religioſos; alternando eſte exercicio con el de cortar, y traher toda la leña neceſſaria para el conſumo, aſſi del Horno, como de dos Cocinas (una de la Comunidad, y otra de la Enfermerìa) à la Sierra, ò Monte de Tlazcala.

Quando havìa de deſcanſar de aquella con eſta ocupacion, acoſtumbraba hacer manſion al pie de un grueſſo Encino (que aun exiſte en el dia) en un ſitio diſtante una legua àcia el Norte de la Puebla, de cuyo eſtado darèmos noticia en mas oportuno lugar. Y deſunciendo en èl ſus Bueyes, y guardando los yugos, y coyundas con los demàs utenſilios de ſu miniſterio entre las ramas del miſmo arbol, procedìa à aquella laborioſiſſima tarèa, de la que ſe retiraba por las noches baxo una de las Carretas, que mas que de rudo alvergue para el deſcanſo de ſu fatiga, le ſervìa de Oratorio, en que ſe empleaba en la meditacion, y contemplacion. Luego que verificaba el repueſto preciſſo para el ſurtido de las Oficinas, que hemos dicho, ſe reſtituìa con èl al Convento, deſde donde proſeguìa el gyro moleſtiſſimo de recoger la limoſna, que en diſtintas Haciendas, y Juriſdicciones pedìa; arreando ſus Carretas con el notable afan de uncir, y deſuncir diariamente los Bueyes, muchas veces èl ſolo; pues aun ſolìa faltarle el alivio de un Indio, que era la úni-

ca ayuda, que acoſtumbraba admitir en los caminos.

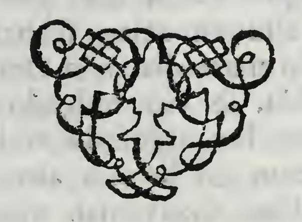
No llegaba à parage, en donde no excitaſſe aun la mas remiſſa piedad, no ſolo aquella ſerenidad de ánimo, que indicaba la alegrìa de ſu ſemblante en medio de los mayores contratiempos de ſu carrera; mas tambien la ſanta ſencillèz, con que ſe inſinuaba para el efecto de ſu mendicacion. Eſta ſola expreſſion: *Guardeos Dios, Hermanos: ¿hay que dar por Dios à S. Franciſco?* de que uſaba comunmente en tales ocaſiones, era, no ſolo un dardo; ſino una aljaba, que deſpedìa otros tantos, quantas eran ſus ſilabas, con que penetraba de tal ſuerte los corazones de aquellos à quienes la dirigìa, que ſe reputaba reo de un gran delicto qualquiera que no trataba de ſu ſocorro.

Paſſaba ſiempre la noche en donde le cogìa. Alli atendìa al alivio de ſus Bueyes, agenciándoles el paſto neceſſario; y recogiendoſe todo en ſu interior, ſe encomendaba à Dios, pidiéndole de nuevo ſus auxilios por medio de la interceſſion de ſu Madre Santiſſima, à cuyo fin la empeñaba por el de ſu Roſario: concluido el qual, ſe entraba baxo una de las Carretas, que fuè el lecho de que uſò todo el tiempo que le mantuvo la obediencia en eſte exercicio, ſin que ſe lo hicieſſen variar, ni los rigores de los mas deſechos uracanes, las lluvias, ni los hielos. Acoſtábaſe alli ſin otro abrigo que el de ſu pobre manto, y con la única commodidad (y que èl apetecìa como la mayor) de eſtar mirando al Cielo, fomentando con ſu viſta la conſideracion de que vivìa continuamente penetrado, de la preſencia de aquel Señor, que en èl habita. Aſsi paſſaba las noches, mas orando, que como quien dormìa, haſta las quatro

tro

tro de la mañana, que disponiendo de nuevo sus Carretas, proseguìa su camino.

De resulta de un methodo tan rígido, acompañado de la indispensable precission de tolerar aguaseros, haver de vadear rios, con el peligroso accidente de dos roturas, todo sobre una edad tan abanzada; le fuè necessario al Prelado dispensarle, assi el que anduviesse à Caballo, como el que usasse de calzado; permitiéndole igualmente llevasse en los caminos una pequeña bota de vino, del que pudiesse usar, segun que lo exigiesse qualquiera de las dichas necessidades. Estos prudentes alivios, que contribuyeron tal vez à vigorizarlo, haciéndolo util hasta la edad de noventa y ocho años, ayudaron à prolongar tambien en estos últimos de su vida su martyrio. Y esto fuè por sin duda lo que quiso significar à la hora de su muerte, declarando haver vivido gustoso en aquel exercicio, porquè en èl no daba treguas à la mortificacion, teniendo sujeto su cuerpo à un continuo castigo.



CAPITULO XV.

Consigue Aparicio insignes victorias contra el Demonio por estos tiempos.



RILLABA ya demasiado la virtud de Aparicio en la Religion, para que no ofendiesse la vista del comun Padre de la embidia: esperaba el traydor vengarse, y con ventajas, de las victorias conseguidas por aquel contra su astucia quando bisoño, con triumphar de su fortaleza ya aguerrido; pero al passo que pensaba su soverbia de este modo, llegò à tal grado el menosprecio, con que despues de professo lo miraba, assi à èl, como à los suyos, Sebastian, que con humilde confianza solìa decir: *Que no se le daba nada de ellos, aunque viesse mas que mosquitos.*

En esta feliz situacion se hallaba su ánimo, quando engolfado cierto dia en la Oracion en el Convento de la Puebla, se viò rodeado de un Exército de Demonios, que levantándolo violentamente por el ayre, lo pusieron en lo más alto de uno de los Claustros del mismo Convento: vuelto en sì de la contemplacion el Santo Viejo, y viendose cercado de tantos, les preguntò: *¿quienes eran, y que querian?* A que respondieron: *Somos Demonios, que*

veni-

venimos de orden de Dios à arrojarte de esta eminencia abaxo en castigo de tus muchos pecados. Entonces sin titubear el valor de Aparicio, les dixo: *Cuidado como no es verdad lo que decis, y venìs con alguna de vuestras mentiras, como lo teneis de costumbre: si os lo manda assi Dios ¿à què aguardais? Haced lo que Dios os manda, que yo estoy mui contento de que se haga en mi su rectíssima voluntad.* El ardor que animaba esta heroica resignacion, transformò en rayo sus palabras, que arrojado de la esphera de su boca, hizo sentir su estrago en el abysmo; viendo èste descender precipitado à la fuerza de su impulso el orgullo de sus habitadores siempre indomable; lo que si alguna vez les hace variar de méthodo, es sin mudar de fin en la intencion, como lo practicaban con Aparicio.

Caminaba èste un dia con sus Carretas cargadas de trigo para el Convento de la Puebla, y quando mas ocupado en dar gracias al Altíssimo con las mas afectuosas jaculatorias, por la abundancia con que derramaba sus beneficios sobre los necessitados, viò que turbandose repentinamente el ayre, se cubrìa de obscuras nubes, acompañadas de truenos, y relámpagos, indicios todos de una immediata, y copiosa lluvia. Comenzòse à afligir à causa de la imminencia del peligro de que el trigo se mojasse; y implorando el auxilio Divino, para que ò detuviesse el aguasero, ò le proveyesse de algun medio proporcionado para el resguardo del daño que temìa, se le puso delante un Indio, que conducìa una carga de esteras, ò petates; mas conociendo en èl Aparicio à su antiguo tentador: *Pensaràs traydor*, le dixo, *que me has de engañar, y que me he*

de

de aprovechar de tus fingidos petates; mas no serà assi, que ya te conozco; y assi te mando de parte de Dios, que te vayas de aqui, y no me inquietes. Y desapareciendo al punto el malvado mensajero, dexò por señas del buen espíritu de su obsequio hechos carbones los que representaba petates en la apariencia, y deshecha en el mismo punto la tempestad.

No tuvo mejor éxcito, aunque creeria por sin duda el mismo enemigo mas bien fundada su esperanza, en otra ocasion, en que caminando el Siervo de Dios por un despoblado, y afligido de la hambre, se le apareciò en la misma figura de Indio con unas tortillas de maiz en la mano, convidándole con ellas en lengua Mexicana à que comiesse; al que respondiò Aparicio: *Bellaco, bien te conozco, vete de aqui, que no he menester tu comida; que Dios tiene cuidado de esta Oveja, como cuida de los gusanillos*, con lo que se partiò igualmente avergonzado.



CAPI-

CAPITULO XVI.

Separa la obediencia por falsas imposturas á Aparicio del oficio de Carretero, y aplicale á otros ministerios en el Convento de la Puebla.



ARECE, que como en otro tiempo para poner en claro la de Job, huviesse dado licencia el Todo Poderoso al Demonio, para que usando de sus artes contra Aparicio, se hiciesse manifiesto hasta la evidencia, que no tenìa semejante la virtud de este su fiel Siervo en la simplicidad, rectitud, y santo temor suyo, junto con el firme própofito de apartarse del mal; bien que haviendose contenido aquellas dentro de la esphera de los bienes temporales, y molestias del cuerpo; transcendieron èstas hasta la del espíritu, hiriéndole en lo mas vivo del crédito, y la reputacion aun de Christiano.

Valiòse la astucia de aquel del mismo zelo de algunos Religiosos de la Comunidad, para hacer, que desfigurando el todo de las virtudes de Aparicio, se lo representassen al Guardian con los negros colores de un hombre iluso, è indiscreto; y tan lastimosamente ignorante, que caminaba ciegamente à su perdicion baxo el aspecto de una santidad phantás-

táſtica, haciendo paſſar por innocencia lo que era efecto de una mas que brutal ſimplicidad. Eſte texido de calumnias hallò tan facil acogida en el ánimo del Superior, que concibiendo en fuerza de ellas una total averſion contra el Santo Viejo, le hizo comparecer en ſu preſencia; y explicando ſu ira, no ſin algun perjuicio de la moderacion religioſa, bien que reveſtida del zelo del decoro del Hábito que veſtìa, y diſciplina que profeſſaba; lo llenò de baldones, tratándolo de mas eſtólido, que las miſmas beſtias que manejaba, pues no ſolo ignoraba las obligaciones de Religioſo; pero aun en medio de ſu vejez no ſe havìa aplicado ſiquiera à ſaber las de Chriſtiano: y concluyò: que para remediar uno, y otro havìa reſuelto ſacarlo de entre los brutos, y reducirlo à la vida del Clauſtro.

Eſcuchò con la mayor humildad, aſſi las acuſaciones, como los improperios Aparicio, y con la miſma, acompañada de ſu natural ſimplicidad, reſpondiò: *Hermano Guardian, aqui he venido à hacer en ſervicio de Dios y de la Religion lo que ſupiere: ſi en algo no acudo como debo, no es porque no lo quiero hacer; ſino porque no puedo mas: ved en que me mandais me ocupe en guſto de Dios, y de la obediencia, lo harè de mui buena gana, que por ſolo eſſo eſtoy en la Religion.* Su modeſto deſcargo ſolo ſirviò de irritar mas la cólera del indiſpueſto Guardian, con la que proſiguiò à reprehenderle con igual aſpereza: *¿Vos me decís*, repuſo, *que eſtais en ſervicio de Dios, ſiendo tan al contrario, que ni un acto de virtud ni de Religion ſabeis hacer, y no haveis hecho otra coſa que brutalidades?* A que ſin ſalir de los límites de ſu modeſtia reſpondiò Aparicio: *Es verdad que yo no*

hago

hago cosa buena, sino simplicidades; mas Dios sabe donde irè yo con mis simplicidades, y vos con vuestras letras. Sentencia, que aunque meditada despues por el dicho Guardian, le sirviò de arreglar mas su vida; no produxo otro efecto por entonces, que mandarle ir al Noviciado, diciéndole: *Andad, que yo harè, que podais mas.* En virtud de cuyo orden partiò luego Aparicio, determinada su obediencia à executar con la gracia de Dios quanto se le mandasse.

Recibiòle en èl el P. Maestro, y comenzò à ocuparlo conforme al orden, que tenìa para ello del Prelado, en todos los penosos ministerios bastantes à exercitar la robustez de un Joven Novicio. Pero lo que mas llegò à afligir su espíritu fuè, que haviéndole señalado uno de entre los mismos Jóvenes para que le enseñasse la doctrina, y oraciones, segun el methodo, y orden, que comunmente se observa en los Cathecismos, le fuè del todo impossible la empressa, à causa de la suma escasez de su memoria, por mas que aplicasse à ella los mayores conatos. Los Maestros señalados, que no se daban por satisfechos con la puntual noticia de lo sustancial de todos, y cada uno de los artículos de nuestra creencia, y mandamientos de la Ley de Dios, testificados con el exactíssimo cumplimiento de ellos por el mismo Aparicio, insistian de tal suerte en la material sequela, y repeticion de las mismas voces; que si tal vez le corregian aquel su precisso defecto con amor; las mas lo hacian con demasiada aspereza, mortificándole como à reo de las mayores obligaciones de Christiano, con graves reprehensiones, y pesadas palabras, acompañadas de crueles disciplinas.

Priváronle al mismo tiempo de que ayudasse à Missa, y con esto del especial consuelo, que recibìa en ello su espíritu: y para sincerar su conducta le decian: *Pensais, bruto animal. que es esto andar con Bueyes? Aprended lo que os enseñan, que no entrasteis à ser bestia, sino Religioso; y no le està bien à la Religion poner un animal, incapaz como vos, en ocupaciones donde no tengais Superior, que os gobierne, à quien deis qüenta de lo que obrais mui à menudo, y que os exercite en la freqüencia de los Sacramentos, y obràs de virtud, sabiendo mui bien como debeis obrar en conciencia.* Llegaron à entrar hasta lo mas íntimo de su alma las aguas de esta tribulacion, capaces de sumergirle, si hablando èl mismo à solas con Dios, no huviera declarado. que solo el hallarse engolfado en el mar de su Passion le podìa haver libertado del naufragio: *Señor*, le solìa decir, *solo por vos, que tantos trabajos padecisteis por mi, se puede passar esto.*

Pero aun siendo ello tanto, no se daba el Guardian por satisfecho; y assi sin dispensarle de las ya dichas mortificaciones en el todo, le agregò la de que acarreasse piedra para la Enfermerìa de aquel Convento, que por entonces se estaba fabricando, entregándole para el efecto un Macho cerrero. Mas al fin conociendo ser excessivo aquel trabajo, y que mas que mortificacion, serìa impiedad el continuarlo en èl por mucho tiempo, le ordenò que variasse de exercicio, cuidando de la puerta de un Rosal por donde se introducian los materiales de dicha obra, para que no lo destruyessen los que salian, y entraban. No passaba de este objeto el cuidado de Aparicio; y assi no reparaba en que cortassen

ſen las Roſas, y ſe las llevaſſen quantos querian. Noticioſo el Guardian de ſu franqueza, le mandò por obediencia, que no ſolo las defendiera; pero que ni las dieſſe, pues eran neceſſarias para la Botica, y Enfermerìa del Convento. Afligido con el precepto el Siervo de Dios, preguntò al Prelado: *¿Y ſi me piden Roſas, què tengo de reſponder?* Edificòſe aquel de la piadoſa, y ſencilla pregunta, y le reſpondiò: que para eſſe caſo le concedìa licencia de dar una, y no mas. Alegre con la diſpenſa el Venerable, lo executaba aſſi, diciendo à los que llegaban à pedirle: *Hermano, no tengo licencia para dar mas, y el que dà lo que puede hace lo que debe.*

Ya havìa dado Aparicio ſuperabundantes pruebas de la puntual obſervancia de ſu profeſſion, de ſu mortificacion continua, de ſu profunda humildad, de ſu pronta obediencia, y del todo de la perfeccion de ſu vida, acompañada de la mas ſanta ſimplicidad, para que no cedieſſe à ſu eficacia la impreſſion de los malos informes dados contra èl à ſugeſtion del enemigo: por lo que le ordenò el Prelado, que volvieſſe à tomar ſu antigua ocupacion; y ſin embargo de ſerle ya tanto mas gravoſa, quanto era mas abanzada ſu edad, y le afligian mucho mas ſus accidentes; ofreciendole à Dios tambien de nuevo eſte ſacrificio, y habilitando ſus ya deſabiadas Carretas, proſiguiò en el exercicio de Limoſnero, caminando para eſto la extenſion de muchas leguas preciſſas para exercer ſu miniſterio en veinte y ocho Lugares, los que dexaba ſiempre, ò admirados con lo raro de ſus prodigios, ò edificados con los exemplos de ſu heroica virtud.

CAPITULO XVII.

Obedecen con prontitud à Aparicio los Bueyes de ſus Carretas.



AL paſſo que ſe empeñaba el enemigo en degradar haſta los términos de la eſtolidez de los brutos la ſanta ſimplicidad, con que Aparicio obraba; contrarreſtaba el Cielo ſus ardides con elevar aquella haſta adornarla del privilegio, que fuè càracter del feliciſſimo eſtado de la innocencia, manejando à los miſmos brutos à ſu arbitrio. Para proveer de Bueyes ſus Carretas ſe valìa, como diximos, del medio de la miſma mendicacion para que los agenciaba: admitiendo guſtoſo, no ſolo los ya acoſtumbrados al exercicio; ſino los Novillos, y algunas veces Toros, que le ofrecian; à los que juntos con los demàs (de que llegò à congregar haſta el número de diez y ſeis, ò veinte) les hacìa preſente para amanſarlos la obligacion que tenian de aplicarſe al trabajo, y al intimarles con las mas ſuaves palabras el precepto, les decìa: *Pues nacimos para trabajar, hagamos lo que nos mandan, ſirvamos à los Frayles*; preſtando deſde eſte punto al Siervo de Dios la mas rendida, y ciega obediencia.

Sin embargo de que à todos ellos llamaba Cho-

Choristas, à cada uno trataba con el distintivo de un nombre proprio, como el de Cachupin, Azeytuno, Blanquillo, &c. por el qual acudìa à èl qualquiera, que era llamado en particular; y lamiéndole el Hábito, le entraba la barba, y boca en la manga, de donde le sacaba las mazorcas, ò pedazos de pan, que solìa llevar siempre para este fin.

El ordinario méthodo, que observaba en darles de comer, era echar la cebada, ò el maiz en el canto del manto, ò en la falda del Hábito, desviandose los unos luego que havian tomado el alimento precisso, para que fuessen llegando successivamente los otros; y si acaso se peleaban sobre la comida, les daba con la mano en las bocas, ò con el cordon en las cabezas, y los reñìa diciéndoles: *Ea, estaos quedos, tened juicio.*

Quando llegaba al Convento de la Puebla, señalaba à cada uno la racion, que havìa de comer del maiz, que havìa recogido de limosna, diciendo à unos: *Vos, que haveis trabajado mucho, comed tantas mazorcas*; y à otros: *Vos, que haveis trabajado menos, comed tantas*; y cada qual comìa lo que le havìa señalado, sin exceder de aquella porcion, ni impedir à los demàs.

Estas, y semejantes prácticas, que llegaron à noticia de los Choristas de dicho Convento (à quienes miraba Aparicio con entrañas de amoroso Padre, y con quienes tenìa tal cabida su candidez, que se divertìa con jugar con ellos al Toro, y à otros juegos de niños) les hizo suplicarle los llevasse à vèr sus Bueyes, y como se venian à èl quando los llamaba; y condescendiendo al punto su candor: *Andad Novillejos* (este era el tratamiento, que les daba

daba à distincion del de Choristas, con que llamaba à aquellos) *Andad*, les dixo, *y trahed zacate, y vereis como vienen*. Traxeronselo al punto, y llevandolos al Corral, donde los havìa desuncido; à esta voz: *Ha Choristas*, acudieron todos al instante, y cada uno iba tomando de su mano su racion; mas haviendo llegado dos juntos, y hecho pressa de un manojo, se embistieron con furia sobre qual de los dos se lo havìa de llevar. Aparicio, que viò la contienda; y que el uno, à quien llamaba Pintillo, maltrataba al otro, dando un grito, le dixo: *Ola Pintillo, ¿es esto lo que os he enseñado?* Apenas oyò la voz el enojado Buey, quando dexando la lucha, se vino retozando al Siervo de Dios, y le lamiò las manos, no sin admiracion de los que lo veìan.

Hallabase solo en una ocasion en el campo, y con la precission de uncir las Carretas; y haviendo llamado à un Buey para ponerle el yugo, se le acercò otro Pinto, y comenzò à jugar con èl, y à lamerle el Habito; mas haviendole dicho Sebastian: *Aguardad Pinto, que no haveis de ir en esta Camilla, sino en otra*, se estuvo esperando aquel, hasta que acabado de uncir el primero, le dixo: *Passad vos ahora, que aqui haveis de ir tirando*; y passando con el mismo regocijo con que se le acercò, àcia el otro lado, baxò en èl luego la cerviz para cumplir el precepto, que se le havìa intimado.

Las mas veces, que como en la que hemos referido, se hallaba solo, desuncìa sus Bueyes, y llamando al mas viejo, à quien daba el nombre de Capitan, le decìa: *Llevad essos Choristas donde coman, y tened cuidado, que por la mañana estèis aqui con ellos*; lo que executaba aquel con tal puntua-

tualidad, que recogiendolos à todos al amanecer de aquellos Lugares, en que se havian repartido à pacer por la noche, los presentaba à Aparicio à la hora señalada.

Siempre que los soltaba, y encomendaba al Capitan del modo dicho, les encargaba igualmente no hiciessen daño en las Sementeras, y sembrados; en lo que eran tan exactos, como lo prueba entre otros muchos el caso siguiente. Haviendo llegado el año de 1596. à la Hacienda de Juan de Garsias en los Pinillos de Cholula, y pedido à su Esposa algo que comer, interin èsta le disponìa un poco de leche, desunciò aquel sus Bueyes, y los echò al campo. La muger, que despues de haver socorrido la necessidad de su bendito Huesped, viò desde la puerta de la Hacienda, que todos sus Bueyes (que eran unos diez, ò doce) se havian entrado en la Milpa, que se hallaba ya en términos de cogerse; creyendo evidente su daño, explicò su sentimiento no sin algun ardor de palabras: à que respondiò Aparicio sin la menor turbacion de su sosiego: *No hayais miedo, que os coman una tan sola mazorca, ni quiebren siquiera una caña; porque les he mandado por obediencia, que no coman la hacienda agena, que es pecado.* Incrédula la muger le instaba à que se levantasse, y fuesse à echarlos fuera; mas èl proseguìa à comer, repitiendo siempre lo dicho, hasta que haviendo concluido le dixo: *Si no me crèis, venid conmigo, y lo verèis*; y saliòse con ella del patio de la Casa.

Detúvose à la distancia de mas de dos quadras de la Milpa, desde donde diò este orden en voz tan baxa, que apenas pudo oìrle la immediata muger:

ger: *Capitan, venid acà, y trahed à vueſtros Compañeros*; por lo que llegò aquella à perſuadirſe, que trataba de burlas el caſo. Pero embargòla en breve el aſſombro, viendo ſalir al punto à los Bueyes, y venir àcia donde eſtaba el Siervo de Dios; y preguntando èſte al que venìa delante: *Venid acà Capitan, ¿haveis hecho algun daño en la Milpa?* Sacudiendo el Buey la cabeza de un lado à otro, le diò à entender, que no. Volviòſe entonces à la muger diciendole: *¿Veis como no os han hecho daño?* Y proſiguiendo à hablar con el Buey, le dixo: *Tomad aqui la bendicion*, alargandole para ello la manga del Hábito, que llegò à beſar aquel con todos los demàs, ſegun los iba llamando por ſus nombres; y concluìda la ceremonia, volvieronſe à comer à la miſma Sementera, la que regiſtrada al otro dia por la mañana por el Marido, que ſe hallaba auſente al tiempo del ſuceſſo, hallò no haverſele ofendido ni en una ſola oja, aunque reconociò havian internado haſta la mitad de ella, por las huellas que dexaron eſtampadas.

No era la mayor demoſtracion de ſu obediencia la de tomar à Aparicio la bendicion; hacíales à mas de eſto (ſegun lo declarò èl miſmo à un Religioſo Deſcalzo del Convento de Santa Bárbara de la Puebla) que dixeſſen las culpas, al modo que lo obſervan los Choriſtas quando los reprehende el Maeſtro en el Capítulo; y preguntándole aquel; ¿como las decian? le reſpondiò: *Poſtranſe delante de mi doblando las rodillas, y teniendo la barba en el ſuelo*: cúya verdad manifeſtò el ſiguiente ſuceſſo.

Havianle dado un Novillo de limoſna, el qual ſe volviò à los ocho dias à la querencia de la Ha-

Hacienda donde ſe havìa criado: paſſados otros ocho fuè à buſcarlo el Venerable, y entrando en el Corral, en que ſe hallaba refugiado con los compañeros, lo reprehendiò diciéndole: *¿Vos Hermano, pareceos, que lo haveis hecho bien en haverme dexado, y no ayudarme a llevar la limoſna al Convento?* A eſtas palabras baxò el Novillo la cabeza, permaneciendo aſſi humillado por el eſpacio de caſi media hora, que durò la reprehenſion, haſta que mandandole ſe leventaſſe, le dixo: *Ea Hermano, venid acà, y vamos à las Carretas, que tenemos de ir à la Puebla.* Y llegandoſe luego el Novillo para que lo uncieſſe, deſempeñò ſu oficio con notable ventaja à los demàs.

No es menos admirable el caſo, que ſe ſigue. Havian multado los Juezes à un Indio por cierto delicto à què ſirvieſſe en nueſtro Convento de la Puebla; cuyo Guardian ſe lo entregò à Aparicio, para que le ayudaſſe en ſu miniſterio. Y hallandoſe èſte un dia notablemente afligido del accidente habitual de ſus roturas, ordenò al Indio uncieſſe al Buey, à quien llamaba Cachupin. Aquel, que era de condicion altivo, inobediente, y ſoverbio, comenzò de mui mala gana à executar el orden; y al ir à echar al Buey el lazo para uncirlo, enfurecido èſte, le embiſtiò tan fuertemente, que le dexò rota la cabeza, y tendido en el ſuelo: à viſta de lo qual le dixo el Venerable: *Tu no eres Chriſtiano, y por eſſo te ha hecho mal el Buey manſo, que tiene mas razon que tu, pues hace lo que le mandan, y tu no.* Y ordenando luego al Buey, que ſe ſoſſegaſſe, obedeciò al inſtante. Mandò deſpues, que ſe levantaſſe al Indio, para que le ayudaſſe à uncir el dicho Buey; mas èl

le respondiò: que no le era possible por hallarse mui malo à causa de la mucha sangre, que de la herida de la cabeza le salìa. Acercòse à èl entonces con su acostumbrada charidad Aparicio, y con limpiarle aquella, y poner sobre èsta las manos, se levantò perfectamente bueno. Volviòse luego al Bruto, diciendole se acercasse para ponerle el yugo; lo que executò sin tardanza; pero estando èste mui baxo, y siendo aquel de una irrregular corpulencia; para cumplir el orden, se arrodillò à los pies del Venerable, manteniendose assi el tiempo, que fuè necessario para uncirlo, passado el qual, se levantò à completar con la práctica de su destino la eficacia del dominio del que se lo ordenaba.

CAPITULO XVIII.

Obedecen à Aparicio, assi los Bueyes, como otros animales indómitos.



ELOSA siempre la Providencia de los créditos de la virtud de Sebastian, quiso hacerla visible en otras ocasiones, en que sin salir de la veneracion, que le prestaban los brutos, se acreditasse, aun para con los mas obstinados, de prodigiosa, y admirable. Mas que el haver sujetado al yugo à los Bueyes, y Novillos, que hemos dicho, fuè acomodar extemporanea-

neamente à la mifma fervidumbre, y hacer que la defempeñaffe con la mayor puntualidad à una Baca cerrera, que fe hallaba en la libertad del campo, y criando à un pequeño Becerrillo. Acarreaba piedra Aparicio para el Convento de la Puebla de una de las Canteras immediatas à la Ciudad, y al primer viage que hizo un dia, fe le canfó uno de los Bueyes, de modo que le fuè preciffo defuncirlo: viendo pues la dicha Baca, la llamò para que focorrieffe fu neceffidad; y ocurriendo aquella al punto à fu llamado, fe dexò uncir, y comenzò à tirar con increible deftreza, y manfedumbre. El Becerrillo, que viò que fe feparaba la Madre, echò à correr bramando tras ella; mas haviendole dicho el Siervo de Dios: *Detente ay Chorifttilla mientras tu madre trabaja*, callò al inftante, y fe quedò como immobil en el mifmo lugar, en que le cogiò el orden del Venerable. Quatro viages de ida, y vuelta echò la madre por alli, fin que èfte fe atrevieffe à mover de aquel fitio, que le havìa feñalado la obediencia; mas al quinto, por fer ya el medio dia, deteniendo Aparicio la Carreta, le dixo: *Ea, mamad un poco, y aguardad à que vueftra madre ayude à los compañeros*; y haviendolo hecho affi, fe volviò à fu lugar hafta la tarde, en que concluida la tarèa fe reftituyò la madre à fu libertad, y antigua compañìa.

Al ir à uncir fus Bueyes en el Corral del dicho Convento, fe le entraron dos, el uno manfo, y el otro Novillo cerrero, en un apofento tan eftrecho, que fu puerta no paffaba de una vara de ancho; y tomando el Siervo de Dios el yugo, y las coyundas, fe fuè en pos de ellos, y alli fin otra ayuda los unciò: burlabanfe del hecho unos Religiofos Chorif-

 tas,

tas, que lo obſervaban, teniendo por impoſſible ſalieſſen de aquel modo por la puerta; mas convirtieron la riſa en admiracion al vèr, que haviendoles dicho: *Andad, haceos lugar uno à otro, y ſalid fuera*, executaron ſin el mas leve embarazo ſu precepto.

Ocupado en otra ocaſion en el miniſterio de la limoſna, llegò Sebaſtian à una Hacienda, cuyo dueño trataba con el mayor empeño de lazar un Buey; mas olvidado ya èſte de la manſedumbre de tal, por haverſe mantenido mucho tiempo retirado en el monte, amenazaba con los eſtragos de la ferocidad de un agitado Toro à quantos acometian à acercarſele: aquel, que viò impoſſibilitada la empreſſa, ſe reſolviò à dar orden de que le quitaſſen la vida; mas compadecido el Siervo de Dios del rigor del decreto, le dixo: *Hermano, vos quereis matar eſte pobrecito Buey; haced qüenta, que ya es muerto, y dadmele para el ſervicio de las Carretas de mi Padre S. Franciſco.* El Labrador, que lograba con eſto la ocaſion de experimentar por sì miſmo lo prodigioſo de la virtud de Aparicio en ſemejantes ocaſiones, ſe lo cediò de mui buena gana; y quitandoſe aquel la Cuerda, con que eſtaba ceñido, ſe fuè à èl, y lo llamò. El Buey, que oyò la voz del Venerable, ſe parò à mirarle; y quando creyeron todos los de la Hacienda, que ſe havian congregado à la novedad del ſuceſſo, que le embiſtiera con la miſma fiereza, con que amenazaba à los demàs, vieron con admiracion ſe venìa à èl paſſo à paſſo, y deſpues de haverle lamido la manga del Hábito, ſe dexò atar ſin la menor repugnancia con la miſma Cuerda, y acariciar deſpues del Siervo de Dios como ſi fueſſe un manſo Corderillo. A viſta del prodigio quiſieron

arro-

arrodillarse los que lo havian presenciado, à besarle los pies; mas èl lo resistiò con la mayor humildad, atribuyendolo à N. P. S. Francisco, que miraba por el honor de su Cuerda; y assi les ordenò, como que èl nada havìa hecho, que le ayudassen à dar à Dios las gracias.

De estos casos de amansar, y pacificar los Toros furiosos, è indómitos se refieren hasta treinta en los processos authénticos, diferentes solo en las mayores, ò menores circunstancias. Entre ellos es notable el que ya refiero. Tenìa un amigo, y devoto del Venerable un Novillo con una llaga tan profunda en la cerviz, que hacìa de lo mas dificil, si no del todo impossible, su curacion; y assi lo diò à Aparicio como cosa perdida. Compadecido èste de su mal, determinò curarlo; para lo qual quitando la reja de un arado, la puso al fuego hasta que se encendiesse, y tomandola con un gruesso madero prevenido para el efecto, se fuè con ella àcia el Novillo, que al tiempo que daba señas con los bramidos de la vehemencia de su dolor, herìa la tierra con las manos, indicando igualmente las últimas disposiciones de acometer à qualquiera que se le acercasse; mas llegandose à èl Aparicio, le dixo: *Hermano Buey, estaos quedo, que os quiero curar, no seais ingrato.* Obedeciò su furia al imperio de estas palabras; y aplicandole el encendido fierro sobre la llaga, se la cauterizò, exprimiendole el humor, y sangre, que en ella tenìa, sin que hiciesse aquel otro movimiento, que bramar, y herir la tierra interin se efectuaba la curacion; concluida la qual con la señal de la Cruz, aunque luego que saliò de entre las manos de su piadoso Cirujano, se mostrò tan furioso, que hasta à los arbo-

arboles embeſtìa; deponiendo ſu coléra al arbitrio de aquel, paſſó luego à ſervir en las Carretas con toda robuſtez, y manſedumbre.

No era ſolo eſta eſpecie la que humillaba ſu ferocidad, ò cedìa ſu natural inclinacion à los órdenes de Aparicio. Seis admirables caſos ſe refieren en el proceſſo Apoſtólico de Machos cerreros, Caballos, y Mulas feroces amanſados repentinamente à ſu preſencia, de los quales baſta exponer la de uno de aquella, que aun deſpues de domeſticada, jamàs llega à deponer en el todo para con el hombre ſu ingrata antipatìa. Haviaſe dado de limoſna al Convento de la Puebla un Macho, en quien ſe havìa hecho tan notoria aquella propriedad, que por mas diligencias, que hizo ſu dueño, no pudo reducirlo à los terminos de tratable. El Guardian, que lo recibiò, lo hizo conſignar al inſtante à Aparicio para exercicio de ſu paciencia, en el tiempo, en que, como hemos dicho, trataba de multiplicar ſus mortificaciones. Eſte, que no ignoraba lo indómito del bruto, lo repreſentò al Guardian, el qual le reſpondiò: que ſin réplica hicieſſe lo que ſe le ordenaba. Obedeciò el buen Subdito, y llevando el cerrero Macho à que cargaſſe piedra para la fábrica de la Enfermerìa, le dixo: *Eſtate quedo ſoverbio bobo: ¿ſoverbia has de tener con los Frayles? Obedece, y ſirve en tu miniſterio con humildad, y manſedumbre.* Y aſſi lo executò deſde aquel punto, proſiguiendo à ſervir, ſegun ſe le havìa ordenado, en aquella ocupacion.

Excitada la natural codicia de las hormigas de la commodidad de hallarſe en cierto terreno, en que eran de lo mas abundante, y en que havìa hecho manſion Aparicio, con dos Carretas de trigo; dieron

tan-

tantas ſobre èl, que aſſombrado el Indio, que havìa quedado cuidandolo, por haverſe aquel auſentado, partiò à buſcarlo, à fin de que ocurrieſſe à remediar el hurto, porque ſegun la priſſa que ſe daban las ladronas, no creìa, que dexaſſen ni un ſolo grano. Vino pues Aparicio à toda diligencia; y viendo, que en realidad era conſiderable el daño, que havian hecho, con ſu acoſtumbrada paz les dixo: *De S. Franciſco es el trigo, que haveis hurtado; ahora mirad lo que haceis.* No fuè neceſſario mas, no ſolo para que deſiſtieſſen de la rapiña comenzada; ſino para que reſtituyeſſen à las Carretas haſta el último grano, que havian cogido.

Caminando en otra ocaſion el Venerable, llegò de noche à un parage infeſtado de la miſma eſpecie de hormigas venenoſas, y ſe acoſtò à dormir ſobre uno de ſus muchos hormigueros: viòlo cubierto de ellas Pedro Vizcayno, y ſe lo advirtiò; y conociendolo entonces Aparicio, ſe las comenzò à quitar; dando à entender en la alegrìa de ſu ſemblante el decoro con que havian tratado aquellas à un tal hueſped.

Pero lo que hacìa mas admirable eſte dominio de Aparicio ſobre los brutos, era el que no ſolo lo executaba por sì; ſino que en algunas ocaſiones lo ſolìa delegar, para que lo exerciеſſe otro en ſu nombre. Quando eran todavìa indómitos los Novillos que le daban de limoſna, ſolìa embiarlos à pacer algo lexos en los altos del Cerro del Convento de N. P. S. Franciſco de la Puebla; y entonces mandaba à un niño, aun de la edad de ſolo ſiete años, hijo de Doña Marìa de Figueroa, vecina del miſmo Convento, que ſe los fueſſe à traher: y haciendole pre-

presente la Señora lo arriesgado de la empressa, le respondìa: *En mi nombre và el niño, y esto basta*; y assi era, que presentandoseles aquel, y diciendoles: que los llamaba el P. Aparicio, al instante venian à su obediencia: experimentando los Labradores, aun despues de la muerte del Siervo de Dios la eficacia del mismo domidio de su nombre; pues para sujetar animales feroces se valian de èl, y con la interposicion de tan alto respeto se les rendian.

CAPITULO XIX.

Prestan obsequiosa obediencia las criaturas insensibles al Siervo de Dios Aparicio.



UANTO mayor es la distancia de los insensibles, que la de los irracionales al hombre, tanto es mas admirable el pronto vasallage, que llegan à prestar aquellos à su imperio: y haviendose manifestado tan liberal el Cielo en conceder à Aparicio el dominio, que ya hemos visto sobre los segundos, no le pareciò decoroso, por sin duda, el haver de escasear à su virtud el de los primeros. Assi lo manifestò en el que comunicò al Venerable sobre las aguas, à que continuamente le tenìa expuesto su exercicio, no atre-

atreviendose à ofenderle ni las que caìan de las nubes en lluvias, ni las ya congeladas en nieve sobre la tierra; y aun haciendose lenguas aquellas para publicar la reverencia con que lo atendian. Haviendo parado cierto dia con sus Carretas à la falda de un monte, y acostadose sobre la desnuda tierra à descansar, comenzò à llover tan impetuosamente, que las aguas, que descendian de la cima, formaron un torrente, capaz de hacer en èl mucho mayor estrago, que el de mojarle; pero llegando à su cabeza, se dividieron; y formando à su cuerpo una Corona, despues de haverse acercado reverentes à sus plantas, se volvieron à unir para seguir el curso à que las llevaba su peso.

Tambien solian participar del privilegio de que no les ofendiessen las lluvias los que lograban acompañarle en los caminos, como lo experimentaron Juan de Santiago, y Diego Hernandez de Salvatierra. Y bien que no anduviesse tan liberal el Cielo con cierto Carretero, à quien haviendo de hacer viage para la Puebla le ofreciò la casualidad la compañìa del Venerable; esto mismo sirviò de una de las mas relevantes pruebas del particular respeto, con que atendian aquellas à su virtud. Uno, y otro conducian sus Carretas cargadas de trigo à la Ciudad; y comenzando à llover, advirtiò à Aparicio el compañero la necessidad de proveer del mas pronto remedio à su resguardo. Respondiòle el Venerable, que procurasse prevenir èl del suyo por su parte, que èl por la suya se tomarìa la providencia, que le pareciesse mas conveniente para el efecto. Y comenzando aquel con el cuidado, y diligencia, que pedìa la imminencia del daño à cubrir su Carreta

con las xergas, y petates de que iba prevenido, tendiò Aparicio ſu pobre, y roto manto ſobre la ſuya, y ſe entrò à paſſar la noche debaxo de la miſma, continuando la lluvia haſta el amanecer, en que levantandoſe los dos à regiſtrar ſu trigo, encontrò haverſe mojado todo el ſuyo el Carretero; quando no ſolo no havìa tocado aquella al de Aparicio; mas ſegun lo manifeſtaba lo enjuto de ſu manto, ni aun à èl ſe havìa atrevido à afender con una ſola gota.

De eſte, y otros treinta y quatro prodigios ſemejantes, que ſe refieren en el citado proceſſo, y que tuvieron por theatro à la Ciudad de la Puebla, Cholula, Huexozingo, Topoyanco, Tenexac, Atlizco, y ſus contornos, ſe derivò à ſus gentes la devocion de implorar, y las mas veces no ſin efecto, la proteccion del Venerable, aun viviendo èſte, contra las tempeſtades, los granizos, y demàs infortunios de ſus campos.

Levantòſe cerca de Huexozingo un nublado tan terrible, que amenazaba la deſtruccion de una eſpacioſa, y fecunda Sementera de un devoto Bienhechor del Siervo de Dios: y temeroſo aquel, de que ſi caìa ſobre ella el granizo, de que manifeſtaban eſtar cargadas las nubes, era abſolutamente irreparable, le ſuplicò à èſte interpuſieſſe ſus ruegos para con Dios, à fin de redimirlo por ſu medio de tan evidente peligro: rindiòſe à ſus inſtancias el Venerable, y con tan prodigioſo efecto, que haviendoſe verificado el temido eſtrago en las demàs Haciendas circunvecinas, no experimentò el menor daño la de ſu encomendado. El miſmo beneficio conſiguieron, en Cholula Juan Perez de Mendoza, y Iſabel de Garcia en Tecamachalco.

No ſolo ſe deſvanecian las tempeſtades, y borraſcas à la eficacia de las oraciones de Aparicio; ſino que reſpetaban aun los miſmos deshechos de ſus pobres veſtiduras, como lo hizo vèr la experiencia à la miſma ya citada Iſabel Garcia. Hallábaſe èſta en ſu Hacienda cierto dia, en que temiò arrazaſſe ſus ya logradas mieſes un funeſtíſſimo temporal; mas tomando una Capilla vieja del Venerable, y moſtrándola à las nubes con viva fé, reconociò en la inſtantanea ſerenidad conſeguida, haver ſido aquella el inſtrumento à que debiò ſu libertad.

CAPITULO XX.

Socorre Dios maravilloſamente à Aparicio en ſus neceſſidades.



BUSCABA Aparicio, cumpliendo la obediencia en el miniſterio, en que lo havìa ocupado, el Reyno de Dios, y ſu Juſticia; y aſſi dexando el cuidado, aun de las coſas neceſſarias à ſu alimento, al Padre celeſtial, ſe le venian aquellas à las manos, ò por las de los Bienhechores, ò por las de los Angeles; y à la verdad, que uno, ù otro le era preciſſo en ſu ocupacion, ſupueſta la heroica reſolucion de aquel dictamen

tamen. A conſeqüencia de ella emprendìa comunmente ſus viages ſin penſar en la mas ligera proviſion, no ſolo para sì; mas ni para aquel Indio, que como hemos dicho, le ſolìa acompañar: al qual quando afligido de la hambre le preguntaba, ¿qué havian de comer? Reſpondìa: *Hermano, Dios lo ſabe, que es el que lo ha de embiar à todos; no os afligais, que èl lo embiarà.* Y aſſi lo executaba ſu Providencia regularmente, ya por medio de los Hacenderos, à cuyas puertas ocurrìa, ò ya por el de paſſageros, que encontraba.

Mas quando no podìa ſocorrer ſu neceſſidad à cauſa de lo improporcionado de los lugares, y los tiempos, la piedad de los hombres; tomaba à ſu cargo la Omnipotencia el deſempeño de ſu heroica confianza, como lo experimentò el miſmo Venerable, y teſtificaron otros muchos, en el monte de Tlazcala, en Amaluca, Huexozingo, Atlixco, y Quechula.

Haviendo perdido, aſſi el Siervo de Dios, como un amigo ſuyo ſecular, unos Bueyes, ſe entraron à buſcarlos à la montuoſa Sierra de Tlazcala. Empeñòlos la diligencia de tal ſuerte, que al acercarſe ya la noche ſe hallaron, no ſolo ſin vereda; pero rodeados por todas partes de precipicios, y faltando ya el ſufrimiento al compañero, vuelto à Aparicio comenzò à ſuplicarle ſe regreſſaſſen, aſſi por el rieſgo en que eſtaban de ſer comidos de Tigres, ſi proſeguian à internar la Sierra, como porque ya el hambre no le permitìa caminar. Compadecido entonces aquel de la neceſſidad del amigo: *Hermano,* le dixo, *no cuideis de eſſo; Dios nos ſocorrerà, que jamàs faltò à nadie:* y dentro de poco cogiò del Cielo

Cielo el fruto, que en èl havìa ſembrado ſu eſperanza; pues entrando la mano en una de las mangas, ſacò de ella un pan caliente como ſi lo acabaſſen de ſacar del horno, y de la otra una lechuga tan freſca, que parecìa haverſe arrancado en aquel miſmo punto de la tierra. Saciò por entonces la hambre el compañero; pero jamàs ſatisfizo ſu admiracion, valiéndoſe deſpues muchas veces de las lágrymas, que hacian veces de voces para llenar la ponderacion del prodigio.

En otra ocaſion buſcando otro Buey en la miſma Sierra, y haviendoſe fatigado dos dias en regiſtrar lo intrincado de ſu eſpeſura, ſe ſintiò tan debil, que entonces conociò havìa paſſado ſin comer todo aquel tiempo, al cabo del qual ſe le aparecieron dos Jóvenes Indios, aſeadamente adornados de ſu proprio trage; y haviéndole regalado dos huevos, y un pan, ſe deſparecieron. Refiriendo deſpues el caſo el miſmo Aparicio en una Hacienda, le preguntaron ¿quienes havian ſido los Indios, que tan prontamente lo havian ſocorrido? à que reſpondiò con ſu acoſtumbrada ſencillez: *Que no los conocìa, que lo que ſabìa era, que Dios ſe los havìa embiado.*

Dexamos dicho en el Capítulo XIII. la preciſſion, en que le havìa pueſto, aſſi ſu mucha edad, como ſus accidentes, de uſar moderadamente del vino; mas como fuè ſiempre ſu ánimo remediar aquella con ſu uſo, ſin vulnerar los mas eſtrechos fueros de la ſanta pobreza, le llegaba à faltar aun en las ocaſiones mas preciſſas, ſacando entonces ſu proviſion de los Lagares de la Omnipotencia.

Comiendo en ſu Hacienda Domingo Ruiz con Bartholomè Lopez, y haviendo gaſtado el poco

vino

vino, que tenian en una pequeña bota, hicieron à una Criada, que la retiraſſe, y colgaſſe de un clavo, certificados de eſtar vacìa. Mas haviendo llegado Aparicio antes de levantarſe aquellos de la meſa, le preguntaron ſi havìa comido; à que reſpondiò, que ſi, el Siervo de Dios; pero que ſu neceſſidad le preciſſaba à pedir un poco de vino. Los dos amigos le refirieron lo acaecido, acompañando à ſu relacion otras expreſſiones de ſentimiento por no ſerles poſſible ocurrir por aquel medio à ſu ſocorro. Levantò al punto Aparicio los ojos al Cielo à implorar el Divino; y haviendoſe mantenido un rato abſorto en Oracion, como que volvìa en sì de un extaſis dixo: *Deſcolgad la bota, que en ella hay vino.* Alcanzòla en efecto Domingo Ruiz, y con la ſeguridad de quien la havìa vaciado quiſo evidenciar ſu verdad con ponerla boca abaxo; mas al executarlo viò con aſſombro comenzar à ſalir vino en abundancia, haſta que el Venerable dixo: *Baſta*; del qual bebiò lo que neceſſitaba. Recomendò deſpues el que havìa ſobrado, diciendo: *Guardad eſſe vino, que es mui bueno*: y con eſta expreſſion: *Dios os guarde, y dè ſalud,* ſe deſpidiò al inſtante.

Conſtruyòla Ruiz como un Oráculo, que le indicaba el remedio, con que debìa conſeguir lo que havìa mas de dos años, que havìa perdido à cauſa de tres ulceras, que le atormentaban cruelmente, y tenian impedido el uſo de un brazo, en cuya curacion havìa gaſtado una ſuma conſiderable de dinero: por lo que tomando unas hilas de lienzo, y mojándolas en dicho vino, ſe las puſo ſobre las llagas, con que ſe le ſecaron, y dexaron el brazo tan ſano, y expedito para ſus funciones, como ſi jamàs huviera padecido tal enfermedad.

Ni

Ni fuè esta sola vez en la que socorriò el Altíssimo à su Siervo con producir milagrosamente el vino, que necessitaba para su alivio: otras dos obrò el mismo prodigio en Tecamachalco en Casa de Juan Garcìa Vejarano: en la Puebla en la de Anna Barberi, en cuyas manos se llenò de èl muchas veces una bota vacìa, y otra en la Hacienda de Francisco Roldan: de suerte, que parecìa, que solo por atender à un Aparicio huviesse convertido los prodigios mas raros en costumbre.

CAPITULO XXI.

De la santa simplicidad del Venerable Aparicio.



ON lo dicho hasta aqui parece nos sobraban documentos para reconocer en Aparicio una de aquellas almas, à quienes suele reducir la virtud à tal estado de enagenacion de los artificios, con que hace recomendables à los suyos el mundo, que elevandolas su práctica à un cierto estado de simplicidad, llegan à ser por ella el objeto de las complacencias del Empyreo. Pero de este privilegio, que concediò à algunos la gracia, quiso la misma hacer el caracter,

y

y particular diſtintivo de la conducta de Aparicio.

Como deſde ſus tiernos años comenzò à eſtudiar ſolo para ſer Corteſano de la Gloria, jamàs variò de aquel dialecto llano, y natural, que aprendiò entre los ſuyos en Gudiña; y aſsi à ninguno daba mas tratamiento, que el de *Vos*, por mas que le diſtinguieſſe ſu dignidad, ò ſu caracter. Su ſalutacion ordinaria era: *Guardeos Dios*, eſtilo con que le guſtaba le trataſſen tambien los demàs, aunque fueſſen los ſirvientes, y muchachos, ſin embargo de ſer èl tan anciano: y daba por razon, que à Dios ſe havìa de tratar con mucho reſpeto, que à los hombres de qualquier manera baſtaba.

De eſta ſuerte lo practicò; con el Excmò. Sr. D. Gaſpar de Zuñiga, y Azevedo, Conde de Monte-Rey, Virrey de eſta Nueva Eſpaña, y Señor del Lugar del miſmo Aparicio. Noticioſo ſu Exc. de tener en el Reyno un tan diſtinguido Vaſallo, haviendo llegado à la Puebla el año de 1596. pidiò à los Prelados de la Religion ſe lo moſtraſſen: intimáronle eſtos èl orden correſpondiente à aquel efecto; y deſpues de haver cumplido Sebaſtian con el ceremonial, que indicaſſe ſu reſpeto à la dignidad del Sujeto ſin ſalir de los límites naturales de ſu eſtilo, le dixo: *Conde, mui chico ſois; mas alto era vueſtro Padre, que lo conòci yo.* Y admirado el Virrey de la ſimplicidad del Santo Viejo, alabò à Dios por ella, y le deſpidiò ſuplicándole le encomendaſſe à S. M. y rogaſſe por los buenos ſuceſſos de ſu gobierno.

Solìa entrar à la Puebla à pie, deſcalzo, con los pies mui enſangrentados, y con la aguijada, ò garrocha en la mano, el Hábito enfaldado en la Cuerda, y el Sombrero, ſi lo traìa, caido à las eſ-

paldas;

paldas; y entrando assi en nuestra Iglesia quando iba à comulgar, no hacia otra diligencia, que arrimar la aguijada à la pared para llegarse al Altar à recibir el Cuerpo de Jesu-Christo Señor nuestro Sacramentado; y haviéndole dicho en una ocasion, que como venìa de aquella manera, respondiò: *Hagamos lo que tenemos obligacion, que lo demàs no importa nada.*

Del modo dicho entrò un dia de Corpus en aquella Ciudad con sus Carretas à dexar al Convento la limosna, que havìa recogido: divisólo su Illmò Obispo el Sr. D. Diego Romano, y haciéndolo llamar, lo requiriò sobre entrar de aquella manera, y en tal dia en la Ciudad à la vista de tanta gente. Oyò el Siervo de Dios la reprehension con humildad, y advertido en el lance el Obispo de ser Aparicio aquel con quien hablaba, prosiguiò tratándolo mas benignamente, ofreciendole su Casa para quanto huviesse menester, y concluyò la que havìa comenzado reprehension con preguntarle, si tenìa al presente alguna necessidad. Al oìr esta oferta, echò mano Aparicio à la botilla, que llevaba pendiente de la Cuerda, y le respondiò: *Si: que me socorrais esta pobretilla.* Edificado el Obispo de la sencillez, diò orden à un Page, que se la llenasse de vino; reiterando à aquel la expression, de que ocurriesse de alli en adelante à su Mayordomo para el socorro de quanto necessitasse.

No explicò menos aquella en el siguiente caso. Ayudaba una vez à Missa (ministerio que desempeñaba con exemplaríssima devocion) y haviendo dicho el Sacerdote: *Adjutorium nostrum in nomine Domini*; y respondido èl: *El que hizò el Cie-*

lo, y la tierra; acabada aquella, le reprehendiò un Religioſo, que la havìa oìdo, el haver dado la reſpueſta en ſu idioma vulgar. Aceptò con mucha ſumiſſion la correccion el Venerable, y deſpues con ſanta ſimplicidad le replicò: *¿Eſſo os dà pena? Entiendame Dios, que es à quien deſeo agradar, que lo demàs importa poco decirlo en latin, ò en romance.*

Quando entraba à la Sacriſtìa para aſſiſtir en la Miſſa mayor con un Cirial, ſe dexaba poſſeer de tal ſuerte de la devocion à aquel Sacroſanto Sacrificio, que no atendìa à deſenfaldarſe el Hábito; ò ſi acaſo lo advertìa, era dexandolo mui largo por delante, y por detràs mui alto, ò à la contra: y diciendo los Religioſos compañeros, que cuidaſſe mas de ſu decencia ſiquiera por los que le veìan, reſpondìa: *¿Què penſais que importa eſſo? Rianſe de mi, ò no ſe rian: ſirva yo à Dios, que es lo que importa, que lo demàs no importa un clavo.*

Viniendo de recoger la limoſna del maiz de la Sierra de Tlaxcala, llegò dia de la Aſcenſion al medio dia, pidiendo que le dieſſen algo de comer, al Convento de Topoyanco: y diciendole el Guardian, que porquè caminaba en un dia tan ſolemne, le reſpondiò Aparicio: *Que no ſabìa, que fueſſe alguna fieſta*, y ſiguiò à preguntar, qual era la que ſe celebraba. Reſpondiòle el Guardian, que la Aſcenſion de Chriſto. *¿Pues no cae en Domingo?* volviò à replicar. *No ſino en Jueves*, reſpondiò aquel. *A mi me parecìa*, concluyò el bendito Hombre, *que caìa en Domingo; y pues anda mudando dias, yo no tengo culpa, porque no he pecado de malicia.*

Deſahuciado ya de los Médicos el Venerable,

ble, entrò en ſu Celda el Guardian con un Crucifixo en las manos, y le dixo: *Hermano Aparicio, no es tiempo ya de ſimplicidades, y deſcuidos, porque os hallais ſin eſperanza de ſalud; por tanto, tomad en las manos eſte Santo Chriſto, y con mucha devocion, y lágrymas encomendaos à èl con fé: pedidle, que os perdone vueſtros pecados.* Oyò Aparicio el razonamiento, y reſpondiò: *Andad Hermano, ¿ahora haviamos de aguardar à eſſo? Ha muchos años, que nos conocemos, y ſomos amigos viejos.*

Omitenſe otras pruebas de la ſinceridad ſanta de Aparicio, y concluimos el Capítulo, y el Libro con la mas relevante de ſu entierro imaginario.

Haviendole preguntado cierta ocaſion el R. P. Fr. Juan de Santa Anna, Guardian del Convento de Santa Bárbara de la Puebla, como le iba, le reſpondiò Aparicio con gran ſinceridad: *Ya yo eſtuviera enterrado, ſi no fuera por el Guardian de mi Convento.* Repitiò aquel à preguntar la cauſa de tan funeſto ſuceſſo, y refiriòſelo de eſte modo el Venerable.

Haveis de ſaber, que todas las veces, que voy al Convento, procuro llevar à los Choriſtas, y Eſtudiantes fruta, ù otra coſa que merienden; y quando no lo hago, me eſconden las herramientas de las Carretas [que ſin duda las letras deben de hacer goloſos à los mozos] y eſta vez que no les llevè nada, me cercaron, y con mucho ruido, y alboroto me puſieron tendido ſobre una tabla, diciendo, que ya eſtaba muerto; y cantando lo que cantan quando entierran à los muertos, me llevaban el Clauſtro adelante à enterrar entre las co-

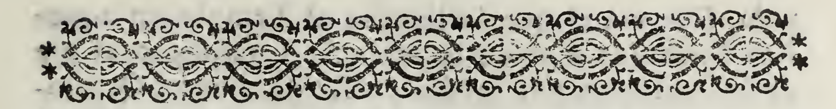
les de la Huerta, donde tenian ya hecho el hoyo. Acertòlo à vèr desde su Corredor el Guardian, y preguntò: ¿Donde llevais à Aparicio? Y respondieron: Padre nuestro, està muerto, y lo llevamos à enterrar. Entonces dixe yo: Padre Guardian, ¿yo estoy muerto? Y visto por el Guardian, que havia respondido, les dixo: ¿Pues como si habla està muerto? A lo qual los dichos Choristas dixeron: Padre nuestro, muchos muertos hablan, y uno de ellos es el Hermano Aparicio; y ultimadamente el dicho Guardian les mandò que me dexassen; que de otra suerte ya yo estuviera enterrado.

Prueba tan singular de su santa sencillez, que ignoramos tenga en la Historia Eclesiástica semejante.

***



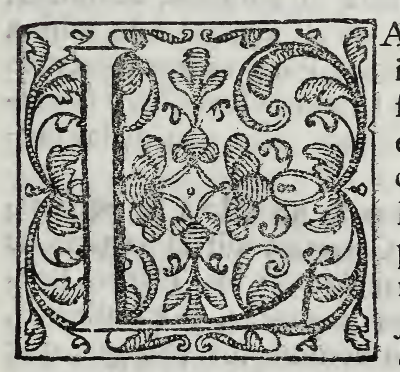
LIBRO



LIBRO SEGUNDO
DE LA VIDA PRODIGIOSA DEL VENERABLE SIERVO DE DIOS F. SEBASTIAN DE APARICIO RELIGIOSO LEGO DE LA REGULAR Obſervancia de N. S. P. S. Franciſco.

CAPITULO I.

De la maravilloſa Fé del Venerable Siervo de Dios.



A FÉ, SIN LA QUAL ES impoſſible agradar à Dios, fuè virtud tan dominante en el eſpíritu de Aparicio, que aun quando ya era Maeſtro conſumado en la práctica de todas las demàs, ſolìa decir: *Que no ſabìa mas, que fé firme como el azero, y no perder à Dios de viſta.* Con eſte gran principio comenzò à conducirſe deſde los primeros deſtellos de ſu razon, haſta conſumar la glorioſa carrera de ſu vida.

vida. Eſte era el que le llevaba al Templo en aquellos hermoſos dias de ſu infancia à teſtificar al pie de los Altares, por medio de ſus fervientes Oraciones, ſu verdadera creencia. Y el candor de èſta el que le hizo defender à todo trance el de ſu pureza, dandole à conocer la de aquel que la tiene por blaſon: y con la que ſellò todas ſus grandes empreſſas, en la variedad de deſtinos, en que ſe ocupò en eſta Nueva Eſpaña.

Conſultòle en ella un devoto ſuyo cierto negocio, que ſegun aparece de ſu reſpueſta, era de notable arduidad, y animòle Aparicio à emprenderlo con decirle: *Tened fé, y con ella, ſi fuere neceſſario, traſladarèis Montes, como yo tambien lo podría hacer.* La verdad de eſte dictamen, que ſugerìa à los eſtraños, fuè el movil poderoſo, que le inſpirò ſeguridad, para arroſtrar à tantas dificultades, y tan ſuperiores à ſus fuerzas: para allanar Montes, igualar Valles, deſmontar Boſques, y abrir caminos por donde introducirſe haſta el corazon, entonces, de la barbarie, y hacerſe en èl amable à la miſma ferocidad de los Chichimecas: Para vadear torrentes profundiſſimos, domeſticar animales furioſos, y triumphar tantas veces como hemos viſto, aun de las miſmas furias del Infierno.

Aquel haver reſpetado no ſolo à ſu perſona; mas à los Bueyes de ſus Carretas, aſſi el veneno de las Viboras, como la voracidad de los Tigres, Leopardos, y demàs animales ponzoſos, y carniboros, de que abundaban por lo comun los parages, que tranſitaba, aſſi de dia, como por la noche, las mas veces à pie, deſcalzo, y ſolo, era efecto, por ſin duda, del mérito relevante de ſu fé; los ardores de

cuya

cuya llama ſe hicieron viſibles con los raptos, que muchas veces padecìa à la fuerza de la contemplacion de ſus myſterios, y de que ſalìa abraſado en aquellos deſeos, con que inceſſantemente anhelaba por la converſion de los Infieles, y pecadores, tanto de eſte Imperio Mexicano, quanto de todo el mundo.

Conſiguiente de aquellos era ſu odio contra la obſtinacion de los Hereges, y proterbia de los Judios; y aſſi tratandoſe en cierta ocaſion en ſu preſencia de la ceguedad de eſtos infelices, ſe expreſſó el zelo de Aparicio en eſtos términos: *Eſtos perros Judios, que no quieren crèr, que ha venido mi Señor Jeſu Chriſto.* Uno de los Religioſos concurrentes, que lo oyò, y que conocìa ſu ſencillez, le dixo: que no trataſſe de aquella ſuerte à ſus proximos; mas èl, ſin perder de viſta la calidad, que ſe los hacìa aborrecibles, reſpondiò: *No ſon mis proximos los que no creen en mi Señor Jeſu-Chriſto; ſino perros Hereges.* Y inſtandole aquel, que miraſſe, que Chriſto, la Virgen, San Joſeph, y otros muchos Santos fueron Judios: *Mirad lo que decís,* replicò Aparicio, moſtrando en el ſemblante un ſanto zelo acompañado de ſu genial candor. Explicòle entonces el Religioſo la verdad de la denominacion, por la Patria, y Pais de Judèa, en que aquellos havian nacido; con lo que moderado en ſu ira ſanta, le dixo el Venerable: *Ahora yo lo creo por decirlo vos: mas ahora digo, que ſon peores de lo que yo entendi; porque ſiendo Chriſto de Judèa no creen en èl como yo.*

Las mas comunes demoſtraciones, con que ſolia ſenſibilizar Aparicio por ſu parte aquella virtud,

tud, eran assi su devocion à la Santissima Virgen, ante cuyo altar derramaba su corazon en freqüentes, y dilatadas oraciones, como al Augustíssimo Sacramento del Altar, Mysterio por excelencia de nuestra fé, à que acompañaba la de la freqüente repeticion del Credo, en la firmeza de la creencia de cuyas verdades se recreaba de tal suerte su espíritu, que al oìr que se lo cantaban los Religiosos ya en los últimos instantes de su vida, diò visibles señales del gozo, y alegrìa, que le causaba el espirar entre las voces, que publicaban su protesta. Correspondiendo el Cielo por la suya con manifestar su heroicidad, en que exerciesse su imperio, no solo sobre las enfermedades mas incurables; sino aun sobre la misma muerte, como lo experimentò este Nuevo Mundo en mas de mil y doscientos milagros, obrados por el mérito de la fé de este su nuevo Taumaturgo à beneficio de sus habitadores, y entre ellos algunos muertos resucitados, de que despues dirèmos.

La fama de sus muchos prodigios, que havìa llegado à oìdos del ya citado R. P. Fr. Juan de Santa Anna antes de conocerlo, le hacìa desear ocasion en que tratarlo, y examinar à fondo su conducta, ò para aprender algunos nuevos dogmas de su devocion; ò para instruirle en los comunes de la Místíca; pareciendole estraño, que un hombre aplicado continuamente à emplèos, no solo laboriosos, sino rústicos, viles, y manuales, pudiesse haver llegado en aquella à la sublimidad, que de èl se publicaba. Logrò en efecto su deseo, hallandose en una Hacienda de campo, à la que llegò el Venerable llevado de la precission de su exercicio. Saludòle aquel con expressiones dignas de un fraternal amor, que correspondiò

diò Aparicio diciendole: *¡O poca ropa!* (tratamiento que daba à todo Religioso descalzo) *¿quien os ha traido por acà? En verdad, que me huelgo; porque yo he de estar aqui hoy, y mañana, y con esso nos irèmos, si â Dios place*; y prosiguiò dandole razon de su viage, y de la que havìa tenido para haver passado en el campo la noche antecedente.

Preguntòle el P. Santa Anna, ¿si no tenìa pavor de dormir en tales despoblados, haviendo sido tan perseguido de los Demonios? à que respondiò: *Que no tenìa ya miedo, aunque viesse mas Demonios, que moscas; porque no le podian hacer mal ninguno, si no tenian licencia de Dios.* Continuò haciendole diversas preguntas acerca de su modo de vida, y exercicios espirituales; à todo lo qual satisfizo el Venerable diciendole: *Mirad, poca ropa, lo que yo hago es, hacer lo que me manda la obediencia, duermo donde puedo, como lo que Dios me embia, visto lo que me dà el Convento; pero sobre todo, fé dura como azero, y no perder à Dios de vista, que es lo seguro.* Edificado aquel, como correspondìa, de la sublimidad de perfeccion, que incluìa esta simple respuesta, y haviendo reconocido por el examen, que prosiguiò de lo mas intimo de su espíritu, la solidez de su virtud, preguntòle por último, ¿si no le ofrecìa à Dios sus continuos trabajos? A que respondiò Aparicio: *Claro està; ¿pues si no, como pudiera yo passar? A èl se los ofrezco, y à mi Padre S. Francisco, por quien lo hago: ellos me lo recibiràn en descuento de mis pecados, para que con esso me salve.* Indicando igualmente quan distante se hallaba despues de haver expuesto la firmeza de su fè, de perder à Dios de vista su esperanza.

CAPITULO II.

De ſu generoſa Eſperanza.



A que indicaron entonces ſus palabras, tenìa mas firme apoyo en todas, y cada una de ſus obras, manifeſtando claramente con la generoſidad de ſu práctica, que no ſe excedian en firmeza la una à la otra de eſtas dos virtudes. La eſperanza de los bienes eternos, que creìa, colocò ſu ánimo en una eſphera tan ſuperior à todo lo criado, que à fin de ganar à Chriſto, llegò à reputarlo todo por baſura, y eſtiercol, como ſe explicò èl miſmo en la ocaſion, que ya diximos. Deſde que comenzò à hacerſe de riquezas en fuerza de ſu trabajo perſonal, empezò tambien à eſtudiar en no dexarſe abatir del peſo de ellas; formando alas de las miſmas, para volar à aquel à quien jamàs perdian de viſta ſus deſeos, con traſladarlas à manos de los pobres; haſta manifeſtar, que vivìa tan ageno de eſperar en ſus theſoros, que no ſolo eſtaba impaciente porque los poſſeìa; mas porque no renunciaba por medio de la profeſſion religioſa aun à la miſma eſperanza de poſſeerlos.

Haviendo reſervado mil peſos, como dexamos dicho, para ſocorro de ſus neceſſidades, deſpues de la circunſtanciada donacion de quanto tenìa; aun quan-

quando parecìa mas prudente la reserva por las dudas, que padecìa su profession, sin aguardar à que aquellas se resolviessen, ordenò, que se distribuyessen entre los pobres; reputando su retencion por una especie de agravio de su esperanza.

Arrojòse tan del todo en brazos de èsta, luego que renunciò absolutamente à las del siglo, que jamàs cuidò en el demàs resto de su vida ni aun de su precisso alimento; esperando solo de lo alto, en donde tenìa depositado su corazon, la provision de los medios de conservar su vida. En prueba de lo qual caminaba siempre con los ojos puestos en el Cielo, entreteniendo con lo material de su vista su esperanza, quando lo dexaban en libertad los ministerios, en que le tenìa ocupado la obediencia; y assi desfrutaba por las noches mas à satisfaccion aquellas sus delicias; para lo qual gustaba de dormir siempre al descubierto, expuesto à todo el rigor de los temporales, no solo quando andaba por el campo; mas aun estando recogido en el Convento. Los Religiosos, y Seculares, que observaron aquella su costumbre, le suplicaron en varias ocasiones la reformasse por lo perjudicial, que debìa ser à su salud; y se retirasse baxo de techado, donde à mas de evitar aquel peligro, se podrìa entregar con mayor quietud, y secreto à la Oracion; mas èl les replicaba: *Lo hago, porque me alegro de vèr el Cielo, à donde por la bondad de Dios espero subir: mirad que lindo es, y como lucen las estrellas.*

De aqui provino, que haviendose retirado en una ocasion, vejado de sus prolixos accidentes, à la Enfermerìa; la primera noche, estando ya todos los Religiosos recogidos, se saliò de la Celda, y fuè à

la Huerta, donde gozando de aquel ſu ſuſpirado aſpecto, y pueſto en Oracion, no ſolo ſe hallò libre de la enfermedad, que entonces le afligìa; ſino que haviendo caido toda la noche una recia, y continua lluvia, no ſe atreviò èſta à ofenderle ni aun con ſu humedad. Un Secular, que ſe hallaba retraido en el Convento, y que lo havìa obſervado immobil en medio del rigor del aguaſero, ſe ocultò al tiempo de retirarſe à la Celda el Venerable, para tocarle ſecretamente el Hábito, y ſe certificò, igualmente que con las manos, con ſu aſſombro, de la verdad del milagro. Preſentòſe deſpues el ſanto Hombre ya libre de ſu dolencia al Enfermero; y preguntandole èſte la cauſa de ſu intempeſtiva ſalud, le reſpondiò con ſu acoſtumbrada candidez: *Dios, y mi Padre S. Franciſco me han ſanado.*

Moleſtado otra vez de mas executiva enfermedad, ſe ſaliò tambien por la noche, teniendoſe de un pobre báculo, de la Celda, que ſe le havìa ſeñalado, à un pequeño Portal, que ſe hallaba à la entrada de la miſma Huerta; y recoſtandoſe ſobre una tabla con alegre ſemblante, aun en medio de la agudeza de ſus dolores, ſe mantuvo aſſi toda la noche contemplando la hermoſura de los Cielos. El Enfermero, que deſpues de haver regiſtrado en buſca ſuya todo el Convento, lo encontrò de aquel modo en el referido lugar, lo reprehendiò con aſpereza, à que ſatisfizo Aparicio con la mayor dulzura, diciendole: *Salime à lo claro, porque aqui no eſtà la muerte, y en lo obſcuro ſi; que no es bien dormir ſino en lugar donde ſe pueda vèr el Cielo, y las eſtrellas.*

Haviendole llevado finalmente ſu última enfer-

fermedad à una de las miſmas Celdas de la Enfermerìa, y mandadole el Guardian ſe mantuvieſſe en ella, le ſuplicò con inſtancia el Venerable, ſe le permitieſſe paſſar ſu accidente en un lugar deſde el qual pudieſſe eſtar mirando al Cielo; porque lo contrario, decìa, ſerìa lo miſmo que apreſurarle la muerte. Penetrado el Guardian de ſu ruego, vino en que ſe puſieſſe en el tránſito de la miſma Enfermerìa cerca de una ventana, por la qual continuò à recrearſe ſu eſperanza, miniſtrandole la miſma, al paſſo que la concebìa mas immediata, la mas dulce impaciencia por entrar à la deſeada poſſeſſion del Sumo Bien.

CAPITULO III.

De ſu Charidad para con Dios.



QUANTO haſta aqui hemos dicho de prodigioſo, ſublime, y heroico, de la fé, y eſperanza del Venerable Siervo de Dios Aparicio, tenìa por primer movil à la charidad, la mas viſible contraſeña de la qual fuè la mas pura obſervancia de ſu Ley, no haviendo cometido ni una ſola culpa mortal en toda la dilatada carrera de ſu vida. Pero como al paſſo que abanzaba en los años, crecìa tambien el fuego de aquella; de la guarda de los preceptos paſſó no ſolo

à

à desempeñar con heroica resolucion la mas puntual, y admirable de los consejos; mas à hacer frente à los mismos impossibles. No havìa para èl dificultades, ni peligros, siempre que se le interponìa por motivo el amor de Dios. Los estanques elados, y los torrentes mas copiosos, à que solìa arrojarse, hacian solo las veces de un ligero rocìo, que lexos de moderar sus ardores, encendian mas la fragua de su pecho. De este admirable principio provenìa el andar casi siempre sumergida su alma en la mas profunda, y fervorosa contemplacion, à que seguian (à vueltas de los deliquios amorosos, que le hacian olvidar aun el uso precisso de los sentidos) las quexas de que no amaba à su Dios quanto debìa.

Aquella santa abstraccion, junta al tosco disfraz con que procuraba ocultar siempre lo heroico de su espíritu, le hacìa anhelar continuamente à su proprio desprecio, por medio del comun desaliño con que se presentaba, aun en las ocasiones en que era mas freqüente el concurso, y mayor la publicidad. Entrò cierta vez con aquel su acostumbrado desacèo en la Ciudad de Tlaxcala, y llegando à la puerta de una de sus Casas à pedir limosna; una niña de ella, que lo viò, echò à correr gritando: *El Frayle Loco, el Frayle Loco*; lo que oìdo por la Madre, y advirtiendo, que se dirigìa à Aparicio aquel baldon, indignada contra ella diò señas de quererla castigar; mas aplacòla el Siervo de Dios diciendole: *Dexadla, que tiene razon; porque si yo no fuera Loco, amara mucho à Dios.*

De esta suerte se expressaba, sin haverse dado por satisfecho su amor al mismo Señor con todo quanto por èl havìa obrado desde la edad de ocho

años,

años, hasta los últimos instantes de su vida, como lo diò à entender una hora antes de morir, en que dixo à su Guardian: *Que amaba tanto à Dios, y havìa deseado amarlo tanto, que si se ofreciera ocasion, y convinießse assi à su honra, y gloria, moririà mil muertes por èl, y que solo por el amor de Dios havìa maltratado su cuerpo noventa años.*

CAPITULO IV.

De su Charidad con los Proximos.



POCO le parecìa al amor con que atendìa à sus Proximos Aparicio el igualarlos en la atencion à sus alivios à sì mismo; y assi se sujetaba de buena gana à las estrechezes, con tal que lograssen aquellos los mayores en sus necessidades. En orden à este fin empleò su zelo todo su corazon, y con èl las manos, la lengua, la hacienda, el decoro, y la misma vida; y en lo que no era possible à sus facultades, llegò à empeñar tambien, como hemos visto, la misma Omnipotencia. Lo cierto es, que para haver de historiar completamente los admirables acaecimientos de la generosidad de su beneficencia, de su incomparable charidad, y de su compassion (en atencion à no haverse le

verſele preſentado ocaſion, que miraſſe à aquel objeto, que no abrazaſſe) ſerìa preciſſo formar el cómputo de los años, y tal vez de los meſes, y aun de los dias que viviò, de los Lugares por donde anduvo, y de los varios eſtados, y ocupaciones que mudò.

En lo poco que dexamos dicho en el Libro primero, ſobra motivo para venir en conocimiento de que en la dilatada carrera de ſu vida en el ſiglo ſolo deſeò adquirir, para tener que dar; no haviendo ſido otra coſa todas ſus ſolicitudes, y ſudores, que una víctima guſtoſa de la pobreza, y aun deſpues de Religioſo ſupo arbitrar el modo ſu ingenioſa charidad, con que hacer del miſmo Monaſterio, y Caſa de los pobres la deſpenſa comun de los neceſſitados.

Era coſa admirable, que olvidandoſe en el todo de la proviſion de lo neceſſario para ſu perſona quando ſalia del Convento à pedir la limoſna, ſacaba de èl quanto le era poſſible, como pan, y carne, y algunos otros comeſtibles para el ſocorro de los pobres, que encontraba por los caminos, practicando igual franqueza con los miſmos quando volvìa al Convento, y proveyendo ſus neceſſidades de la propria limoſna, que havìa recogido; ſiempre con el ſeguro, que le afianzaba la experiencia, de que aquella crecìa à proporcion que ſu charidad la diſpenſaba.

Quando llegaba alguno à pedirle por amor de Dios, y ſe hallaba ſin otra proviſion, le alargaba el Manto, el Sombrero, la Cuerda, y algunas veces aun el Habito miſmo, volviendo deſnudo al Convento; pero de lo mas gozoſo al verſe aſſi ſaqueado de la agena neceſſidad: y reprehendiendole el Guardian

dian en tales ocaſiónes, le reſpondìa: *Andad, Hermano: por Dios lo di à quien tenìa mas neceſſidad, que yo; que para mi como quiera baſta.* De los terminos regulares de la reprehenſion paſſó aquel à comminarle, ſi no proteſtaba la emmienda, con el caſtigo; mas èl le reſpondiò riſueño: *En verdad, que aunque me dèn cien azotes no dexarè de dar por amor de Dios lo que me pidieren.*

A viſta de eſta diſpoſicion de ſus fervores echò mano el Prelado de la mas poderoſa arma de la obediencia, ordenandole en virtud de formal precepto, no ſe dexaſſe tranſportar de alli en adelante de ſemejante exceſſo. Hiriò aquel en lo mas vivo del corazon de Sebaſtian, pareciendole à ſu innata compaſſion, no ſolo duro; ſino caſi impoſſible de obſervar: y conſultando en medio de la amargura de ſu anguſtia à ſu charidad, le ſugiriò la ingenioſidad de èſta un arbitrio, con que ſatisfacer aquella ſu propenſion, ſin vulnerar los fueros del precepto; y fuè el de que encontrandoſe con algun pobre, que le pedìa limoſna, le decìa: *Hermano, mi Guardian me ha mandado por ſanta obediencia, que no dè nada de lo que traigo; mas ſi vos me lo quitaſſedes, havriamos cumplido ambos nueſtros deſeos.* Y con efecto, advirtiendo en cierta ocaſion un pobre eſta diſpoſicion de ſu ánimo, le quitò el Manto. Fueſſe ſin èl al Convento Aparicio mui conſolado; y haciendole cargo el Guardian de la obediencia intimada, le reſpondiò el Santo Viejo: *Si como me puſiſteis à mí obediencia para que no lo dieſſe, ſe la puſierades al pobre, que me lo quitò, yo huviera traido Manto.*

Alguna vez, que ſolìa no tener lo que le pe-

dian los necessitados, ocurrìa èl à pedirlo al Cielo; y huvo ocasion, en que oyendo èste su súplica, le remitiò por mano de un Angel una Cesta de pan caliente, para remedio de la necessidad de un pobre en Huexotzinco, aunque lo comun era consolarlos con palabras dulcíssimas, y explicar con tiernissimas lágrymas, quanto le penetraba su compassion.

Impaciente su charidad, del alivio de los pobres passaba à la atencion de los enfermos, visitandolos, y llevandoles por lo comun entre sus socorros el mas apetecible de la salud, que en nombre de Jesu-Christo Crucificado repartìa à quantos la necessitaban; usando para ello, como de instrumento, de la misma Cuerda que ceñìa: verdad, que certificò su acostumbrada sencillez en el siguiente lance.

Pidiòle el R. P. Fr. Juan de Santa Anna, al terminar la session, que hemos referido en el Capítulo primero de este Libro, una Cuerda, en demostracion de la veneracion con que le miraba; y alargandole al punto Aparicio la que tenìa puesta, le dixo: *Mirad poca ropa, estas Cuerdas gordas las haveis de estimar mucho; porque son las que hacen los milagros.* Y preguntandole aquel, ¿como los hacian? le respondiò: *El otro dia sanè con una de ellas à un Alguacil; porque llegando yo à pedir limosna à una Estancia, estaba èl alli ahogandose de una esquilencia, que no podia tragar la saliva: pidiòme, que le pusiesse la Cuerda en la garganta; yo se la puse, diciendole: Vos de hurtar estais malo, sed bueno, y luego sanò; y de alli à poco rato se levantò, y comia como un Lobo:* Por lo que havìa passado ya en proverbio, ser la Cuerda de Aparicio el sánalo todo de las Ciudades, Villas, y Lugares por donde transitaba.

CA-

CAPITULO V.

Del su zelo de la honra de Dios, y bien espiritual de los Proximos.



DEL reparo de los del cuerpo passaba à remediar su charidad, y con tanto mayor zelo, quanto le eran mas sensibles, que los de aquel, los daños del espíritu. No solo no consentia, que se dixesse mal de alguno de sus Proximos en su presencia; sino que aun sus defectos hallaban siempre en su boca alguna escusa, sin que jamàs huviesse formado siniestro juicio de ellos por sospechosas que fuessen sus acciones. Haviendole noticiado, que havìa diversas mugeres en la Ciudad expuestas à ofender à Dios con el pretexto de su miseria, les agenciò su charidad limosnas competentes con que pudiessen vivir libres de aquel peligro.

Mas quando le eran à èl notorias las dichas ofensas, jamàs dexaba su zelo, sin atencion à respetos humanos, de corregirlas; passando por las incomodidades, y desabrimientos, que solìa traherle la eficacia de su fervor, con tal que consiguiesse el arrepentimiento, y con èl el próposito de que no prosiguiesse Dios à ser ofendido. Varios fueron los lances en que manifestò la heroicidad de aquel su zelo;

2 de

de ellos referirèmos solamente los que se siguen.

Havìa una Señora rica, y especial Bienhechora del Venerable en la Ciudad de Cholula, la qual contaba con un Obrage de paños que tenìa, como con el primer Capital de sus commodidades; pero observando Aparicio algunos abusos, que lo hacian gravemente perjudicial à la conciencia de dicha Señora, encendido en zelo, y charitativo afecto, le dixo: *Hermana, vended esse Obrage, que teneis; porque si no, corre mucho riesgo vuestra salvacion.* No huvo menester mas aquella, para que sin detenerse en los interesses, que en ello perdìa, se deshiciesse sin la menor dilacion del dicho Obrage. Y porque uno de los inconvenientes, que viciaban el trato, era el tener Indios encerrados, ante todas cosas les diò puerta franca para que no los hallasse alli el posseedor, que le succediesse.

Caminando cierta ocasion con un Compañero Siervo de Dios, y escrupuloso, les cogiò en el camino, y ya entrada la noche, una tan grande tempestad, que los obligò à ampararse de la Casa de un amigo del Venerable, en la que les hicieron grato hospedage. Havìa en la misma Casa ciertas personas notadas de poco honestas; y no haviendo faltado quien se lo noticiasse al Compañero, se quexò èste con Aparicio al otro dia de haverle llevado à parage donde se hallaba tan desacreditada la Castidad. A que respondiò el Santo Varon: *Hermano, no he tenido noticia de esso; y assi no teneis que culparme; pero poco serà el tiempo que estèmos aqui, pues no ha de durar mas, que mientras requerimos las labranzas, que estan al derredor.* Partiòse al punto à recoger un poco de maiz, que en ellas

le

le havian prometido; y confirmandole en una la verdad de lo que el Compañero le havìa dicho, vuelto à la Casa del amigo para seguir su viage, le dixo: *Hermano, ya sabeis la llaneza con que os trato, y visito, y que no cuido sino de recoger la limosna, que me haceis; pero no quiera Dios, que yo coma en Casa donde su Divina Magestad no es servido en todo.* Y emprendiendo la mas fuga, que partida, negandose à las instancias, que se le hacian de que se detuviesse à comer por ser ya la hora, vuelto à un Mancebo, que alli estaba, y indiciado de complicidad en la noticiada torpeza, se despidiò de èl, diciendole: *Hermano, pareceme, que te vas el rio abaxo tu, poco à poco àcia el mar ancho del abysmo: por amor de Dios, que mires por ti, que es gran lástima, que te pierdas.* No haviendo vuelto à entrar jamàs en la dicha Casa, aunque repitiò muchos viages por el mismo camino.



CAPI-

CAPITULO VI.

De la Prudencia que manifestó en todas las acciones de su vida.



QUEL hábito laudable, que llamamos prudencia, que eleva, y dirige al alvedrìo en orden al bien, que se ha de elegir, ò al mal, que debemos evitar, lo posseyò Aparicio tan à la perfeccion, que mas que adquirido, parece lo infundiò en su entendimiento desde su puericia aquel mismo Señor, que tomò à qüenta de su particular Providencia el magisterio de su vida espiritual. Lo cierto es, que el haver consumado el curso de noventa y ocho años, no solo sin caer; pero aun sin tropezar en tanta variedad de destinos, y professiones, prueba la assiduidad, con que consultaba en cada uno de los lances, que aquellos le ofrecian, à una mas que regular y comun, heroica prudencia.

Es verdad, que fuè genial en èl la sencillez; pero en los mismos medios, con que conducìa sus acciones, daba à entender tambien, que obraba siempre de concierto con la gracia. La prueba mas evidente de esta verdad son todas, y cada una de las empressas de su admirable vida, en que no dexò passar momento, que no lo empleasse en servicio de

Dios,

Dios, beneficio del Proximo, y aprovechamiento en la virtud, hasta saber proporcionar los medios para tocar en la práctica de cada una lo mas sublime.

Esto se harà mas claro, si fixando las épocas de su vida, en su fuga de Salamanca, renuncia de sus bienes para emprender la vida religiosa, y en la profession de èsta hasta su muerte, se regiſtra cada una de las heroicas acciones, que intermedian. En ellas hallarà materia la mas bien arreglada discrecion, para formar la idèa de los aciertos de una prudencia grande à lo del Cielo. Débase à la memoria de los Lectores esta análisis. Pero no sé que impulso me violenta la pluma à no omitir la de que se valiò aquella para llevar su virginal pureza hasta los términos mas admirables del heroismo.

La pureza virginal fuè entre todas las virtudes de Aparicio (si me es lícito expressarme de este modo) la favorecida. Por ella, y por su guarda renunciò conveniencias, emprendiò fugas, sacrificò las prácticas mas austèras de su vida. Aquella maceracion continua de su carne, sus freqüentes vigilias, sus jamàs interrumpidas penitencias, el todo, en una palabra, de su mortificacion, fueron otros tantos pregoneros de su indecible amor à la pureza.

El Cielo, que miraba por su parte tan puntual correspondencia à sus auxilios, se los franqueaba continuamente mas abundantes, y mayores; y èl que se hallò tanto mas encendido en el amor à aquella su dilectíssima virtud, quanto eran mas poderosas las assistencias de la gracia, se resolviò à practicar el medio indispensable para guardarla en el grado mas heroico, à que puede llegar aquella, que es el conjugal, à contraher una y otra vez matrimonio,

con

con las circunſtancias capaces de fomentar ſus ſantos própoſitos, que ya dexamos dichas.

Si huvieran ſido los intentos de Sebaſtian elegir aquel eſtado como medio para la ſimple guarda de la caſtidad; mas que de imprudentíſſima, ſe deberìa graduar la accion por produccion de un inſenſato, ò de un hombre à quien le faltaſſe ya del todo el juicio, por adoptar aſſi una práctica, no ſolo inconducente, pero del todo opueſta al dicho fin. Mas impeliendole ſu amor à obſervarla en el grado mas ſublime, qual era el conjugal; y ſiendo abſolutamente impoſſible ſu obſervancia, ſin que llegaſſe à contraher matrimonio, no ſolo fuè prudentíſſimo, ſino indiſpenſablemente neceſſario aquel eſtado, para hacer ſu reſolucion tanto mas heroica, quanto era mas viſible aquella ſu arduidad.

Todo eſto era bien obvio à aquel admirable fondo de Sabidurìa, que en èl havìa depoſitado el Cielo, y que manifeſtaba, quando lo juzgaba neceſſario ſu prudencia, de que lograron ſer oyentes en repetidas ocaſiones los RR. PP. Fr. Juan de Santa Anna, Fr. Pedro de Eſpinoſa, y Fr. Mathèo Cervantes, aquellos de la Deſcalzez, y èſte Obſervante, y todos tres acreditados en virtud, y letras: los que embargados de la admiracion de eſcuchar de ſu boca los mayores arcanos de la mas profunda Theologìa, no hallando voces adequadas, con que explicar ſu eſtrañez, lo hacian con el dialecto de los aſſombros: y en efecto, haviendo llegado el caſo de exponer ſu dictamen el primero, acerca de las virtudes del Venerable, declarò en términos formales en el proceſſo Apoſtólico: *Que havìa hallado en Fr. Sebaſtian de Aparicio la vida mas pura, mas peni-*

ni-

nitente, y mas ſanta, que podìa ſignificar con palabras. Y en mi ſentir, qualeſquiera ſe deberàn reputar ſiempre por mui cortas para expreſſar ſola la heroicidad de ſu prudencia.

CAPITULO VII.

De ſu ſingulariſſima Devocion.



DESDE ſus tiernos años manifeſtò Aparicio la elevacion de ſu eſpiritu à Dios por medio de ſu piadoſo, y humilde afecto, ſoſtenido de la práctica de ſu fé, eſperanza, y charidad, en que conſiſte la devocion: y teniendo èſta ſu mayor fomento, aſſi en la oracion vocal, como en la meditacion, y contemplacion, por el exercicio de èſtas ſe deberà graduar lo fervoroſo, y encendido de aquella. No ſabemos à punto fixo quando comenzò à exercitarſe en una, y otras; pero eſtando aſſegurados de ſus victorias contra las mas peligroſas, y repetidas tentaciones, que dexamos referidas, aun deſde Joven, igualmente nos debemos perſuadir à que ſe aplicò à ſu práctica deſde mui temprano.

Aquella ſu regla de oro de no perder à Dios de viſta en quanto obraba, que declarò ya en ſu

ancianidad, y despues de algunos años de professo, lo fuè tambien de todas las operaciones de su vida en el siglo, y en medio de sus mas penosas, y continuas ocupaciones; lo que manifestaba claramente el exercicio, que dexamos referido de su oracion, haciendo lugar de ella aun sus mismas Carretas. Pero haviendo emprendido el estado religioso, se entregò de tal suerte à sus fervores, que jamàs omitìa práctica alguna, que pudiesse contribuir à su mayor aumento, como la de la freqüencia al Santo Sacrificio de la Missa, Choro, y demàs funciones espirituales. Jamàs se le caìan de los labios los dulcíssimos Nombres de JESUS, y MARIA, que repetìa con el mayor afecto, y ternura, en la continua ocupacion de rezar el Rosario, la que no interrumpian los demàs exercicios corporales, en que le tuvo siempre ocupado la obediencia, y cuya devocion acostumbraba aconsejar à quantos podìa.

De la misma Oracion del Padre nuestro, que repetìa, y de los altíssimos Mysterios, que encierran sus admirables claúsulas, hacìa comunmente la materia de su contemplacion; à reserva de aquellas ocasiones, en que le ilustraba con particular luz el Altíssimo en orden à alguno de sus atributos, ù otra de las sublimes verdades de nuestra creencia: encendiendose de tal suerte el fuego de su espíritu en el conocimiento, que en ellas percibìa de la Bondad Divina, que à poco de engolfarse en su insondable piélago, era de lo mas freqüente el desprenderse del comun uso de los sentidos.

Como en ningun tiempo ni lugar perdìa de vista aquella, en todos hallaba proporciones para la continuacion de su santo exercicio, sin que le sirvies-

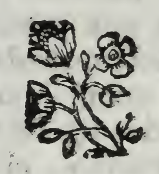
viessen de impedimento, ni lo fragoso de las Montañas, ni la rapidez de los Rios, que debìa transitar, ni aun el precisso trato de criaturas, que pedìa por necessidad su ministerio; hasta haver llegado à tal punto su abstraccion, que absorto todo en Dios en los últimos años de su vida, y embriagado en las dulzuras de su amor, era de lo mas comun el responder fuera de própósito à las preguntas, que se le hacian.

El ardiente deseo de unirse de lo mas estrechamente à su Dios, no le permitìa omitir diligencia en inquirirlo por todos los medios possibles, assi en sì mismo, como subiendo por la escala de lo visible, esforzandose sus ansias en orden à aquel objeto, hasta los términos de violentar la pesadez de su carne en los éxtasis mas admirables, ya que no le era possible en el estado de su vida mortal, saciar toda la imponderable impaciencia, que padecìa su espíritu.

Los medios con que procuraba entretener aquella su violencia por la mas íntima union al Sumo Bien, eran los de su extraordinaria devocion, assi à la Madre del amor hermoso MARIA Santissima, à la que reverenciaba con profundas humillaciones ante sus Imágenes, acompañadas de las mas afectuosas Salutaciones, como à la Passion de Christo Señor nuestro, y à todos sus Mysterios, especialmente el de su real presencia en el Augustíssimo Sacramento del Altar; al oìr cuyo nombre, no solo inclinaba profundamente la cabeza; sino que hacìa visible su veneracion con la alegrìa, que manifestaba en el semblante.

Quando entraba en los Lugares, aunque fues-

ſe mui canſado, y enfermo, ſe dirigìa à la Igleſia, y poniendoſe de rodillas, ſe mantenìa dos, ò tres horas en oracion, fixos los ojos en el Tabernáculo, en que ſe depoſitaba Jeſu-Chriſto Sacramentado, y olvidado, aſſi de comer, y beber, como de otro qualquier alivio corporal. Pero todas eſtas demoſtraciones de ſu devocion à aquel Myſterio, no paſſaban de un ligero índice de la que manifeſtaba deſpues de haver comulgado; ſiendo de lo mas freqüente explicar ſu ternura con elevarſe de la tierra à gozar con mas quietud dentro de la ſoledad de ſu corazon la dulzura de los coloquios, è inſtrucciones de ſu amado: no haviendo tenido otro magiſterio, ni otra guia, que la Divina, para llegar à un tan elevado grado de contemplacion. Práctica no mui comun entre los miſmos Santos, y que debe ſervir, mas que para la imitacion de los que aſpiran à aprovechar en el camino de la virtud; para admirar el ſingular amor, con que atendìa el Altiſſimo à Sebaſtian.



CAPI-

CAPITULO VIII.

De ſu invencible Fortaleza.



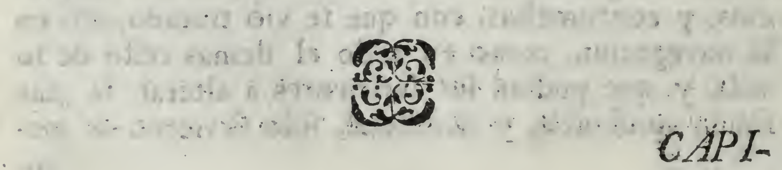
O fuè otra coſa la vida de Aparicio, que un continuo combate con enemigos, aſſi domèſticos, como eſtraños; pero ni èſtos, ni aquellos ſacaron mas ventaja de ſus aſſaltos, que multiplicar los triunfos à ſu admirable fortaleza. No diò paſſo en la Europa, como ya vimos, en que no ſe coronaſſe ſu pureza de laureles; baſtando ſolo el aſſedio, que padeciò èſta por el eſpacio de quarenta dias, y quarenta noches continuas (y tan circunſtanciado, como dexamos referido en el Capítulo III. del primer Libro) para acreditar de grande la fortaleza aun de los primeros Heroes del Chriſtianiſmo.

Para rendir lo heroico de èſta ſe conjuraron los hombres contra Aparicio, en ſecreto y en público, en el mar y en la tierra, en Eſpaña y en las Indias, en el ſiglo y dentro de la miſma Religion; mas ſiempre ſin efecto. El todo de las burlas, de los eſcarnios, y los malos tratamientos, de los deſprecios, y contumelias, con que ſe viò tratado, aſſi en la navegacion, como en todo el demàs reſto de ſu vida, y que podian ſer ſuficientes à alterar la mas ſólida conſtancia, y humildad, ſolo ſirvieron de mani-

nifestar èl caracter de un sufrimiento verdaderamente incontrastable.

Aun la malicia toda del Infierno testificò, y con harta confusion de su sobervia esta verdad. Atacòle en el siglo, y en el Claustro, valiendose su astucia en una y otra carrera de las artes, unas veces del terror, y otras de la lisonja; ya ofreciendole alivios, y ya intentando su consternacion con llevar hasta la execucion próxima de su muerte sus amenazas. Pero no solo quedò vencida aquella en tan repetidos reencuentros, como dexamos referidos, con las armas, que ministrò à Aparicio su fortaleza en la mas heroica resignacion; mas con las del desprecio, hasta ponerla en fuga con usar precissamente de las mismas superfluidades de su cuerpo.

Llegò en fin à colocarse la fortaleza de Sebastian en tan superior grado, respecto de aquel odio mortal, con que sabìa lo miraba el comun enemigo, que haviendosele acercado un devoto Religioso, ya immediato à su trànsito, y exhortadole à que pidiesse à Dios perdon de la vida passada, advirtiendole al mismo tiempo las artes, de que suele usar el Demonio en aquel último peligrosissimo trance, le respondiò: *Gracias à Dios, no tengo cosa que me dè pena: el Demonio no tiene que vèr en mi, que ya està vencido, y se ha ido para quien es: todo lo veo en paz, el Señor sea bendito.*



CAPI-

CAPITULO IX.

De ſu ſingular Templanza.



FUE tan rara èſta en Sebaſtian, que aun ſin tocar en aquellos ſus eſmeros en refrenar la gula, y los apetitos ſenſuales (que dirèmos tratando de ſu admirable abſtinencia, y virginal pureza) no havìa en èl coſa alguna, que no la publicaſſe. Su modeſtia en el trato, en las palabras, en el veſtido, eſtaban pregonando la templanza con que ſe regulaba ſu interior. La miſma ſeveridad, que pintaba en ſu roſtro ſu penitencia, la templaba de tal ſuerte con la afabilidad, que al tiempo que le conciliaba los comunes reſpetos, lo hacìa tambien de lo mas amable.

Su cuidado en el veſtir, aun ſiendo Secular, y de tantas facultades, que le llegaron à adquirir el renombre del Rico, lexos de los reſabios de la vanidad, le hacian el exemplar de la moderacion; y aun deſpues de Religioſo puſo toda ſu atencion, en que al tiempo que ocultaba ſu deſnudez, ſe deſcubrieſſe la pobreza, que profeſſaba.

De aquella ſu antigua modeſtia, y gravedad, con que eſtando en el ſiglo havìa veſtido, provenìa, que al vèr deſpues de Religioſo algun Secular ſuperfluamente adornado, le dixeſſe: *Hermano, ya que*

Dios

Dios os lo dà, vestios honestamente; que la honra no consiste en los vestidos, sino en que sean honestos; porque los colores varios no sirven mas, que de representar un inquieto, y pintado Pajaro, ò un Loco, à quien por burla visten un Sayo agironado de diversos paños.

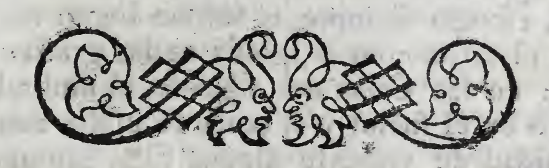
No se manifestò menos templado en la conversacion. Jamàs movia su lengua, que no fuesse impelido de su zelo, ò de su charidad, y esto con tal circunspeccion, que nunca passó los límites de lo mui necessario. Su comun frase para explicar la felicidad de la salvacion, era la de *colar, ò embocar en el Cielo:* y assi quando aconsejaba à algunos pecadores à que dexassen las culpas, y se pusiessen en amistad, y gracia de Dios, usaba de estas palabras: *Hermano, emmendad vuestra vida, apartaos de esse pecado; porque si no, no embocarèis, ò colarèis en el Cielo:* y con ellas solas hizo maravillosas conversiones.

Noticiosos de esta su práctica solian algunos preguntarle usando de su mismo frasismo: ¿si colarian? Y haciendo distincion el Siervo de Dios de las personas, que le consultaban; à aquellos à quienes reconocia inclinados à la culpa, respondia: *No: si vivis mal;* y al contrario à los de buenas costumbres: *Si: si proseguis en servicio de Dios.*

Si huvieramos de emprender la noticia individual de la moderacion de su conducta en cada uno de los hechos de su admirable vida, nos veriamos precissados à reducirlos todos à este solo Capítulo; y assi procurarèmos indicarla precissamente para la comun edificacion, en el caso que se sigue.

Era el Siervo de Dios tan afecto à la música, que

que ſu inclinacion le hacìa viſitar en la Puebla à Juan Gutierrez de Hueſca, en cuya Caſa lograba la de un Clavicymbalo, y la que eſcuchaba con ſingulares demoſtraciones de alegrìa. Mas advirtiendo, que ſe empeñaba aquel en dar à ſu penitente eſpíritu ſemejante recreacion, aunque tan honeſta, huvo de negarſe del todo à la dicha viſita. Encontròle deſpues de algunos dias el devoto Gutierrez, y deſeoſo de que le continuaſſe ſu favor, le preguntò la cauſa de ſu retiro: *No voy*, le reſpondiò Sebaſtian, *porque eſtoy en cólera con vueſtra Caſa.* Lo ineſperado de ſu reſpueſta puſo à Gutierrez en mayor cuidado; y aſſi le inſtò de nuevo le declaraſſe ¿en què ſe le havìa dado en ſu Caſa, que ſentir? con la proteſta de ocurrir prontamente al remedio eficaz de la ſatisfaccion. Pero deſvaneciò la fuerza de ſu inſtancia el Venerable con deſcifrarle el myſterio, que embolvìa la reſpueſta à ſu primer pregunta: *Dios no quiere*, le dixo, *que oiga vueſtra múſica; por eſſo no voy à vueſtra Caſa.* Y era el caſo, que llegò à parecerle, que aquel ſu innocente deleyte le podrìa dar entrada à la curioſidad, y traſpaſſar los límites de la moderacion; y aſſi no fuè mas que un efecto de ſu templanza la prohibicion, que dixo tenìa del Cielo de ſeguir oyendo la múſica, de que tanto guſtaba.



CAPITULO X.

De ſu profundiſſima Humildad.



EL fruto mas immediato, que producìa en el eſpíritu de Aparicio aquel no perder de viſta el Ser Divino, era el de radicarſe mas, y mas en el conocimiento de la nada de ſu proprio ſer. La infinita diſtancia, que percibìa entre eſtos dos extremos, le hacìa no ſolo huir como contagioſos los honores; ſino procurar las ocaſiones de ſu deſprecio: y aſsi quando conocìa, que ſe intentaba hacer alguna eſtimacion de ſu perſona, ò celebrar alguno de ſus prodigios, decìa: *Quitaos allà; ¿para què haceis eſſo conmigo, que ſoy un pobre hombre, que no valgo un quarto? ¿Quien ſoy yo, ſino un poco de tierra, y baſura?* Añadiendo à eſtas palabras la proteſta de que ſi volvian à hacer de èl el menor aprecio, jamàs lo verian en ſus Caſas.

Quando ſe hallaba en la preciſsion de tomar aſsiento, eſcogìa ſiempre el ínfimo lugar: en el Refectorio el último: en la Igleſia en las gradas de los Altares: en las Caſas del ſiglo en el umbral de la puerta, ò en el ſuelo: y ſi acaſo ſe uſaba con èl de la urbanidad de traherle alguna ſilla, regraciaba la de-

demoſtracion con eſta repulſa: *Quitad allà, que mejor eſtà la tierra ſobre la tierra.*

A los que le ſuplicaban los encomendaſſe à Dios en ſus oraciones, era ſu ordinaria reſpueſta: *Si harè de mui buena gana; mas buen recado teneis con eſſo ſi no haceis vos mas que yo. Encomendadme vos à mi à Dios, que harto lo he meneſter. Soy un mal hombre, y peor fuera ſi Dios no me tuviera de ſu mano.*

Era increible la alegrìa, aſſi interior, como la que manifeſtaba en el ſemblante, quando ſe veìa ultrajado, y que tratandole con deſprecio le decian palabras peſadas, è injurioſas, ò le mofaban, y ſe burlaban de èl como de un niño: haviendo proporcionado algunas de aquellas ſus apetecidas ſatisfacciones à ſu humildad el zelo, de que jamàs preſcindìa èſta, de la honra del Altíſſimo.

Cometiò cierto Religioſo de ſu orden un defecto grave contra la debida obſervancia de la pobreza, aſſi en preſencia ſuya, como de un Secular; y no pareciendole à Aparicio prudente en tales circunſtancias el diſimulo, procurò corregirle con una amoroſa, y ſuave reprehenſion; mas convirtiendo aquel el antídoto en veneno, correſpondiò à ſu zelo charitativo con injurias, y deſprecios; y huviera paſſado à deſahogar ſu mal concebida cólera con las manos, à no haverlo impedido Blas Hernandez, que ſe hallaba preſente. Sufriò la afrenta Sebaſtian con ſu acoſtumbrada ſerenidad, partiendoſe de aquel ſitio, ſin dar la mas ligera ſeñal de turbacion.

Haviendo llegado en otra ocaſion à un Convento de la Orden, y hallado juntos en un lugar algunos Religioſos, ſe arrodillò delante de uno de ellos

para besarle la mano, pareciendole que fuesse el Superior; mas èste lo despidiò de sì con el mayor desprecio, hasta llamarle el vituperio, è ignominia del Hábito, que vestìa. Oyò Aparicio la afrenta con alegre semblante, y inclinando la cabeza se fuè à poner en oracion ante el Altar mayor, y dar gracias à aquel Señor, que se complacìa de hacerle partícipe de la dulzura mas apetecida de los espíritus humillados. Preguntò uno de los Religiosos circunstantes al calumniador el motivo de haver tratado tan mal à aquel Hermano, y haviendole respondido èste: que el vèr, que andaba tan roto, y desaseado, repuso aquel: que siendo essa la causa, no era mucho se huviesse manifestado tan alegre en su desprecio el que à sus ojos, aun de que le tuviessen por hombre, no era digno.

Llegò otra vez à la Casa de Alonso Redondo con una grande herida en una pierna, y vertiendo de ella mucha sangre. La muger, que le viò de aquella suerte, quiso aplicarle algun remedio; mas huyendo èl el contacto de sus manos, en obsequio, assi de lo heroico de su pureza, como de su humildad, agradeciendo el buen deseo, que indicaba, separò de sì el peligro, diciendole: *Carnes de perro como las mias no tienen necessidad de delicadeza:* y librando su alivio en las manos del Todo Poderoso, de solas ellas tuvo el remedio eficaz de su accidente.

Si obraba algunas maravillas, como sanar enfermos, ahuyentar tempestades, ù otras semejantes, se humillaba, y envilecìa con tal eficacia, que casi dexaba desvanecidos de la creencia de su verdad à los mismos que las miraban. Mas quando eran tan

vi-

visibles los prodigios, que los celebraban abiertamente por milagros, les reprehendìa, diciendoles: *No digais milagro, que Dios no los havìa de hacer por un hombre como yo*: atribuyendolos entonces ò al Rosario de la Santissima Virgen, que llevaba en las manos, ò à la Cuerda de N. Padre S. Francisco, que les aplicaba; ordenandoles, que diessen las gracias, y glorificassen à Dios, Author de toda bondad; que èl por su parte, no era capaz de hacer cosa buena.

Quando oìa, que alguno se ensobervecìa, ò que se quexaba de no ser estimado, como le parecìa correspondiente à su mèrito; llegandose à èl, le decìa: *¿De què te ensoberveces polvo, y ceniza?* Y si se trataba en su presencia de linages esclarecidos, haciendo vanidad de la nobleza de la ascendencia, volvìa al punto la espalda, diciendo à los concurrentes: *Yo nacì de la tierra, y no sé mas.*



CAPI-

CAPITULO XI.

De su admirable Paciencia, y Mansedumbre.



O serìa suficiente menos profunda basa, que la de su humildad, para sustentar la elevacion de la mansedumbre, y paciencia de Sebastian. Apenas daba passo en el camino de la virtud, en que no se le ofreciesse un impedimento, capaz de detener el curso à una menos heroica perfeccion. Assi su espíritu, como su cuerpo fueron el blanco à que, casi sin intermission, assestaron sus tiros las enfermedades, las persecuciones, los trabajos, y las maledicencias; pero interponiendo à todo el escudo de su paciencia, la misma fortaleza, con que los repelìa, servìa de acreditar aquella de inalterable. Descargò sobre Aparicio el abysmo todas sus furias, assi por medio del terror de sus espantosas figuras, è inhumanidad de sus cruelíssimos golpes, como por el de la sugestion de los estraños, que le ayudassen à llevar al cabo los intentos de su malicia; pero de nada mas le sirvieron sus astucias, que de reanimar la generosidad de su tolerancia en padecer.

Jamàs se le oyò quexar en medio de los dolores, que continuamente le atormentaban, ni diò otra alguna seña, que desdixesse de su heroica pacien-

ciencia en cada uno de los penosos exercicios de su vida. Solo el de Carretero, que continuò por tantos años, expuesto à los trabajos, enfermedades, hambres, y desabios, lo mas del tiempo sin compañìa por los caminos, montes, torrentes, cenegales, y despoblados, con el semblante siempre alegre, y tan distante de prorrumpir una sola palabra descompuesta, como si estuviesse en èl extinguida del todo la irascible, bastaba para numerarlo entre los primeros, à quienes colocò la paciencia en la classe del heroismo.

Haviendo llegado à México en una ocasion, siendo aun Secular, con la quadrilla de sus Carretas cargadas de plata del Real de Minas de Zacatecas, una de las que iban por delante se acercò tanto en la Plaza mayor à un puesto de loza de la tierra, que quebrò gran parte de ella. Indignado de esto el dueño, se dirigiò à Aparicio (que iba detràs de la última) y comenzò à llenarle de improperios. Suplicòle èste le perdonasse, haciendole presente con su regular mansedumbre, no haver estado en su arbitrio lo sucedido. No fuè esto suficiente para que dexasse el Lozero de oprobriarle; antes bien prosiguiendo en seguimiento suyo por la Calle de San Francisco, llegaron las injurias hasta los términos de amenazarle de quitarle la vida.

Procuraba Aparicio sossegarlo con ofrecerle la paga del daño recibido; mas atropellando aquel por sus satisfacciones, siguiendolo hasta salir al despoblado, sacò la espada, y le acometiò, acompañando el golpe con mayores improperios, è injuriosas razones.

Apeòse entonces Aparicio, y tirando de la suya,

ſuya, à pocos lances le diò una cuchillada, que lo traxo à ſus pies, y poniendole uno de ellos ſobre el pecho, le dixo: *Hombre ſobervio, ¿podreos matar, pues os tengo ſujeto, y ſin fuerzas para que os defendais?* Conociò el imprudente caido ſu verdad; y confeſſando el todo de ſus exceſſos, le pidiò por amor de Dios le perdonaſſe. Hízolo aſſi Aparicio; y mucho mas, en que ſiendo tan proporcionado el lance para excitar ſu colera, aſſeguraba deſpues de profeſſo à los Religioſos, no haver procedido en èl con enojo, ni experimentado alguna mocion notable de ſu ira.

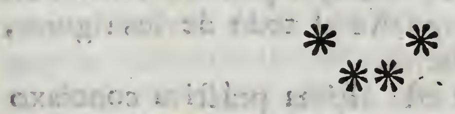
Eſta ſu admirable apacibilidad, y manſedumbre lo havian hecho tan ſuperior à las comunes adverſidades, que ninguna era capaz de inquietar ſu ánimo con la mas leve turbacion. Haviendo llegado en una ocaſion al Convento de Santa Bárbara de la Puebla, y dexado à ſu puerta el Caballo, en que ſolìa andar, à cauſa, aſſi de ſu vejez, como de ſus achaques, ſe lo hurtaron; y dandole noticia del ſuceſſo, no hizo otra demoſtracion, que decir con una gran paz, y ſerenidad de ánimo: *Dexadlo, que èl lo volverà*. Y aſſi ſe verificò, reſtituyendoſelo deſpues de algunos dias, ſin la menor leſion ni menoſcabo.

Aun es mas digna de admirar ſu manſedumbre en el ſiguiente caſo. Encerròle los Bueyes de ſus Carretas un Labrador, alegando ſer ellos los que le havian hecho cierto daño en ſus ſembrados. Aparicio que lo ſupo, ocurriò luego à ſolicitar por medio de ſus humildes ruegos ſu libertad: mas viendo, que inſiſtìa el Labrador en recargar à ſus Bueyes el daño padecido, concluyò ſu manſedumbre la pretenſion con eſte pacto: *Si os han hecho daño los Bue-*

yes, ſoltadlos, que vayan à comer, y encerradme à mi por ellos.

Pero lo que diò el mas bello reſalte à ſu heroica manſedumbre, fuè el haverſe manifeſtado tan fecunda, que de ſu corazon ſe propagaba aun à los mas obſtinados de los eſtraños. Aſsi lo admirò la Puebla, à mas de algunas otras ocaſiones, en dos nobles familias, cuyos odios havian llegado ya à los últimos términos del eſcándalo. Noticioſo Aparicio del infeliz eſtado de una y otra, ſe les preſentò con las armas de ſu angelical manſedumbre, explicada con la dulzura de ſuaviſsimas palabras, con las que no ſolo mitigò los corazones, apagando el incendio; ſino que convirtiò el fuego de ſus odios, en los ardores de una mutua, y conſtante charidad.

A los Indios (cuya embriaguez havìa obſervado el Siervo de Dios, tenìa por comun excito el llegar à las manos en las calles públicas, y caminos) ſe acercaba, y con mucha paz, y amor los apartaba, y hacìa amigos. Y ſi ſe les ofrecìa ocaſion de volver à la riña, era tal el reſpeto, y veneracion, con que le atendian, que aun en medio de ſu embriaguez ſe decìa el uno al otro: *Agradeced, que el Santo de San Franciſco ha hecho las amiſtades, y nos mandò, que no riñeſſemos; que ſi no, vos me la pagariais.*



CAPITULO XII.

De su austéra Penitencia.



QUELLAS primeras luces con que comenzò Aparicio à discernir el bien del mal, fueron tambien las que encendieron en èl aquel espíritu de austeridad, y penitencia, con que empezò à castigar su cuerpo quando aun apenas daba señas del desorden comun de las passiones à que havìa nacido sujeto por el pecado. Solo porque conociò, que era de carne, se manejò con èl con la dureza, con que se porta el mas desapiadado Amo con el Esclavo mas rebelde; no concediendole ni la mas momentanea recreacion, ni el mas ligero alivio. Aun el precisso del sueño fuè tan escaso, y tan circunstanciado, que en vez de interrumpir las fatigas del dia, hacìa las veces de un mal disimulado, y nuevo tormento: porque ò le tomaba à Caballo arrimado à una hasta, y solo por el espacio, como hemos dicho, que tardaba aquel en moverse; ò sobre una ruda estera, ò piel de Toro; ò en la tierra desnuda, y expuesto al todo de los rigores, è inclemencias del campo.

De resultas de esta última práctica contraxo una enfermedad tan peligrosa, despues de haver fallecido sus dos mugeres, que le llegò à poner à las

puer-

puertas de la muerte. Considerabase solo, y en tal estado: lo que le obligò à ocurrir à la piedad de uno de sus amigos, quien no sólo lo recibiò en su Casa con charidad christiana; sino que le dispuso lecho proporcionado à su necessidad. Agradeciò Aparicio sus esmeros; pero ni las instancias del charitativo Bienhechor, ni las del Médico, con las de quantos conocian la gravedad de su peligro, fueron bastantes à que admitiesse el obsequio del lecho prevenido, pidiendo por favor le dexassen continuar el de una estera; y como si el rigor le sirviesse de antídoto, dentro de no mucho tiempo se hallò sano.

Déspues de Religioso, no solo renunciò aquella pobre cama, que permite el estado, sino aun la commodidad misma de la Celda. Su comun retirada por las noches, quando estaba en el Convento, era ò las Azoteas, y Corredores, ò la Huerta; y andando por el campo, una de sus Carretas. Baxo una de ellas se hallaba una noche, haviendo parado en la Estancia de Domingo Perez su especial amigo, y desatandose la mas copiosa lluvia, fueron tales las instancias, que èste le hizo, que le obligaron à retirarse à un quarto de la Hacienda; mas luego que se viò libre de la presencia de su charitativo Bienhechor, no siendole possible à su fervor omitir una tan oportuna ocasion de padecer, se salio de la pieza, y arrimado à las paredes de la misma, se mantuvo assi toda la noche recibiendo sobre sì el agua, que con el mayor ímpetu despedian sus canales. El dicho Perez, que le encontrò al amanecer en aquel lugar, cubierto de la nieve, en que la agua se havia congelado, y rezando el Rosario, haviendo vuelto del assombro, que le causó tan estraño espectáculo, le suplicò se

retirasse à la Casa à repararse de los rigores del frio de la noche; à que respondiò Aparicio con suma paz: *No tengo frio; antes sì al contrario, me siento mui acalorado.*

Caminando una vez con algunos otros Compañeros, que le havìa ofrecido la casualidad, y haviendo tambien comenzado à llover, procuraron todos libertarse del daño con retirarse baxo de sus Carretas, suplicando à Aparicio hiciesse lo mismo, como en otras ocasiones, y sin tan urgente motivo sabian lo acostumbraba; mas èl se mantuvo gozoso expuesto à todo el rigor del aguasero. Atónitos los demàs, le preguntaron, ¿porque no procuraba evitar un tan manifiesto peligro de su salud? A que diò por respuesta estas palabras: *Buen Dios tenemos, que todo lo suple.*

No es menos admirable el caso que se sigue. Hallandose, y gravemente indispuesto, en la Enfermerìa del Convento de la Puebla, se saliò una noche à un Portalillo de la misma, y despues de acostado en èl con los ojos clavados en el Cielo, sintiò, que ya à deshoras comenzaba à caer un copioso aguasero; y teniendo cerrado con su cuerpo el conducto por donde debìa desaguar aquel lugar, logrò tan à satisfaccion de su espíritu la mortificacion que le proporcionaba la Providencia, que se hallaba casi nadando, quando entrò el Enfermero, ya con la agua à media pierna, à recoger una poca de ropa, que se havìa dexado olvidada alli la tarde antecedente: al ir à practicar la diligencia se tropezò con Aparicio; y advirtiendo èste, que se havìa asustado, le dixo al punto para sossegarlo: *Yo soy, ¿què quereis?* Volviò en sì el Enfermero del susto concebido,

do, y piadosamente enojado le reprehendiò diciendole: si no advertìa, que estaba lloviendo, y el mucho daño, que de mojarse le podrìa resultar. *Si advierto*, le respondiò el Venerable, *mas en mi vida he estado mas à mi placer, que ahora.*

No dispensó Aparicio, como mas aptos para el exercicio de su santa crueldad, los rigores del fuego. Compadecidos sus devotos de su vejez, del escaso abrigo de su Hábito, y de lo notablemente atenuado de su cuerpo, lo precissaban en el Invierno à que tomasse algun alivio con calentarse à la lumbre, que para este efecto le prevenian; mas èl arbitrò el modo de duplicarse por aquel mismo medio la mortificacion. Acercábase tanto al fuego, que se abrasaba, y despues de ablandadas sus carnes à la violencia del mismo ardor, se comenzaba à abrir largas, y profundas heridas con las uñas, hasta derramar sangre en abundancia: martyrio, que à mas de haver dexado absorto à Joseph Padilla en una ocasion, que logrò verlo, repetìa como mas activo el fuego que abrasaba su interior, siempre que se le ofrecìa la coyuntura.

Su imponderable deseo de padecer consultò quanto le fuè possible à no dexar sin alguna particular satisfaccion cada una de las partes de su cuerpo. Andaba siempre con la cabeza descubierta al Sol, al ayre, al agua, al frio, y con los pies las mas veces totalmente descalzos, por lo que los traìa continuamente llagados, corriendo sangre, y llenos de grietas. Solian ser èstas tan notables, que su dolor le llegaba à poner en términos de no poder dar passo, y entonces suplicaba por amor de Dios à algun Zapatero se las cosiesse con la alesna; ò con ahuja,

è

è hilo à alguna otra perſona: añadiendo eſte nuevo tormento à los que padecìa.

Para herirſe los pechos uſaba ſiempre de una piedra, de la continuacion de cuyos recios polpes ſe le hizo una profunda llaga, à que ſiguiò un grueſſo cayo, cuya dureza le hacìa redoblar tambien la fuerza del impulſo; tanto, que ſe viò preciſſado à valerſe de una bilma de eſtopas, que contuvieſſe la ſangre, en que continuamente prorrumpìa. Jamàs ſe deſpojaba de un áſpero cilicio, con que traìa ceñida la cintura, el que ſe le llegò à introducir deſuerte en la carne, que fuè neceſſario uſar de alguna violencia, para haver de deſprenderle de ella deſpues de muerto.

Sus diſciplinas eran tan rigoroſas, que tenian ſiempre por efecto derramar mucha ſangre, tratandoſe con la crueldad, con que no lo harìa tal vez ſu mayor enemigo. Eſto, que experimentaban con edificacion los Religioſos en el Choro, viò en cierta ocaſion, caminando de la Ciudad de Tepeaca para la de la Puebla, Pedro Martinez. Diviſó èſte al Venerable ſaliendo de una Hermita de Santiago, que eſtaba cerca del camino; y eſperando que ſe le acercaſſe, obſervò con aſſombro, que traìa bañado el roſtro de reſplandores, la diſciplina pendiente de la Cuerda, y mui enſangrentada, y todo el cuerpo tan anegado en ſangre, que deſcendiendo por los pies à la tierra, iba eſtampando en ella las huellas con la abundancia de la que iba derramando.

Al todo de eſtos rigores añadìa el penoſiſſimo, è inſufrible, aſſi de arrojarſe à los Eſtanques, y Rios elados por las mañanas, antes que deshicieſſe el Sol el hielo, como el de lavar en ſus miſmas aguas el Hábito, ò mas freqüentemente en las de un Batàn,

tàn, y volverſele à poner luego, aſſi mojado. Y quando à viſta de tanta rigidez le preguntaban algunas perſonas, ¿porquè maltrataba de aquel modo ſu cuerpo, ſiendo tan viejo? reſpondìa eſtas breves palabras: *Por embocar en el Cielo*, que no dudo hagan temblar à los que las leyeren, como à mi me hàn llenado de la mas inexplicable confuſion al eſcribirlas.

CAPITULO XIII.

De ſu admirable Abſtinencia.



ODA la robuſtez de las rigoroſas penitencias de Sebaſtiàn ſe alimentaba de la rigidez de ſu abſtinencia, y de ſu ayuno; comenzando à eſcaſearſe el alimento deſde que diò principio à ſu maceracion. Para arreglar ſu abſtinencia conforme al méthodo de ſus fervores, la reduxo à los preciſſos términos de un ſolo ayuno, que continuò por el dilatado eſpacio de noventa años. De Secular, y quando ya las facultades le podian proporcionar mayor regalo, eſtimò como tal unas quantas tortillas de maìz, condimentadas con la ſalza de unos chiles, ò pimientos, à que ſolìa agregar un poco de Baca en los dias feſtivos, como dexamos dicho en otra parte; ſin uſar de otra be-

bebida, que de sola agua, ni que fuessen bastantes à alterar esta pragmática, ò las fatigas del penoso exercicio de las Carretas, ò el igualmente personal de la agricultura.

Mas haviendo professado el estado Religioso, tratò de reducir à mas estrechos límites aquella su abstinencia, que aun en los Anacoretas mas austèros serìa admirable. Jamàs volviò à gustar, no solo carne, ni pescado; pero ni otra alguna cosa guisada, à reserva de quando estaba gravemente enfermo, que se vencia à tomar una taza de caldo. Comìa una sola vez al dia unas quantas tortillas con la ya referida salsa, ò pan mojado en agua, quando ya le llegaron à faltar los dientes: y assi, si llegaba al Convento en ocasion, en que entraba la Comunidad al Refectorio, acudiendo al acto de obediencia, reservaba el pan para sì, y guardaba lo demàs para el pobre Indio, que le acompañaba en el trabajo de las Carretas.

No era lo mas admirable de su continuo ayuno la cortedad del sustento, que permitìa à su atenuado cuerpo; sino que aun aquel mismo se lo solìa dilatar, passandosele dos dias sin comer, unas veces por mortificarse voluntariamente, y otras porque no tenia què, ni hacìa diligencia alguna para adquirirlo; bien que en otras, como dexamos dicho, acudìa el Cielo à su remedio, como lo atendìa tambien con la bebida, proveyendole del vino, de que instado de sus continuos achaques se viò necessitado à usar con la debida moderacion, en su vejez.

Al ver algunos la escasez, con que se alimentaba un hombre tan robusto, y corpulento, llegaron à persuadirse à que vivia sobrenaturalmente. Otros

Otros ſolian inſtarle comieſſe mas, por parecerles, que con tan poco alimento era del todo impoſſible ſuſtentarſe; à los quales reſpondìa: *Hermanos, yo quando como, ſiempre he de quedar con neceſſidad, que no ſe le ha de dar al cuerpo todo lo que pide, porque luego ſe quiere alzar à mayores, como Potro cerrero.*

Llegò una vez à Caſa de Franciſco Roldan, Labrador de Huexotzinco, y ſabiendo èſte los graves, y continuos achaques, acompañados de la comun neceſſidad del Venerable, diò orden de que ſe le aderezaſſe un Pollo, mezclando con èl algunas ſopas, para que lo pudieſſe comer, y de aquella ſuerte condimentado ſe lo ſirvieron à la meſa. Aparicio, que ſe viò tan charitativa, como regaladamente aſſiſtido, tomò una ſopa, y haviendola probado, dixo: *Mui bueno eſtà eſto.* Proſeguìa à tomar la ſegunda; mas dexandola caer al punto, apartò el plato. Inſtabale Roldan con muchos ruegos, que pues eſtaba bueno, proſiguieſſe à comerlo; à los ruegos ſiguieron las porfias; pero nada baſtò para que volvieſſe à probarlo; concluyendo ſu repulſa con decir: *No puedo yo ir con eſto al Cielo, que es mucho regalo.*

Eſtando ya immediato à ſu muerte, ſe le acercò ſu Confeſſor el P. Fr. Franciſco Garrido con una Viſcotela con Vino, pidiendole, que la tomaſſe para dar con ella algun fomento à ſu naturaleza; mas mirandolo atentamente el Venerable, le dixo: *Hermano, yo os agradezco la charidad, que me haceis; pero adviertoos, que los Frayles no han de comer manjares delicados para embocar en el Cielo:* à que añadiò luego en mal concertado Latin eſtas palabras: *Agite pœnitentiam.* Y preguntandole, ¿que

donde

donde havìa aprendido aquel Latin? reſpondiò: *En el Libro del Miſſal lo he oìdo.*

CAPITULO XIV.

De ſu extremada Pobreza.



NO conſiſte el ſer pobre en no tener quando ſe puede; ſino en no dexarſe apriſſionar el corazon de lo que ſe tiene. En medio de las riquezas, que en fuerza de ſu trabajo perſonal llegò à congregar Aparicio en el ſiglo, ſiempre fuè pobre: y la prueba mas evidente de eſta verdad es el uſo, que hacìa (y de que hemos dado ſuficiente noticia, aſſi en èſte, como en el Libro antecedente) de ſus miſmas riquezas. No ſerìa de lo mas díficil el cálculo de lo que de ellas utilizò en todo el tiempo de ſu manejo: con acordarnos preciſſamente de ſu meſa, de ſu lecho, y de ſu veſtido, tendriamos lo ſuficiente para formar el cómputo. A unas quantas tortillas de maiz, un ordinario paño, y un petate, ò eſtera ſe reducian las utilidades, que de ſus facultades desfrutaba Aparicio el Rico; porque ſolo aſpirò à ſerlo para los pobres. De ellos era el caudal, que le adquiriò (entre quantos tenian noticia de èl) aquel renombre, deducidas las expenſas de lo que dexamos dicho gaſtaba para sì.

Y

y en ſu perſona. De ſuerte, que diſtinguiendoſe de aquellos ſolo en que no pedìa, les excedìa en la pobreza de ſu eſpíritu, pues le cauſaba inquietud aun el tener que dar, temeroſo ſiempre del rieſgo à que ſuele exponer en el mundo, no ſolo el eſplendor de las riquezas, ſino aun ſus humos.

Libertòſe finalmente de ſus peligros, y con la generoſidad, que dexamos dicha en el Capítulo X. del Libro I. abrazando con tal anſia la pobreza en la Religion, que deſde luego ſe hizo uno de los exemplares mas diſtinguidos de ella. Proveìale el Prelado de aquel pobre Hábito de que veſtìa el comun de los Religioſos; y como ſi tambien gaſtara ſus melindres la auſteridad, no contento con èl, no deſcanſaba haſta haverlo trocado por el mas roto, y viejo, que en otro veìa.

Preſentòſe con uno nuevo (ſin duda porque no ſe le havìa proporcionado ocaſion de efectuar aquel ſu comercio) ante el R. P. Fr. Juan de Santa Anna, quien como acoſtumbrado à verle andar ſiempre roto, le dixo manifeſtando ſu eſtrañez: *¡Buen Hábito trahe Aparicio!* A que repuſo el Venerable: *Y como que es bueno, que me lo diò un Santo:* y preguntandole aquel ¿quien fueſſe el Santo, que ſe lo havìa dado? reſpondiò: *Eſſe Guardian de Tlaxcala Fr. Diego de Mercado, que es gran Santo: y ſabed, que los Angeles le vienen à dar múſica.* Dando con eſto lugar à ſu veneracion, ſin que ſe preſumieſſe menoſcabo en la rigidez de la práctica de ſu pobreza. Las mas veces andaba ſin Manto, ni Sombrero; porque lo comun era dar uno y otro à los pobres, que encontraba por las calles, y los caminos, ſin reparar aun en la miſma Cuerda, con que

iba ceñido, si acaso se la pedìa la necessidad, ò se la arrebataba la devocion.

El caminar freqüentemente con los pies descalzos era, no solo por consultar à su mayor mortificacion; sino tambien por escusar al Convento el gasto, que pudiera tener en su pobre calzado; y si acaso llegaba à lo sumo su necessidad, lo que hacìa era ir à la Sacristìa, y de los deshechos de los que usaban los Sacerdotes para salir à decir Missa, tomaba un par, que solìa ser de uno blanco, y otro negro. Y preguntandole en una ocasion un Religioso, que lo viò calzado de aquel modo, ¿que porquè no procuraba emmendar aquella ridiculez? le respondiò: *Hermano, unos calzan como quieren, y yo como puedo.*

Jamàs tuvo Celda deputada para su habitacion, recogiendose à quebrantar el sueño assi vestido como estaba, en el primer rincon, que hallaba desocupado en el Convento. Despues que entrò à exercer el oficio de Limosnero, siempre durmiò en el suelo debaxo de una de sus Carretas, assi quando andaba por el campo, como en el Corral donde las acomodaba quando volvìa al mismo Convento con la limosna.

Ni la mas peligrosa enfermedad bastò para que admitiesse el alivio de un colchon, sàbanas, nì camisa; confirmando aun en aquel estado la verdad de la respuesta, que diò al que le preguntò en cierta ocasion, ¿porquè usaba del rigor de dormir en el suelo? *Para mi*, dixo, *basta el Manto, y la tierra, què ocupa el cuerpo.* Dexandose penetrar tanto mas de este dictamen, quanto mas se acercaba à los últimos instantes de su vida.

CAPI-

CAPITULO XV.

De ſu heroica Reſignacion, y Obediencia.



OMO aquel primer paſſo, que diò la reſignacion de Aparicio en la Religion (de que dimos noticia en el Capìtulo XIII. del Libro I.) lo convirtiò deſpues en vuelo, con que ſupo elevarſe ſu obediencia haſta la mayor ſublimidad del heroiſmo, de que hallarà el Lector ſuperabundantes pruebas en todo el demàs reſto de dicho Libro, me pareciò preciſſo, para formar el texido del preſente Capítulo, exponer ſolamente las que probaron en cada una de ſus execuciones un milagro.

Llegò una vez el Santo Viejo al Convento de la Puebla con ſus Carretas cargadas de madera del monte de Tlaxcala, haviendoſele quebrado à la una de ellas el exe, y la clavija en el camino; y lo miſmo fue acabar de deſcarlas, que recibir nuevo òrden del Guardian de paſſar à Tepeaca, Lugar ſeis leguas diſtante de la dicha Ciudad, à conducir la limoſna de veinte y cinco fanegas de maiz. Maniteſtòle Aparicio la prontitud de ſu ánimo en obedecer; pero al miſmo tiempo la impoſſibilidad de poder hacer el viage por el motivo referido. Mas inſiſtiendo el Guardian en ſu precepto, añadiò, que ſin

mas

mas réplica, ni repreſentacion ſe puſiera en camino. No hizo otra coſa la humildad, y reſignacion del Venerable, que decir: *Alto con la bendicion de Dios*; y recibiendo la del Prelado, ſe partiò con las miſmas Carretas por entre las peligroſas, y profundas barrancas en las ſeis leguas, que diſtan uno de otro Lugar, y en que aun las mas bien diſpueſtas ſuelen perecer; ſatisfaciendo ſu obediencia al precepto intimado en el eſpacio preciſſo de tres dias, que gaſtò en ir, y volver con una y otra cargadas de la limoſna del dicho maiz. Diego Barreda, que aun antes que emprendieſſe Aparicio el viage de Tepeaca havìa admirado anduvieſſe la Carreta algunas leguas con el exe quebrado, ſobrecogido de nuevo del aſſombro à viſta de lo circunſtanciado del ſuceſſo, no hacìa otra coſa, que exclamar delante del Venerable, ¡que como podìa ſer aquello poſſible! à que reſpondiò èſte con ſu acoſtumbrada ſinceridad: *¿Què hemos de decir, ſino que mi Padre S. Franciſco và teniendo la rueda para que no ſe ſalga?*

Hallabaſe preciſſada ſu obediencia en otra ocaſion à llevar la limoſna al Convento de la Puebla en una mal abiada Carreta, y con dos ſolos Bueyes; y haviendo llegado à la barranca de Tulzinco, una legua diſtante de la miſma Ciudad, ſe encontrò en ella con Thomàs Sanchez, vecino, y Theniente de Governador de la Ciudad de Tlaxcala, quien le hizo preſente la impoſſibilidad de atraveſar aun à Caballo dicha barranca, por los rieſgos que ofrecìa, aſſi en ſu baxada, como en la ſubida. El Venerable, que conocìa mui bien la verdad de lo que el referido Sanchez le decìa, le reſpondiò: *Cuya es la limoſna ſacarà la Carreta.* Y en efecto, proſiguiendo aquel

à

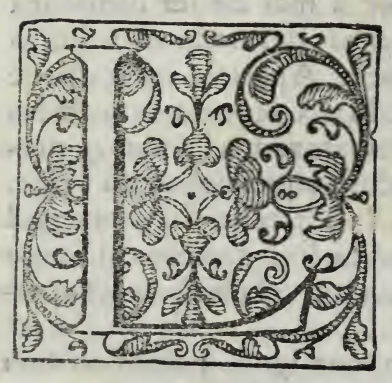
à baxar poco à poco, y à pie, dentro de breve rato ſe volviò à vèr aquella, y la diviſó ya de la otra parte en lo alto de la barranca, ſin que huvieſſe padecido el menor detrimento.

Lo miſmo preſenciò Alonſo de Cárdenas en la de Quautzatzaloyan, que à mas de ſer dificílima de paſſar, ſe le impoſſibilitaba del todo el tránſito à una Carreta, que conducìa Aparicio cargada de leña, por haverſele quebrado à Cárdenas otra de las ſuyas, con la que tenìa embarazado el único, y preciſſo camino, para que pudiſſe aquel ſeguir ſu viage. Mas quando èl ſe daba priſſa à habilitarlo para aquel efecto, viò no ſolo la Carreta; ſino tambien al Santo Hombre à Caballo, que havian volado à la otra parte de la dicha barranca.

Caminaba otro dia con igual preciſſion con ſu Carreta cargada de ſemillas al miſmo Convento; y debiendo paſſar un arroyo, à quien las muchas lluvias, que havian caido havian hecho de lo mas abundante, è impetuoſo ſu corriente, al eſtar ya en ſu puente, cejando à un lado los Bueyes dieron con la Carreta dentro del agua. Aparicio, que conociò el peligro, encomendando el excito al Apoſtol Santiago, fuè ſiguiendo la Carreta como ſi caminara por tierra llana, por donde la llevaba la rapidez del dicho arroyo; haſta que haviendo encontrado vado à própoſito para encaminar los Bueyes, la ſacaron à tierra ſin leſſion, no ſolo de ellos, ni de la Carreta; mas ni de las ſemillas, que conducian. Baſtan entre otros muchos los prodigios expueſtos de la obediencia de Aparicio, para formar idèa de lo heroico de ſu práctica.

CAPITULO XVI.

De ſu virginal Pureza.



A mencion eſpecial, que dexamos hecha en los Capítulos II, III, y VIII. del primer Libro, y VI. de eſte ſegundo de las pruebas aſſombroſas, que diò de eſta virtud en el eſpacio de ſetenta y dos años, que viviò en el ſiglo, capaces de acreditarlo de un Angel humanado, y que confirmò deſpues con cada una de las auſteríſſimas prácticas de ſu vida religioſa; parece nos deberìa retraher la pluma del aſſunto del preſente Capítulo, ſobrando materia en los ya citados para el comun aſſombro; pero creimos no llevarian à mal los Lectores continuaſſemos la noticia de los eſmeros, con que ſe manejò en orden à la pureza aun en los últimos años de ſu vida, por lo que puede contribuir, aſſi à ſu admiracion, como à ſu exemplo.

Hablando en una ocaſion con el R. P. Fr. Juan de Santa Anna de las dos Eſpoſas, que havìa tenido, le dixo: *Que por la bondad de Dios no ſe havìa acercado à ellas*, à que añadiò, indicando ſu confianza en la miſma Bondad: *que aunque durmieſſe entre cien doncellas, por ningun modo violarìa ſu caſtidad.* Mas en medio de la aſſiſtencia de

la

la gracia, que le miniſtraba tan heroica confianza, era de lo mas eſtable ſu vigilancia en huir aun los peligros mas remotos de ofender el candor de ſu amada pureza. Aun el nombre preciſſamente de mugeres le eſpantaba, y aſſi ponìa el mayor cuidado en no mirarlas, ni converſar con ellas. En ninguna Caſa entraba con mayor repugnancia, que en aquella, en que las havìa. En qualquier lugar que ſe hallaſſe tenìa ſiempre cuidado de huir ſu immediacion, y compañìa; tanto, que ſi eſtando orando en la Igleſia ſe le acercaba alguna, ſe ſeparaba al punto de aquel lugar, encaminandoſe à otro con la priſſa, que le era mas poſſible, de rodillas.

Con el motivo de recoger la limoſna, que le franqueaba la piedad de Bartholomè Arriola, freqüentaba ſu Caſa; y ſin embargo de haverle cogido en ella à veces la noche, jamàs fuè dable conſeguir el que ſubieſſe, quedandoſe en el Patio por huir la compañìa de las mugeres. Con el miſmo motivo llegò una vez à Caſa de Pedro Anzures, atormentado de un graviſſimo dolor. Una charitativa Señora, que le viò ſentado à la puerta, y que advirtiò las mortales anſias, que padecìa, le ſuplicò, que entraſſe, y ſe dexaſſe aplicar unos paños calientes, ofreciendoſe à executar por sì miſma eſta piadoſa accion. Pero ni la vehemencia del mal, ni la imminencia del peligro de ſu vida fueron baſtantes à dexarſe tocar, en obſequio de ſu pureza, de la mano de una muger: ſatisfaciendo la piedad de aquella, y ocurriendo à la propria neceſſidad con retirarſe à un rincon à aplicarſe por sì miſmo aquel remedio.

Los eſmeros, con que ſe manejaba en orden à la guarda de eſta virtud, le hacian de lo mas zeloſo

loſo por ſu obſervancia en los demàs. En prueba de lo qual referirèmos ahora un ſuceſſo acaecido en el tiempo, en que veſtido del Habito de Donado ſervìa à las Religioſas de Santa Clara. Noticioſo de la inhoneſta pretenſion, con que inquietaba à una Doncella ſu vecina cierto Joven, acercandoſe à èſte, le dixo: *Hermano, por charidad te ruego, que ſeas caſto, y limpio en tus palabras; que el Chriſtiano, no ſolo debe ſerlo en las obras; ſino tambien en lo que dice, y pienſa.* No fuè baſtante eſta reconvencion para que deſiſtieſſe por entonces el Mancebo de ſus torpes intentos; mas haviendo querido Dios, que no quedaſſen fruſtrados los deſeos de ſu Siervo Aparicio, hizo que percibieſſe en otra ocaſion con los ojos corporales al Demonio, que aſido de la garganta de aquel pertinaz ciego hacìa ademanes de quererle ahogar; y corriendo à èl entonces el Zelador de la pureza, le dixo: *Hombre perdido, tu no quieres poner emmienda en tu vida; y aſſi porque perſeveras en tu mal própoſito, quiere Dios que pagues con infamia tu culpa: por eſſo miro al Demonio, que ya te tiene aſido de la garganta para ahogarte; pero ſi te emmiendas tendrà Dios miſericordia de ti.* Y con efecto el trueno de eſta voz le deſpertò del letargo, en que le tenìa ſumergido ſu torpeza, y hizo retroceder del peligroſo camino de ſu perdicion.

Siempre que ſe le ofrecìa oportunidad, aconſejaba à los demàs Religioſos huyeſſen de la compañìa, y trato con mugeres, con el motivo de que aunque podìa ſer bueno, era ſiempre arrieſgado. Y aſſi le ſucediò una vez, que yendo acompañado de uno recien profeſſo, eſtimulado èſte de la hambre,

por

por ser ya tarde, se adelantò al buen Viejo; y haviendo llegado à la Casa, ò Rancho de un Bienhechor, pidiò le socorriesse en su necessidad: hallòlo despues Aparicio comiendo en compañìa de las mugeres de la Casa, y santamente airado lo reprehendiò diciendo: *Aun à los mui viejos no se les concede essa licencia; porque mas vale morir de hambre, que comer entre mugeres; pues lo uno se passa, y padece por amor de Dios, y en lo otro se dà ocasion al Demonio.*

Ninguna de estas, al parecer, delicadezas, de su ardentíssimo amor à la pureza estuvieron por demàs, para tener la gloria de responder, ya cercano à la muerte, à Fr. Mathèo de Cervàntes, que le preguntò, ¿si morìa virgen, haviendo sido dos veces casado? estas palabras, con què pondrèmos fin al segundo Libro, y con que reanimò los motivos à nuestro assombro: *Para gloria de Dios acabo el último dia de mi vida como el primero, en que nacì, no haviendo conocido jamàs muger.*



2 LIBRO


INRI

LIBRO TERCERO
DE LA VIDA PRODIGIOSA
DEL VENERABLE SIERVO DE DIOS
F. SEBASTIAN DE APARICIO
RELIGIOSO LEGO DE LA REGULAR Obſervancia de N. S. P. S. Franciſco.

CAPITULO I.

De los éxtaſis, y raptos maravilloſos del Siervo de Dios Aparicio.



QUELLA UNION CON Dios, à que aſpiraba Sebaſtian con la práctica heroica de las virtudes, que ya dexamos referidas, animadas todas de la mas ardiente charidad, en que continuamente andaba abraſado, logrò hacerſe el objeto de las Divinas complacencias, haſta la comunicacion del Sumo Bien, de que era capaz ſu eſpíritu, aun hallandoſe reveſtido de la groſerìa de la carne. Eſto es lo que hace el Altíſſimo con ſus mas favorecidos por medio de ſus éxtaſis, y

y ſus raptos. Y en prueba de ſer uno de los mas diſtinguidos de eſte número Aparicio, referirèmos entre muchos de aquellos relevantes beneficios, que como tal desfrutò, preciſſamente los mas notables.

Hallabaſe un dia de fieſta el Venerable unciendo ſus Bueyes cerca de un camino real, que và para la Puebla. Las gentes, que paſſaban à oìr Miſſa, y que lo vieron trabajar en ſemejante dia, no ſolo murmuraron lo eſtraño de la empreſſa; ſino que eſcandalizadas las mas de ellas, propuſieron reprehenderle à ſu vuelta la tranſgreſſion. Con eſte dictamen ſe acercaron à ſu regreſſo à aquel lugar, en que le havian dexado, y con aſſombro de todos le hallaron elevado un codo de la tierra, eſtendidos en Cruz los brazos, fixos los ojos en el Cielo, y pendiente el Roſario de una mano. Mantuvieronſe largo tiempo átonitos, y edificados aguardando el fin del eſpectáculo; haſta que volviendo en sì, y viendoſe rodeado de los aſſombrados, y antes eſcandalizados paſſageros, les dixo: *Hermanos, no murmurèis, que para quien no puede mas donde quiera eſtà Dios, en la Igleſia, en la Ciudad, y en el campo. Dexòme ſolo eſta noche el Indio, que ſuele acompañarme; y como no eſtoy ya para trabajar todo lo que neceſſitaba, no pude juntar tan preſto eſtos Bueyes, como quiſiera, para tener tiempo de llegar à oìr Miſſa.* Con lo que ſe admiraron de nuevo los Seglares al vèr reprehendida, y ſatisfecha aquella ſu precipitada, y oculta murmuracion.

Mas notable fuè el éxtaſis, que padeciò en el camino de Huexotzinco. Viajaban por èl dos hombres una noche, y al favor de la claridad de la Luna deſcubrieron unas Carretas, que caminaban por delante;

lante; y conociendo ser las de Aparicio apresuraron el passo à buscarle por lograr de su santa compañia; mas al acercarse lo hallaron elevado en el ayre, y tan alto, que era impossible tocarlo con las manos. Absortos los testigos del prodigio, haviendo recibido por los ojos el consuelo, que buscaban en la conversacion del Venerable, prosiguieron su viage, magnificando la bondad del Altíssimo, que tanto favorecìa à aquel su fidelíssimo Siervo, de cuya virtud fueron unos continuos pregoneros en adelante.

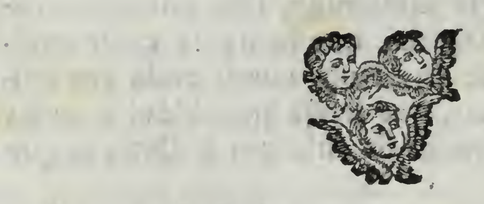
No tuvo menos que admirar Esthephanìa de Jesus, muger devota, y mui exemplar. Haviendo entrado èsta una mañana al despuntar el dia al Cementerio de la Iglesia de N. P. S. Francisco de la Puebla, viò que salìa una gran luz, y resplandor de entre unas piedras; y acercandose à aquel lugar, llevada de la curiosidad, se encontrò con el Venerable. Persuadiòse al princípio à que huviesse èste encendido alguna hoguera para defenderse del frio, y aproximandose à èl, y llamandole por su nombre, lo hallò fuera de sì con el rostro reclinado sobre la mano derecha, los ojos abiertos mirando al Cielo, y que no solo no havìa en las immediaciones à su cuerpo el fuego, que se havìa presumido; sino que estaba todo cubierto de la escarcha, que le havìa caido encima por ser tiempo de Invierno; conociendo con evidencia, que las llamas, que havìa percibido, eran las que exhalaba el incendio de su amor à Dios, en que estaba abrasado.

Llegando algunas veces à la Casa de un Barbero llamado Juan Nuñez de la Palma, que lo afeytò por el tiempo de dos años, con semblante alegre, y llaneza amigable le decìa: *Venid acà rapa*

rui-

ruines, y afeytadme. Y ſolìa quedarſe entre ſus manos tan abſorto, è inſenſible, que le parecìa à aquel eſtar reſurando à un Cádaver. En una de eſtas ocaſiones le hiriò con la punta de la tixera la nariz, de que comenzò à ſalir tanta ſangre, que fuè preciſſo limpiarſela tres, ò quatro veces; haviendoſe mantenido immovil el Venerable todo aquel tiempo, y con evidentes ſeñales de no haverlo ſentido; haſta que vuelto en sì, pidiendole perdon el Barbero de ſu deſcuido, le dixo el bendito Hombre: *Haced vueſtro oficio, que eſſo, ¿què es ſino tierra?*

Para poner fin al Capítulo, baſte decir, que ſu continua contemplacion le havìa pueſto en eſtado de quedarſe extático ſiempre que ſe trataban aſſuntos eſpirituales en ſu preſencia, de que fuè teſtigo ocular, entre otros muchos, el P. Fr. Juan Sarmiento, quien ſe veìa preciſſado, quando tocaban en ſus converſaciones familiares ſemejantes materias, à ſoſtenerlo entre ſus brazos para que no cayeſſe en tierra à cauſa de ſu total enagenacion de los ſentidos.



CAPI-

CAPITULO II.

De algunas visiones, y favores particulares, que recibió Aparicio de la Reyna del Cielo, y de los Santos Angeles.



SSI como fuè fervorosíssima la devocion de Sebastian à la Reyna de las Vírgenes, à cuya proteccion se reconocìa deudor de las victorias conseguidas à favor de su pureza, eran tambien abundantíssimas las gracias, con que la beneficencia de aquella le atendìa. Uno de los especiales obsequios, con que ordinariamente celebraba los dias consagrados por la Iglesia à la Santíssima Señora, era el de comulgar en reverencia de aquellos sus Mysterios; y entonces era tambien freqüente, assi el elevarse luego que recibìa el Cuerpo Sacrosanto de su Hijo, como el regalarle con su vista, y presencia la misma Reyna de los Angeles; lo que experimentò entre otras ocasiones en el Convento de Cholula.

Llegò à èl el Venerable uno de aquellos dias, à tiempo que estaban para salir los Choristas à comulgar; y dirigiendose luego al Altar mayor con aquel poco aséo, con que andaba continuamente en su exercicio, el Hábito enfaldado en la Cuerda, y

pendiente de èsta la botilla de vino, haviendo recibido la Sagrada Comunion, se levantò con el rostro encendido, y vuelto à poner de rodillas con una alegrìa apacible, que edificaba, reclinò la cabeza sobre una de las sillas immediatas al mismo Altar. Estando assi recogido en su interior se le puso delante el P. Fr. Sancho de la Landa, à quien con voz baxa, y llena de ansiedad dixo: *Quitaos, quitaos, ¿no veis aquella Señora, que baxa por las escaleras? Miradla, ¿no es mui hermosa?* dando à entender con estas palabras la calidad del favor, que de la Madre del amor hermoso entonces recibìa.

A conseqüencia de aquel, con que veìan le atendìa su Reyna, eran tambien especiales los esmeros, con que assistian los Espíritus Angélicos en sus necessidades al Venerable; de que à mas de las demostraciones de acudir à su sustento, que ya hemos dicho, dieron las pruebas, que exponemos en los casos siguientes.

Caminando de Huexotzinco para la Puebla, llegò à hacer noche cerca de una barranca, que se halla en el mismo camino; y estando acostado en el suelo debaxo de las Carretas, segun lo acostumbraba, comenzò à llover con tal ímpetu, que dentro de breve tiempo le formaron lecho las mismas aguas, que inundaron el sitio. En medio de la resignacion, con que se ofrecìa al Altíssimo à padecer aquellos, y mayores trabajos, que fuessen de su agrado, divisó un Mancebo de notable hermosura, y gallardìa, que con una Vihuela en las manos comenzò à tocar tan de los Cielos, que olvidado el Venerable de su incommodidad, le parecìa estar en la Gloria; y deseoso de gozar mas de cerca de la celestial música, se

le-

levantò à reconocer al que ſe la daba; pero quanto mas apreſuraba aquel el paſſo, tanto mas ſe apartaba èſte; haſta que ſalvando de un ſalto la barranca, ſe le deſpareciò. Eſte ſuceſſo refiriò el miſmo Aparicio al P. Fr. Alonſo de Zepeda, Religioſo grave, y docto de nueſtra Orden, y gran confidente del Santo Varon, quien haviendo preguntado à èſte: ¿què Mancebo havìa ſido el que havìa conſolado ſu eſpíritu de aquel modo, y en tales circunſtancias? le reſpondiò: *Paſſóſe el Jovenete à la otra parte, y aſſi no lo alcanzè; mas no ſabrè deciros quan lindo era.*

Viniendo otra noche de Tepeaca, ſe le obſcureciò de manera, que openas podìa acertar con el camino; por lo que deteniendoſe en el campo, y arrimandoſe à una piedra, ſe puſo en oracion, en la que perſeverò, haſta que hiriendo ſus oìdos una ſuavíſſima harmonìa, levantò los ojos, y viò entre reſplandores de clariſſima luz concertados Choros de Múſicos, que dirigiendoſe àcia la Puebla, lo convidaban con el dulce atractivo de ſus acentos à que los ſiguieſſe, como lo hizo, gozando de ſu hermoſura, y compañìa, haſta una quebrada, que hacìa en la miſma ſenda, donde parò la luz. Entonaron alli mas de própoſito una cancion tan harmonioſa, quanto no podìa declarar con palabras el Venerable; concluida la qual, ſe partieron los Múſicos à una Hermita de Santiago, poco diſtante, deſde donde le alumbraron para que proſiguieſſe ſu camino; dexando abraſado ſu corazon en aquellos incendios, que le dictaba ſu amor à la Bondad de aquel Señor, que aſſi le conſolaba en ſus aflicciones, por medio de la aſſiſtencia de ſus Miniſtros.

En otra ocaſion, que tambien viajaba àcia la

Puebla, se le atascò una de las Carretas en un profundo pantàno, de donde, haviendo practicado todas las regulares diligencias, no havìa sido dable sacarla. Afligido Aparicio al verse solo, de noche, y con los Bueyes ya cánsados, implorò el auxilio Divino; el que hallò tan pronto en su favor, que luego viò junto à sì un Mancebo vestido de blanco, que saludandole cortezmente, se le ofreciò à ayudarle en su trabajo. Aparicio, que creìa ser la demostracion efecto de la comun política de los hombres: *¿Que ayuda,* le respondiò, *me podeis vos dar, quando ocho Bueyes no pueden sacarla?* Mas haviendo visto, que apenas puso mano à la dicha Carreta, saliò con la mayor ligereza del atolladero, y que con la misma se despareciò el comedido Joven de su presencia, no pudo menos, que exclamar en alta voz: *¡A fé que no sois vos de acà!* Dando à entender en estas palabras el error que havìa padecido en su primer concepto, y confessando ser deudor del beneficio à alguno de los Espíritus Angélicos.

No es menos digno de admiracion el siguiente caso. Haviale mandado un Labrador dos fanegas de maiz; y ocurriendo por ellas en distintas ocasiones el Venerable, hallaba siempre escusas en aquel para no darselas. Aparicio, que las estimaba por verdaderos motivos de un ánimo sincèro, repetìa en cumplimiento de su oficio las diligencias; hasta que haviendo llegado un Martes de Carnestolendas à su Casa, con risueño semblante le dixo: *Hermano, por Dios, que os dolais de mi, que ya estoy cansado de venir, y me deis las dos fanegas de maiz, que me mandasteis para mi Padre San Francisco.* El Labrador, que advirtiò, que iba solo, y que en la Hacien-

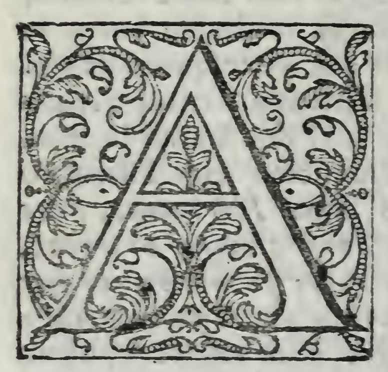
cienda, ni en todo aquel contorno havìa quien le ayudaſſe, penſó quedar de una vez bien ſin dar el maiz prometido, y burlandoſe al miſmo tiempo del Santo Viejo; y entrando con èl en la Troxe, le dixo, que cargaſſe en hora buena las dichas dos fanegas; y ſe retirò à ſu Caſa, aſſegurado de la impoſſibilidad de que las pudieſſe poner èl ſolo ſobre la Beſtia; mas deſeoſo de vèr el fin de ſu meditada burla, ſe puſo à acechar curioſamente por el reſquicio de una puerta, por donde viò, que haviendo llenado Aparicio ſus coſtales, ſe fueron àcia èl dos Indios Jóvenes del mas hermoſo talle, y diſpoſicion con Tilmas, ò capas blancas, à los quales dixo: *Hermanos, pues Dios os ha trahido à tan buen tiempo, os ruego, que me ayudeis, y lo hagais por ſu amor; que por ſer eſte Macho eſpantadizo, no puedo yo ſolo cargarlo.* Aſſi lo executaron, y con la mayor agilidad, los aventureros Indios; deſpareciendoſe en el miſmo punto, en que concluyeron la dicha obra. El Hacendero, que todo lo obſervaba, ſaliò de lo mas admirado del ſuceſſo; y deſpues de haver declarado con humildad lo viciado de ſus intentos, ſuplicò con toda ſinceridad al Venerable, ocurrieſſe de alli en adelante por quanto ſe le ofrecieſſe à ſu Caſa, con el ſeguro de que nada de quanto en ella huvieſſe ſe le negarìa.

A mas de los dichos oficios, que practicaban los Angeles con Aparicio, ſolian tambien ocuparſe en traherle el Manto en muchas ocaſiones, en que ſe le perdìa, y aun llevarle en brazos algunas veces por los caminos, ſegun jurò, que le parecìa, uno de los teſtigos de las Informaciones Apoſtólicas.

CA-

CAPITULO III.

De los ſingulares favores, que recibió Aparicio de los Santos ſus Abogados.



MAS de la comun, con que atendìa la religioſidad de Sebaſtian à todos los Santos, era eſpecialíſſima ſu devocion al Apoſtol Santiago, N. P. S. Franciſco, S. Antonio de Padua, y San Diego de Alcalà: al primero por eſpecial Patrono de ſu Pais nativo Galicia, al ſegundo por el Inſtituto, al tercero por haver profeſſado en ſu dia, y al quarto por la ſemejanza, aſſi en las virtudes, como en el eſtado. A proporcion de ſu devocion era tambien la confianza, que en ellos tenìa, ocurriendo à ſu patrocinio con la mayor familiaridad, como ſi eſtuvieſſen obligados à hacer quanto ſu humildad, y ſimplicidad ſanta les pedìa.

En muchas ocaſiones le viſitò Santiago, conſolandole en ſus aflicciones, esforzandolo en ſus trabajos, y librandolo del peligro, que dexamos referido en el Capítulo XV. del Libro II. Tambien le favoreciò viſiblemente en otras San Antonio, y muchas mas San Diego, con quien era ſu trato mucho mas familiar.

Siendo de lo mas comun el andar abſorto en la contemplacion el Venerable, ſe le ſolìa caer el

Manto

Manto de encima muchas veces, y en ellas lo recogìa San Diego, ſe lo llevaba, y volvìa à poner ſobre los hombros. Teſtigo de uno de eſtos prodigios fuè Blàs Hernandez, quien caminando una ocaſion con el Siervo de Dios, haviendo èſte perdido el Manto, hechas deſpues las diligencias mas eficaces por encontrarlo, aunque todas en vano, ſe retiraron à acoſtar. Al proſeguir ſu viage al otro dia, quedò eſpantado Hernandez, viendo que ſe le preſentaba Aparicio con el Manto perdido; y preguntandole ¿de què modo lo huvieſſe hallado? le reſpondiò: *S. Diego me lo traxo, y me lo puſo debaxo de la cabeza.*

En otra ocaſion le hurtaron el miſmo; y haviendo intentado dividirlo la perſona que lo robò, para aplicarlo à otros uſos, ſe reſiſtiò como ſi fueſſe de fierro à la diligencia de las tixeras: todo lo qual ſupo Aparicio por boca de San Diego; el qual le revelò tambien hallarſe el dicho Manto en Caſa de un Indio, donde ocurriò por èl el Venerable; haviendo dexado igualmente admirados, que arrepentidos, aſſi al Autor del hurto como à los complices, no ſolo la dureza milagroſa del Sayal; ſino la noticia de lo que aun entre los miſmos corrìa con el mayor ſecreto.

No fuè eſta ſola vez en la que uſó Aparicio de la mayor franqueza en declarar la familiaridad, con que trataba à aquel ſu amigo. Haviendo llegado à una Hacienda en la Juriſdiccion de Tecamachalco, y entradoſe à orar por la noche debaxo de una Carreta, una devota Señora, que ò por curioſidad, ò por compaſſion ſe acercò à verlo, lo hallò hincado de rodillas, y ſin que pudieſſe deſcubrir otra perſona, le oyò, que decìa: *Ven acà Diego, no te vayas, ven*

acà,

acà. Entonces manifestandoſele la muger, le preguntò ¿con quien hablaba? A la que reſpondiò mui riſueño: *Eſtaba aqui mi Amigo San Diego, y le rogaba, que trocaſſemos los Roſarios.*

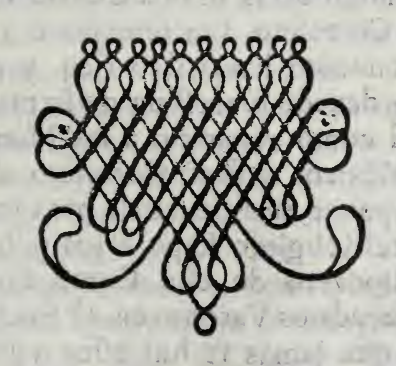
Afligida Conſtanza Diaz por carecer del fruto del matrimonio, del que creìa depender la paz de ſu Caſa, y buena harmonìa con ſu Marido, ſuplicò al Venerable interpuſieſſe ſus ſúplicas para con Dios, à fin de que le concedieſſe la ſucceſſion deſeada. Prometiòle el Santo Viejo, que lo harìa. Mas deſconfiada aquella de que ſe huvieſſe olvidado de cumplirle la promeſſa, le repetìa ſus inſtancias, haſta que deſengañandola el Venerable, le dixo: *Mirad, ya ſe lo he dicho à Diego, y me dixo, que no os conviene tener hijos, y no los haveis de tener.* Y aſſi ſe verificò, ſin embargo de haver eſtado caſada deſpues de eſte ſuceſſo por el eſpacio de treinta años; bien que con la ventaja de haver reſtituido el miſmo deſengaño la paz, y charidad, en que proſiguieron viviendo todo aquel tiempo los haſta entonces, indiſpueſtos caſados, por mérito ſin duda de las miſmas oraciones de Aparicio.

La última prueba, que tenemos de aquella ſu familiaridad amigable, es la que nos dexò veinte dias antes de ſu muerte, en que hablando con San Diego, ſe oyò que le decìa: *San Diego, preſto os irè à tener compañia.*

Pero aun parece por las demoſtraciones, que mas que la de aquel como de Hermano, fuè cordialíſſima la correſpondencia entre N. S. P. S. Franciſco, y Aparicio, al fin como de Padre para con un Hijo tan imitador de ſu eſpíritu. Deſde ſu Noviciado comenzò à favorecerle con la eſpecialidad, que

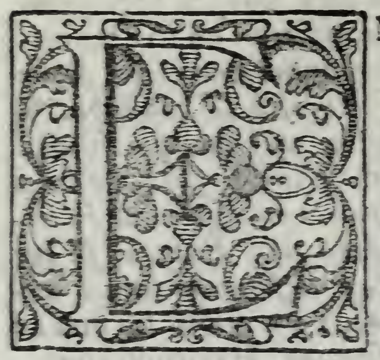
vimos

vimos en el Capítulo XI. del Libro I. continuando despues à visitarlo, y asistirle visiblemente en sus trabajos; ya trayendole el Manto perdído; ya guardandole los Bueyes, y Carretas; y y ya ayudandole à cargarlas del modo, que declarò el mismo Siervo de Dios à Blàs Hernandez; quien admirado de verle conducir muchas veces dos de las mismas, tiradas cada una de ellas de ocho, ò diez Bueyes, le preguntò, ¿como le era possible manejarse en los lances, que regularmente acaecen en aquel exercicio? à que respondiò: *Que N. P. S. Francisco le ayudaba.* Y repitiendo aquel à preguntarle, ¿que en què forma? Le satisfizo el Venerable, diciendole: *Que andaba Nuestro Padre en su compañia en figura de Frayle como èl; que le guardaba los Bueyes, se los traìa, y ayudaba à uncir, y desenquartar, à arrear, y llevar las Carretas, y en todas las demàs necessidades, que se le ofrecian.* Haviendo completado su paternal atencion con la fineza de repetirle personalmente sus visitas los quatro últimos dias, que precedieron à su preciosa muerte.



CAPITULO IV.

Del don de Prophecía, y como penetró los secretos del corazon el Siervo de Dios Aparicio.



NTRE otros admirables dones, con que quiſo adornar el Altiſſimo à ſu fidelíſſimo Siervo Sebaſtian, fuè uno el de la Prophecìa, que hizo de lo mas recomendable ſu ſantidad, y de que diò èſte ſingulares pruebas, ſiempre con aquel eſpíritu de charidad, con que atendìa à ſus proximos, algunas de las quales referirèmos en los caſos ſiguientes.

Al tiempo, que en nueſtro Convento de la Puebla el Venerable Aparicio, florecìa, en el de N. P. Santo Domingo de la miſma Ciudad el Venerable Fr. Fernando Corteſero, tan ſemejante à nueſtro Sebaſtian. que tambien havìa ſido rico, y caſado; bien que haviendo dexado ſucceſſion de ſu matrimonio en el ſiglo: y aſſi como Aparicio à las Monjas de Santa Clara de México, deſtinò Corteſero el quinto, de que podìa diſponer de ſu caudal, para tomar el eſtado humilde de Religioſo Lego, à los pobres del Hoſpital de S. Hipolyto de eſta Corte. Encontraronſe pues los dos benditos Varones en el Pueblo de Acatzinco, y ſin que jamàs ſe huvieſſen viſto corporalmente,

mente, ſe conocieron en eſpíritu. Y deſpues de haverſe ſaludado por ſus nombres, y abrazado amoroſiſſimamente, dixo Aparicio al Venerable Corteſero: *Que ſe alentaſſe mucho en el ſervicio de Dios; porque le hacía ſaber, que havía de ſer mui honrado en ſu muerte, y que havría gran concurſo de gente, que con devocion acudiria à ſu entierro, y havría grande eſtimacion de ſus Reliquias, por las muchas maravillas, que Dios havìa de obrar con ellas.* Como efectivamente ſucediò.

Havìa otro Religioſo Lego en cierto Convento de la referida Ciudad de la Puebla de exemplar vida, y por cuyos méritos havìa hecho Dios muchos milagros. Los Prelados, que conocieron ſu ſingular virtud, intentaron hacerlo de corona. Llegò el caſo à noticia de Aparicio; y entendiendo ſer del deſagrado de Dios la mutacion de eſtado, haviendoſe encontrado con èl, antes que ſe efectuaſſe, le dixo: *¡Ha Hermano, què buen camino llevais! No os apartèis de èl, que ſerà con peligro; porque las honras ſon buenas en el Cielo, y no acà.* Deſentendiòſe aquel del conſejo; mas lo miſmo fuè abrirſe la corona, que entibiarſe en la práctica de las virtudes, y dexar de obrar los antiguos prodigios, que acoſtumbraba Dios hacer por ſu mano.

Caminando una vez para la miſma Ciudad, diviſó à un hombre, que venìa àcia èl à Caballo, y luego que le viò, comenzò à ſantiguarſe, manifeſtando mas que una regular eſtrañez, un grande eſpanto. El hombre, que lo obſervò, le preguntò, ¿ſi veìa acaſo algun Demonio, que ſe hacìa cruzes? *Si veo, Hermano,* le reſpondiò el Siervo de Dios, *que lo traheis à las ancas de vueſtro Caballo: andad,*

volveos à la Religion de donde ſaliſteis, ò entrad en otra à hacer penitencia de vueſtros pecados, porque de no hacerlo aſſi, no pararèis en bien. Confeſſó luego el Sugeto la verdad de haver dexado el Hábito religioſo, como lo havìa declarado el Venerable; pero deſpreciando ſu amenaza, proſiguiò en ſu vida deſcuidada; y haviendo ſalido un dia à divertirſe en la caza, queriendo ſacar un Conejo de una Cueba, en que ſe havìa metido, cayò ſobre èl una grande peña, que lo dexò entre ſus ruinas miſerablemente ſepultado.

Hablando en otra ocaſion con Blàs Hernandez, y Franciſco Nuñez, les dixo, dando mueſtras de la mayor compaſſion: *Fulano* (y expreſſó el nombre del Sugeto) *me ha hurtado dos Carretas de leña, que tenía yo cortadas para mi Convento de San Franciſco de la Puebla; y le tengo harta láſtima, porque lo ha de matar un rayo.* Y no paſſó mucho tiempo ſin que ſucediſſe, como lo tenìa predicho el Venerable.

Quando ſolian burlarſe de èl algunos, ò decirle algunas chocarrerias, les reſpondìa el Santo Viejo con gran paz: *Deo gratias, adelante lo verèis*; y ſi la perſona vivìa mal, añadìa: *Deo gratias, mirad que vais agua abaxo.* Aſſi lo havìa executado varias ocaſiones con un vicioſo, procurando apartarle de cierta mala amiſtad, en que vivìa; haſta que viendo, que deſpreciaba los aviſos, que le repetìa el Cielo por ſu boca, le huvo de decir: *Deo gratias, vos prenda rematada, negligente para las coſas de Dios; mas adelante lo verèis.* Proſiguiò aquel ſin embargo de eſta última reconvencion en ſu pecado; en caſtigo del qual le quitò Dios la vida re-

pen-

pentinamente en un Monte, donde fuè pasto dè los Lobos su desgraciado cuerpo.

Haviendose casado la hija de un Labrador amigo del Venerable, dentro de breve tiempo de celebrado su matrimonio, enfermò, y de un accidente mortal. El Labrador, que tenìa el debido concepto de la virtud de Aparicio, le suplicò encomendasse à Dios à su hija, y para consuelo suyo la visitasse. Hizo uno, y otro el Santo Hombre; y concluido, le dixo: *Esta niña tiene hecha alguna promessa à Dios; y porque no la ha cumplido, morirà sin remedio.* Verificòse todo como lo dixo el Siervo de Dios; porque dentro de dos dias muriò la enferma, y despues de muerta se supo, que teniendo hecho voto de ser Religiosa, la havìa violentado su Padre à que se casasse.

Salieron à deshora de la noche dos Labradores à registrar los sembrados de una Hazienda, en que havìa parado el Venerable, y encontrando à èste arrimado à sus Carretas, haviendo advertido, que se estaba riendo, le preguntaron el motivo; à que respondiò con gran sinceridad: *Me rio de una Vieja, que ha muerto en la Puebla, y embiò à nuestro Convento, que le dixessen al Padre Aparicio, que la encomendara à Dios, y que volvía à repetir: Hay està Fr. Sebastian de Aparicio encerrado en el Convento:* Quedaron confusos por entonces los dichos Labradores; mas al otro dia no cessaban de alabar à la Divina Magestad, haviendo llegado à la misma Hacienda otro Religioso, que les asegurò haver sucedido el caso segun que el mismo Aparicio lo havìa referido.

Afligida Doña Augustina de Vera al verse

tan

tan pobre, que no le era possible vestir quatro hijos, que tenìa, comunicò al Venerable su afliccion, el qual la consolò, diciendole: *No os aflijais, que de los quatro hijos, que teneis, dareis dos à Dios, y con esso tendreis menos que vestir.* Dandole al mismo tiempo con la noticia un Hábito viejo, para que vistiesse (despues de verificada la muerte de un niño, y una niña) à los dos que quedaron.

Hallandose Sebastian de Pliego tan gravemente accidentado, que en su concepto era su muerte inevitable; lo fuè à visitar el Venerable Aparicio; y haviendole dado à entender el afligido enfermo las pocas esperanzas, que tenìa de su vida, lo consolò aquel, diciendole: *No tengais pena, que no haveis de morir de esta enfermedad.* Verificando el prognóstico el haverse levantado èste dentro de breves dias bueno, y sano.

Omitense otros muchos casos de esta materia, y darèmos fin al Capítulo con uno de lo mas prodigioso meditadas atentamente sus circunstancias. Haviendo llegado el Siervo de Dios à Casa del Licenciado Hernando Diaz, Clerigo Presbytero vecino de la Ciudad de la Puebla, y bienhechor de la Orden, con los zapatos (de que usaba por sus graves, y continuas enfermedades) demasiadamente rotos, hizo la piedad de èste, que se le proveyesse en su misma Casa de otros buenos. Pusoselos en efecto el Venerable; y mandando el Sacerdote, que arrojassen los viejos, añadiò aquel: *No los arrojen mui lexos, que algun dia los buscaràn, y seràn de provecho.* No penetraron por entonces el todo de la verdad de la expression; mas haviendo comenzado Dios à obrar, luego que muriò aquel su Siervo, los prodigios, que

à

à ſu tiempo dirèmos, acordandoſe de lo acaecido en aquel lance, buſcaron los deſechados zaparos, y encontrados, los apreciaron, y repartieron ſus pedazos como Reliquias, con los que hizo el Altíſſimo muchos milagros.

CAPITULO V.

Manifieſtaſele á Aparicio el eſtado de muchas almas de la otra vida.



ESTA manifeſtacion, y cierta noticia es uno de aquellos favores eſpeciales, con que ſuele diſtinguir el Altíſſimo à ſus fieles Siervos; y como tal quiſo que fueſſe tambien privilegio de la ſantidad de Aparicio.

Volviendo èſte una vez del Monte de Tlaxcala, ſe le apareciò en el camino un Compadre ſuyo, que ya hacìa tiempo, que havìa muerto. Y haviendole preguntado el Venerable, ¿ſi era en la realidad el que le parecìa? y reſpondidole aquel, que sì, repitiò à preguntarle: *Pues ſiendo muerto tantos años ha, ¿como os han dexado venir por acà ahora?* A que ſatisfizo el difunto, diciendole: *que venía à pedirle por amor de Dios hicieſſe ſe executaſſen ciertas diſpoſiciones ſuyas teſtamentarias, que ſu muger no havía cumplido; lo que era cauſa de que eſtu-*

vieſſe

viesse padeciendo atrocíssimas penas. Diòle palabra el Siervo de Dios de que assi lo harìa; mas antes que se despidiesse, le dixo: *Y no me dirèis, Compadre, que es lo que se passa por allà?* A que respondiò: *Que eran indecibles los tormentos de los que no amaban à Dios de todo corazon en esta vida.* Y insistiendo Aparicio en que le diesse de ello alguna señal, aunque ligera, volviendo aquel la espalda, viò, que como que se huviesse convertido instantaneamente en un horno encendido, arrojaba de sì por todas partes llamas del mas activo fuego. Haviendo en fin cumplido la descuidada muger las dichas mandas en virtud de la agencia del Venerable, volviò el Compadre à darle las gracias, por el imponderable beneficio de hallarse ya gozando, por medio de sus buenos oficios, de la gloria.

Estando una noche en oracion, se le apareciò tambien la alma de un tal Juan Alonso, quexandose igualmente de sus Albaceas, y Herederos, cuya codicia havìa puesto en un profundo olvido el alivio de las gravíssimas penas que padecìa; lo que moviò al Siervo de Dios à ocurrir luego à aquellos, y procurar con la mas viva instancia le atendiessen, como lo hicieron, con los necessarios, y debidos sufragios.

Haviendo hecho mancion otra noche en el campo cerca del Pueblo de Nativitas de Tlaxcala, la mañana siguiente le dixo à un passagero, que lo encontrò en dicho parage: *Esta noche muriò mi amigo el P. Fr. Ambrosio.* Y preguntandole aquel, ¿como lo sabìa? respondiò: *Porque passó por aqui à despedirse.* Aun no havìa seguido su viage el dicho passagero, quando llegò otro Religioso Lego, que iba al Convento de la Puebla, y refiriendo como novedad

dad la noticia de la miſma muerte acaecida la antecedente noche, confirmò la verdad de la que ya el Venerable tenìa dada.

En otra ocaſion, hallandoſe en la Hazienda de Franciſco Roldan, lo encontrò el Mayordomo de ella ſentado debaxo de un Portalillo, dos horas antes de amanecer; y haviendole preguntado èſte, ¿què hacìa alli tan de mañana? le reſpondiò Aparicio: *Eſtoy rezando por un Frayle Lego amigo mio, Hortelano del Convento de Tlaxcala, que ha muerto.* Repitiò à preguntarle, ¿que quien ſe lo havìa dicho? à que reſpondiò ſolamente: *Yo lo ſé*: y dexandolo en ſu oracion el Mayordomo, movido de la curioſidad ſe partiò à Tlaxcala, donde llegò dentro de ſeis, ò ſiete horas, y aſſiſtiò à las exéquias del difunto.

Hallabaſe próximo à ſu muerte el P. Fr. Franciſco Liman en nueſtro Convento de la Puebla, en ocaſion en que ſe diſponìa el Venerable para ir à cortar leña al Monte de Tlaxcala; y reconviniendole un Religioſo, ¿què como ſe iba, eſtando para eſpirar el dicho Padre? reſpondiò: *Yo voy à hacer lo que me manda la obediencia al Monte: deſde alli verè ir ſu alma al Cielo.* Emprendiò con efecto ſu caminata, y el moribundo no eſpirò haſta de alli à cerca de cinco horas, tiempo baſtante para que ſe pudieſſe verificar el feliz prognóſtico.

Haviendo muerto en México Doña Franciſca Manrique de Zuñiga, hija del Marquès de Villa-Manrique Virrey de eſte Reyno, à tiempo que ſe hallaba el Venerable en el citado Pueblo de Nativitas, veinte leguas diſtante de eſta Capital, viò ſubir ſu alma al Cielo, acompañada de numeroſa multitud de Angeles, en aquella miſma hora, en que eſpirò la noble

ble Doncella. Luegò que amaneciò, ſe partiò de aquel Lugar para el de Cholula; y entrando en el Convento, ſin poder contener el júbilo, participò à muchos de ſus Religioſos la dicha noticia, que dentro de dos dias confirmaron muchos, que llegaron de èſta à aquella Ciudad, y certificaron haver muerto la Señora el dia, y hora, que el Venerable Siervo de Dios havìa publicado.

Una, entre otras, de las muchas ocaſiones, en que como hemos dicho, ſolìa parar en la Hacienda de Blàs Hernandez, llegandoſe à la puerta de la habitacion, aſſi de èſte, como de un Hermano ſuyo, à las quatro de la mañana, les dixo: *A noche à las once muriò en Cholula un Religioſo* (y lo mentò por ſu proprio nombre, aunque el teſtigo, que jurò la verdad del ſuceſſo no ſe acordaba de èl) Y preguntandole, ¿què como lo ſabìa? reſpondiò: *Porque paſſó por aqui acompañado de Angeles, y ſe ſubiò al Cielo.* Llegò deſpues otro Religioſo Limoſnero, y examinado acerca del caſo, aſſegurò ſer cierta, aſſi la muerte, como la hora, à que ſe havìa hallado èl miſmo preſente. Con eſta confirmacion ſe fueron luego à arrojar à los pies del Venerable, para beſarſelos los dos aſſombrados Hermanos; mas el humilde Siervo de Dios, deſpues de haverlos reprehendido por la demonſtracion, ſe saliò huyendo.

El caſo que ſe ſigue conſta por depoſicion del miſmo Venerable, hecha à Alonſo de Cárdenas; al que refiriò con ſanta ſimplicidad, y llaneza: Que haviendole ordenado la obediencia fueſſe à velar una noche à un Religioſo moribundo, y eſpirado èſte en ſu preſencia, viò que ſe abrian los Cielos, y entraba en ellos ſu alma acompañada de Angeles, que iban

can-

cantando hymnos al Altíssimo. Quando llegò à este passage el Siervo de Dios (afirmò el citado Cárdenas) se quedò un rato obsorto; y prosiguiò despues diciendo: *Entonces salì de la Celda, y dando voces fui à golpear à la del Guardian, y le dixe: Hermano Guardian, vengan todos, vengan todos, vean essos Cielos abiertos, essa música celestial, por hay và, por hay và.* Y diciendo esto se volviò à quedar transportado en contemplacion de lo que referìa, y de nuevo se le representaba.

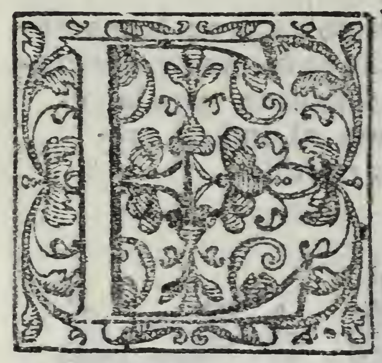
De estas manifestaciones de almas bienaventuradas se asseguran hasta ocho en los ya citados Processos; pero tuvimos por suficiente para la veneracion de los Lectores el indicar precissamente las referidas.



CAPI-

CAPITULO VI.

De algunos milagros, que obró el Señor por los méritos, é interceſſion de ſu Siervo Aparicio, aun en eſta vida mrtal, y entre ellos el de la reſurreccion de un niño.


L curſo todo de la vida de Sebaſtian, no fuè otra coſa, ſi bien ſe conſidera, que una continuada ſerie de maravillas, para cuya teſtificacion nos baſtaban las voces de los miſmos irracionales, è inſenſibles; pero no quiſo el Altiſſimo, que aquella manifeſtacion de ſu Omnipotencia ſe quedaſſe ſolamente en la admiracion de los hombres; eſtendiòla tambien à ſu utilidad, por medio de los mas continuos, y aſſombroſos prodigios.

Si huvieramos de individuar cada una de las enfermedades peligroſas, y obſtinadas, que cedieron ſu malignidad, no ſolo à la preſencia del Siervo de Dios; mas à la de ſu Capilla, Cuerda, Roſario, y qualquiera otra coſa, que huvieſſe tocado à ſu innocente cuerpo, nos veriamos neceſſitados à abandonar la preciſion, con que haſta aqui havemos procedido.

La ſola expreſſion, de que uſan los Authores

res

res de la vida del Venerable, de haver ſido *innumerables*, aſſi las curaciones prodigioſas conſeguidas por aquellos medios en tabardillos, calenturas, viruelas, y otros accidentes mortales, è incurables; como los felices ſuceſſos en partos peligroſos, y preſervaciones de ſembrados; baſta para acreditar de maravilloſo aquel ſu dominio. Mas ſin embargo, harèmos mencion de uno, ù otro entre mas de treſcientos, que obrò en vida, y en que, por razon de ſus circunſtancias, quiſo el Omnipotente ſe hicieſſe mas viſible.

Padecìa habitualmente Lorenzo Diaz un dolor de cabeza, cuya agudeza le ſacaba de ſentido; y refiriendo ſu pena al Venerable, ſe quitò èſte el Sombrero, que tenìa pueſto, y ſe lo diò, diciendole: *Tomad eſte Sombrero, que todas las veces, que os lo puſieredes, ſe os quitarà el dolor.* Cuya verdad manifeſtò al paciente la evidencia, pues aunque muchas veces le repitiò deſpues, lo miſmo era ponerſe el dicho Sombrero, que ſe le ſuſpendìa.

Converſando Franciſco Caxica con el miſmo Siervo de Dios, le noticiò los temores de que eſtaba poſſeida ſu Muger de morir de parto, los que la tenian pueſta en la mayor triſteza, y continua melancolìa. Oyòle el Bendito Hombre, y echando mano al inſtante à la Cuerda, que tenìa pueſta, ſe la entregò diciendole: *Dadle eſte Cordon à vueſtra Muger, que ſe lo ciña à raiz de las carnes, y decidle que no peligrarà; antes tendrà buen parto.* Llevòla con efecto à la afligida Conſorte, la que experimentò la felicidad, que el Venerable le havìa predicho.

Siendo Novicio el P. Fr. Joſeph Cortès en el Con-

Convento de Nrò. Padre San Francifco de la Puebla, adoleciò de un dolor de eftómago, tan vehemente, que ni de dia, ni de noche le permitìa el mas leve defcanfo. Y acordandofe de los prodigios, que fe referian del Venerable Aparicio (el que fe hallaba en la actualidad en el mifmo Convento) fe fuè à èl, y refiriendole la gravedad del accidente que padecìa, le pidiò por amor de Dios (creyendo adquirir en la diligencia todo fu alivio) le trocaffe la Cuerda, que tenìa ceñida, por la que el mifmo Novicio llevaba puefta; al que dixo, lleno del mayor afecto, el Venerable: *¿Pues porquè no haveis venido antes por ella? Tomadla.* Y en aquel mifmo punto, en que fe la ciñò, fe hallò repentinamente fano el dichofo Novicio.

Pero donde fe manifeftò Dios mas admirable en fu Siervo, fuè en el dominio, que exerciò fobre la mifma muerte, en la circunftanciada refurreccion, que ya referimos. En el año de 1597. eftando dentro de un Carro con un Indio, que le ayudaba, Juan Cavallero à la puerta de la Cafa de fu Hacienda cerca de Huexotzinco, fe faliò gateando un hijo fuyo de edad de catorce mefes; y poniendofe enfrente del Carro, à que eftaban uncidos feis Bueyes, alborotados èftos, echaron à correr, y paffando por fobre èl una de las ruedas, lo dexaron al mifmo tiempo que muerto, fepultado. Acudieron los de la Cafa à extraherle de la tierra, donde le havìa fumergido el enorme pefo, affi del Carro, como de los dos hombres, que eftaban dentro; y le encontraron ya difunto, vertiendo fangre por boca, oìdos, y narizes.

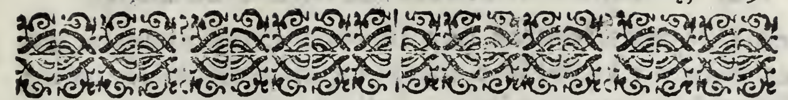
Una, ò dos horas havian paffado ya del infor-

fortunio (que llenò la Casa de inconsolables lágrymas) quando llegò à sus puertas Aparicio; à quien despues de haver referido el sucesso, pusieron delante todo molido, y deshecho el difunto niño. Compadecido el Santo Varon, lo tomò en sus brazos, y diciendo à sus Padres se consolassen, y lo encomendassen à nuestro Señor, llegò su rostro al del innocente difunto, permaneciendo assi por algun tiempo en oracion, despues del qual, haviendo dado señas de la restitucion de la vida, se lo entregò à sus Padres, no solo bueno, y sano; mas sin la menor lession, como si nada le huviesse sucedido.



LIBRO





LIBRO QUARTO
DE LA VIDA PRODIGIOSA
DEL VENERABLE SIERVO DE DIOS
F. SEBASTIAN DE APARICIO
RELIGIOSO LEGO DE LA REGULAR Obſervancia de N. S. P. S. Franciſco.

CAPITULO I.

Deſpideſe Aparicio de algunos devotos ſuyos, á quienes dá noticia de ſu última enfermedad, y cercana muerte.



SSEGURADO FINALmente Sebaſtian por parte del Altíſſimo del dia, y hora, en que ſe le levantaſſe ſu deſtierro, no cabiendole el gozo en el pecho, quiſo comunicar la noticia de aquella ſu ſuſpirada felicidad à los eſtraños. La primera, que desfrutò tanto favor, fuè Doña Catharina Perez, Señora mui devota, y afectíſſima del Venerable. Haviendo llegado èſte à ſu Caſa, la ſaludò, y con los ojos anegados

en lágrymas, le hizo una fervorosíssima exhortacion en orden à la perseverancia en el servicio santo de Dios. Y preguntandole aquella à vista de la no acostumbrada demostracion, ¿si le molestaba algun grave accidente? le respondiò: *Ninguna afliccion tengo; sino que me vengo à despedir de vos, porque ya Dios me quiere llevar.* Quedò la buena Señora entre afligida, y consolada con la noticia; pues al tiempo que perdìa en la tierra un Angel Tutelar, le dictaba su piedad, que se adquirirìa en el Cielo un poderoso Intercessor.

Retirandose ya con la seguridad dicha à la Enfermerìa, visitò de passo à una Parienta de su primera Muger; y despidiendose de ella con demostraciones de alegrìa, le dixo: *Que se quedasse con Dios, que ya su Divina Magestad le quería llevar à descansar, y que ya no lo verìa mas.* Ella le suplicò la encomendasse à Dios, y prometiendole hacerlo el Venerable, le diò muchos consejos, dirigidos todos à que sirviesse à su Magestad con todas veras.

Haviendo llegado à hacer noche al Batàn de Juan Carrillo, y queriendo quedarse en el campo al descubierto, como siempre lo hacìa, le rogaron con mucha instancia se recogiesse baxo de techado: otorgòles, por consolarlos, lo que le pedìan; pero fuè diciendoles: *Sea en hora buena, dormirè dentro, porque ya querèmos acabar, y dar à la tierra lo que es suyo:* prophetizando assì su cercana muerte, que se verificò dentro de breves dias.

A estos, y otros claros vaticinios siguiò una grandíssima debilidad de estómago, acompañada de violentíssimos, y repetidos vómitos, con los que se le augmentaron tambien los dolores habituales de

las

las roturas; ſeñales todas, que le indicaban le aceleraba Dios el tránſito de eſta vida por medio de ſu mortal enfermedad. Herido de la qual en el Monte de Tlaxcala, ſe retirò al Convento de la Puebla, dirigiendole en èl ſu afecto à un Portalillo de la Huerta, deſde donde mirando al Cielo, tenìa intencion de acabar ſu trabajoſa vida.

Pero noticioſo el Guardian de lo agravado que ſe hallaba, lo preciſſó por medio de la obediencia à que ſe dexaſſe conducir en brazos de ſus Hermanos à la Enfermerìa. Hízolo aſſi; mas al entrar en ella, ſuplicò por amor de Dios al Prelado, le dexaſſen en el tránſito, que eſtà al paſſo del Dormitorio de los enfermos; y haviendo condeſcendido con ſu ſúplica, paſſó toda la noche en un rincon de èl, combatido de ſus males, que por inſtantes ſe le iban agravando; pero con el alivio de eſtar mirando al Cielo.

A la mañana ſiguiente vino el Médico, y conociendo lo peligrado, que ſe hallaba el Siervo de Dios, ordenò lo paſſaſſen à mas acomodado lugar, porque à menos no tratarìa de ſu curacion: en viſta de cuya determinacion lo puſieron de orden del Guardian en la tercera Celda à mano izquierda como ſe entra en la Enfermerìa; donde tuvo deſde luego que tolerar la mortificacion de verſe tratado con la diſtincion del acomodo de una Celda con cama alta, y la demàs decencia, con que ſe acoſtumbra tratar en la Religion à los enfermos: llegando eſto tan à lo vivo à ſu humildad, que diſimulando con la mayor ſerenidad los dolores, que le cauſaban ſus demàs accidentes, no pudo menos, que expreſſar al Compañero, que le aſſiſtìa, la afliccion de vèr, que

le tratassen de aquel modo: *¿Què os parece*, le dixo, *como no me quieren dexar donde tengo consuelo?*

Mantuvose alli cinco dias, que le durò la enfermedad, en que fueron gravíssimos, y vehementes los dolores; pero lexos de dar ni la mas leve señal de turbacion, los consolaba à todos con dulcíssimas palabras, y profundas sentencias, algunas de las quales dexamos referidas, segun que lo ha ofrecido la oportunidad.

CAPITULO II.

De la preciosa muerte del Siervo de Dios Aparicio.



SIN alteracion de aquella paz interior, que indicaba la dulzura del trato de Sebastian, llegò el Miercoles veinte y tres de Febrero, en que conociendo los Religiosos se le agravaban por instantes sus accidentes, le suplicaron les diesse algun aviso anticipado de su muerte, à fin de que estuviesse prevenida la Comunidad para cantarle el Credo, à que respondiò con mucha alegrìa: *No es menester, porque passado mañana tengo de caminar, y no serà necessario llamar à nadie.*

Amaneciò finalmente el Viernes veinte y cinco;

cinco; y considerando, que à causa de los continuos vómitos, que padecìa, no le era permitido recibir el Santissimo Viático, por el que anhelaba con la mas santa impaciencia su devocion, suplicò, que à lo menos se lo traxessen à la Celda para tener el consuelo de adorarlo. Apenas se viò en la presencia de Christo Sacramentado, quando superando su espíritu la debilidad, à que tenìa reducido su cuerpo la enfermedad, baxandose del lecho, se puso de rodillas, desahogando el incendio de su abrasado pecho con ardientíssimos suspiros, y dulcíssimas lágrymas, acompañadas de la mas afectuosa accion de gracias à la infinita beneficencia, y dignacion de aquel Señor, por cuya clara vista vivìa ya de lo mas impaciente su charidad.

Augmentò notablemente su alegrìa el haver recibido la Extrema-Uncion; prosiguiendo en su interior recogimiento el continuo exercicio de fervorossíssimos actos de fé, esperanza, y charidad; en medio de los quales, oyendo, que le decian los Religiosos: *Aparicio*: *sursum corda*; aunque con voz debilitada, y no mui bien concertado Latin, les respondìa con alegrìa grande de su espíritu: *Habemus ad Dominum.*

A la siete de la noche (bien que no le faltasse la viveza de los sentidos) conociò, que se acercaba à toda prissa su última hora; y preguntandole despues el Guardian, si era ya tiempo de que le cantassen el Credo; respondiò: *Cántelo en hora buena.* Dicho lo qual, sin que precediesse otro algun aviso, ni el de tocar à Comunidad, como es costumbre en semejantes ocasiones, se juntò aquella, segun el Venerable lo havìa predicho. Comenzaron à cantarlo,

y el Siervo de Dios à decirlo en romance; y haviendo concluido aquellos antes que èste, y entonado otro segundo, al decir las últimas palabras de este articulo: *Et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine, & homo factus est*, pronunciando el Dulcíssimo Nombre de JESUS, entregò el espíritu en manos de su Criador el ya citado Viernes veinte y cinco de Febrero del año del Señor de mil y seiscientos.

En aquel mismo instante, en que espirò, se hallaron posseìdos de un tan extraordinario júbilo los Religiosos, que no acertaban à entonar el responso, que es regular. La dichosíssima Celda, en que muriò, toda la Enfermerìa, y gran parte del Convento se llenaron de una irregular fragrancia, que durò (especialmente en la dicha Celda) por mas de treinta dias. No es ponderable la codicia santa, con que empezaron à despojarla de aquellas pocas, y pobres alhajas, de que havìa usado el Venerable; adelantandose la devocion de algunos à cortarle las uñas, y los cabellos: y à no haverse interpuesto la authoridad, y respeto de la obediencia, aun corrìa peligro de ser despedazado su mismo cuerpo.

Desde el punto, en que muriò, se dexò vèr su rostro apacible, hermoso, y alegre, y tan encendido, que parecìa no solo estar vivo, sino el mismo simulacro de la robustez, y la salud. Con haver vivido expuesto continuamente à las inclemencias de las estaciones, macerado de la austeridad, y de la inedia, y hecho un vivo exemplar de la penitencia mas sevèra, aun en su misma edad decrépita, quedaron sus carnes blancas, y tan tratables, que se assemejaban à las de un tierno niño: conservando aquella dulce

dulce mageſtad, haſta el dia en que lo enterraron, ſegun la depoſicion de mas de cien teſtigos; entre los quales uno de toda excepcion por ſu ſingular prudencia, y literatura (el R. P. Fr. Pedro de Caſtañeda, Guardian que entonces era del miſmo Convento) teſtificò, con toda la ſolemnidad del Juramento, que en todos los quatro dias, que tardò en ſepultarſe, ſe mantuvo caliente.

Era coſa admirable vèr aquella numeroſa Comunidad toda ocupada en hacerle piadoſas ſúplicas, poſtrandoſe à porfia ſus Religioſos con muchas lágrymas à beſarle aquellos hermoſos pies, que haviendo ſido en vida un continuo depóſito de llagas, los encontraban mas ſuaves, y tratables que la ſeda. Ocurrieron à èl los enfermos à pedirle ſalud, los afligidos conſuelo, fortaleza los puſilánimes, los pecadores les alcanzaſſe el perdon de ſus culpas, y todos la gracia, con que ſervir à Dios, de quien ſuponìa la comun piedad eſtaba gozando; acompañando ſus ſúplicas con los glorioſos renombres de Beato, y Santo: ocupandoſe al miſmo tiempo que expreſſaban ſus votos, y ſu concepto en adornar, aſſi el cuerpo, como el féretro con diverſidad de flores, de que texieron à ſu cabeza una guirnalda, y matizaron una palma, que ocupaba ſu ſinieſtra mano, en ſeñal de los prodigioſos triumphos conſeguidos contra ſus mas poderoſos enemigos.

No fueron ſolos los Religioſos los que lograron de aquellos conſuelos; eſtendieronſe tambien al ſiglo, donde al oìr el ſonido de las campanas ſe llenaron de una imponderable alegrìa los corazones de todos los Ciudadanos de la Puebla; bien que ignorando por entonces la cauſa; à reſerva de la Sierva

de

de Dios Juana de Cifuentes, que estando en el secreto de su Oratorio hablando con su Mageſtad en la contemplacion al tiempo que eſpirò el Venerable, sin poder contener la abundancia del gozo de que se llenò su eſpiritu, prorrumpiò en alta voz: *Bienaventurada la alma, que ahora sale del cuerpo, pues se ha ido à gozar de Dios.* Los domeſticos, que la oyeron, acudieron al dicho lugar, y al encontrarla llena de lágrymas, sobre la novedad del clamor antecedente, le preguntaron el motivo; mas ella prosiguiò expreſſandose en eſtas palabras: *Libre de embidia, pues goza ya la gloria eſta alma por quien doblan, dexando en San Francisco el rico thesoro de su cuerpo.*



CAPI-

CAPITULO III.

De las maravillas, que obró Dios en el Cuerpo del Venerable Aparicio, antes que ſe le dieſſe ſepultura.



LEGADA la mañana del Sábado veinte y ſeis, haviendo baxado el cuerpo à la Capilla mayor, y concluido el Oficio, y Miſſa de cuerpo preſente, comenzò à ocurrir el Pueblo en tanta multitud, y con tales demóſtraciones de devocion àcia el Santo Cádaver, que dentro de mui poco tiempo fuè neceſſario ſe le viſtieſſen quatro, ò cinco Hábitos, por no ſerle poſſible à los Religioſos reſiſtir la violencia de los que ſe llegaban (luego que era preciſſo cubrirle de nuevo) à deſnudarle.

Augmentaba el aſſombro, y con èl la veneracion de los concurrentes, el vèr, que para haver de veſtirle los dichos Hábitos, lo ſentaban, y movian con la miſma facilidad, que à un cuerpo vivo. Los Religioſos, que advirtieron el incremento, que por inſtantes tomaba la devocion, y los exceſſos, que ſe debian temer, ſi paſſaba los límites de diſcreta, trataron de darle luego ſepultura; para lo qual, ſacandòle de las Andas, lo puſieron ſobre la tierra. Pero

eran mui diſtintos por entonces los deſignios de la Providencia Divina.

Pueſto en el ſuelo el venerable Cuerpo, ſe arrojò ſobre èl un antiguo amigo del Santo Hombre, y con lágrymas, y clamores, le dixo: *Padre Aparicio, deme la mano, y ſupliquele à Dios me perdone mis pecados.* Y deſatandole un cordel, con que tenìa atados los brazos por las ſangraderas, al volver à tomarle la mano derecha (que antes tenìa cerrada, y aunque havìa hecho diligencias por abrirla no havìa podido) la hallò eſtendida: y deſpues de haverla beſado, y llegado à los ojos, exclamò: *¡Señores, miren como ſuda eſte Cuerpo, como ſi no eſtuviera difunto!* Al oìr eſto los Religioſos, le dixeron, que callaſſe, por no cauſar mayor commocion en el concurſo; pero el efecto fuè, el que levantaſſe mas, y mas el devoto hombre el grito.

A ſu eco ſe acercaron todos los Religioſos, y entre ellos el R. P. Rector del Colegio de S. Luis con otros cinco Compañeros del Orden de N. P. Santo Domingo, que certificaron de nuevo el prodigio; advirtiendo igualmente, aſſi la blandura, y ſuavidad de las carnes, como la extraordinaria fragrancia, que de sì exhalaba el bendito cuerpo. A viſta de lo qual lo volvieron à las Andas, y pueſto ſobre la peana del Altar mayor, no huvo alguno de los circunſtantes, que no procuraſſe aprovecharſe en el modo poſſible de aquel prodigioſo ſudor, que ſe eſtimò deſde luego por un eficacíſſimo remedio contra qualquier eſpecie de enfermedad.

No ſatisfecha con eſto la ſanta ambicion del Guardian, dixo à un Barbero, que ſe hallaba immediato al miſmo cuerpo, le cortaſſe la uña de un dedo

do del pie, para reſervarla, y llevarla ſiempre conſigo; mas haviendo cortado à mas de aquella, alguna parte de la carne, brotò la ſangre tan freſca, y encarnada, como pudiera de un cuerpo vivo. Admirado el referido Guardian del prodigio, hizo que lo authenticaſſe un Notario, que con un Alcalde Ordinario llegò dentro de pocos inſtantes deſpues de lo acaecido, diciendo: que hallandoſe en la Plaza les havìa dicho à los dos un Joven, que el P. Guardian de San Franciſco los neceſſitaba; ſiendo conſiderable la diſtancia, que hay de aquella al Monaſterio; por lo que ſe creyò piadoſamente, que el Miniſtro de la embaxada fueſſe algun Angel.

Quatro dias ſe mantuvo el Cádaver inſepulto, y en ellos fueron tan numeroſos como raros los portentos, con que quiſo glorificar la Omnipotencia à ſu Siervo Sebaſtian. El toque lúgubre de las campanas, y que debìa excitar ſentimientos de triſteza, no ſolo cauſaba un gozo inexplicable en los que le oìan; ſino que extendiendo ſu ſonido à parages haſta donde ſe tenìa por impoſſible, que alcanzaſſe, violentò à muchos à venir à la Ciudad en los dichos dias, los quales aſſeguraban ſer un repique ſolemne lo que percibian; y aſſi ſin ſaber otra coſa, venian à ella, diciendo: *Vamos à vèr al Santo, que ha muerto en S. Franciſco.*

Entre ellos fuè uno Juan Nuñez, que llegandoſe à èl, le reconvino con la palabra, que le havìa dado en eſta vida, de que lo encomendarìa à Dios en paſſando à la eterna: à cuyo tiempo levantò un brazo el difunto, en ſeñal por ſin duda de que le ratificaba la promeſſa. A Franciſco Yañez favoreciò tambien con abrir los ojos, y mirarle. Y para con-

firmacion mas authéntica de tantas maravillas, à mas de la repeticion del ſudor, y deſtilacion de la ſangre, hizo el Señor, que al cortarle un dedo de la mano, ſe le eſtremecieſſe todo el cuerpo. De todos, y cada uno de eſtos prodigios ſe examinaron, aun eſtando el venerable Cádaver ſobre la tierra, innumerables teſtigos de viſta: y aunque fueron veinte y uno los que declararon haver conſeguido repentinamente la ſalud con ſu contacto, procurarèmos ſatisfacer la devocion refiriendo preciſſamente los ſiguientes.

Mas de ocho años hacìa, que eſtaba padeciendo un vehemente dolor de eſtómago, acompañado de otro de hijada, Doña Anna Peñafiel, y haviendo ido à la Igleſia de N. P. S. Franciſco el dia deſpues de la muerte del Venerable, ſe le augmentaron alli de ſuerte, que temiò ſer llegada ſu última hora. Baxaban à eſte tiempo à la miſma Igleſia el Santo Cuerpo; y llegandoſe à las Andas con el mayor fervor, y devoto afecto, aplicandoſe al eſtómago un pie del Siervo de Dios, ſe hallò inſtantaneamente del todo ſana.

Doña Clara Seròn havìa eſtado enferma de una graviſſima fluccion à un ojo, que no ſolo la atormentaba con el mayor rigor; pero aun le amenazaba la pérdida del miſmo. Y deſpues de haver experimentado la ninguna eficacia de los remedios del arte, haviendo oìdo las maravillas, que eſtaba obrando Dios por medio de ſu Siervo Aparicio, ſe fuè à la Igleſia de N. P. S. Franciſco, donde eſtaba expueſto ſu venerable Cuerpo, y logrando ſu fé, y devocion tomarle una mano, ſe la aplicò al ojo enfermo; con cuya diligencia quedò en el miſmo punto perfectamente buena.

Una

Una niña de nueve años, hija de Martin de Nava, y de Doña Marìa Veraztigui, havìa nacido paralytica, de ſuerte, que todo el lado izquierdo, deſde la mano al pie, lo tenìa tan immovil, que ni podìa abrir aquella, ni juntarla con la derecha; y quando andaba era arraſtrando aquel, exponiendoſe à caer ſiempre que ſe querìa afirmar ſobre èl, ò apreſſurar el paſſo. Llegò à noticia de èſta la fama de los ſuceſſos milagroſos del Santo Cuerpo; por lo que rogò à ſu Madre, la llevaſſe à viſitarlo. Hallabaſe ya aquel en el Presbyterio colocado en una Caxa de madera, à la que ſe havìa dexado abierta una pequeña ventanilla: entrò por ella la niña la mano, que luego comenzò à eſtender, y abrir, y cerrar con toda expedicion, y dentro de breve tiempo conſiguiò ſu total, y perfècta ſanidad.

Doña Marìa Iſabel de Velaſco padecìa una aſma tan penoſa, que no ſolo le impedìa la reſpiracion; ſino que daba claros indicios de degenerar en hydropeſía de pecho. Un hijo de la dicha Señora fuè à la Igleſia; pero à tiempo, que ya havian enterrado al Venerable; bien que tuvo la fortuna de conſeguir un pedazo de cinta, con que havian atado unos Roſarios, que ſe havian tocado al Santo Cuerpo; llevòlo aquel à la afligida Madre, y lo miſmo fuè aplicarſelo èſta al pecho, que quedar buena, y libre en adelante de la peligroſa moleſtia de ſemejante enfermedad.

Alonſo de Avila Barrientos havìa ſiete, ù ocho meſes, que padecìa de frios, y calenturas cotidianas, ſin haver conſeguido el menor alivio deſpues de muchos remedios, que le havian aplicado. Y haviendo ido, aunque con mucho trabajo, à

causa de su suma debilidad, à la Iglesia de nuestro Convento, y hallado en la Capilla mayor el bendito Cuerpo, besó sus pies; con cuya diligencia, no solo quedò sano del dicho accidente, sino que dentro de mui breve tiempo convaleciò.

A Alonso Lopez se le llagò de tal suerte el rostro, y boca, que se havìa puesto como un horrendo monstruo, todo hinchado, y los labios de dos dedos de gruesso, à que se agregaba una penosa calentura. Al tercer dia de muerto el Siervo de Dios fuè à visitarlo; y aunque con mucho trabajo, por lo numeroso del concurso, logrò llegar hasta el Atahud; y entrando en èl la cabeza, y juntando su rostro, y boca con la del Venerable, haviendose detenido despues à oìr Sermon en la misma Iglesia, acabado èste, se acordò de la enfermedad, con que havìa entrado; pero ni la menor señal encontrò de ella.



CAPI-

CAPITULO IV.

De una Azuzena nacida prodigiosamente para testificar la santidad del Siervo de Dios Aparicio, y nuevas maravillas acaecidas en su entierro.



UANDO assaltado de la última enfermedad se retiraba Aparicio al Convento de la Puebla, afligido de la sed, llegò à pedir por amor de Dios un poco de agua à una Casa à la entrada de la misma Ciudad. Sirviòsela una Criada en aquel mismo Jarro de que usaba la Señora en demostracion de su mayor respeto al suplicante; y haviendo satisfecho èste su necessidad, se despidiò al punto diciendo: *Quedaos con Dios, Hermana, que me voy à morir à la Enfermerìa.* Luego que volviò la espalda el Santo Varon, comenzò la Ama à reprehender à la comedida Moza sobre haver echado mano del Jarro, en que ella bebìa, para aquel Frayle viejo lleno de babas; desahogando por último su cólera, con mandarle lo arrojasse al instante al Corral; lo que executò sin réplica la obediente Criada.

La universal commocion, y alegrìa, que passados cinco dias de aquel sucesso, ocupaban los corazones

zones de los vecinos de la Ciudad, obligaron à la dicha Señora à informarse, y con instancia, de su motivo; y haviendo sabido, que era el de haver muerto en San Francisco un Religioso Lego de singular virtud, por cuyos méritos estaba obrando su Magestad muchos prodigios, cerciorada por las señas de ser el mismo, que havìa llegado en la dicha ocasion à la puerta de su Casa; despues de haver expuesto, no sin demostraciones de sentimiento lo sucedido, se fuè al Corral à buscar los tiestos del Jarro, con ánimo de guardarlos como reliquias; mas en vez de los que procuraba, no solo encontrò aquel sin la menor lession; sino que havìa brotado una hermosa, y fragrante Azuzena en aquel mismo lugar, en que havìa puesto la boca aquel Santo Viejo, que havìa sido el objeto de sus ascos.

Tomòle luego con la mayor reverencia en las manos, y regando la Azuzena con la mas hermosa lluvia de sus devotas lágrymas, se partiò con èl al Convento à publicar delante del Cuerpo del Venerable Padre, assi el milagro de èste, como la propria culpa de no haver hecho la debida estimacion de su persona.

La nueva commocion, que causaba en la multitud cada uno de los sucessos prodigiosos, que se iban augmentando, y el temor de que fuesse mayor el destrozo del Santo Cuerpo, que el de cortarle la barba, los cabellos, las uñas, y los dedos de las manos y los pies, que sin que fuesse possible à los Religiosos impedirlo, se havìa ya executado, hizo aunque à costa de una grandíssima violencia, que lo passassen de la Iglesia à la Sacristìa.

Assegurado en ella, recibiò solemne informa-

macion de orden del Illmò. Sr. Obiſpo D. Diego Romano D. Melchor Marquez de Amarilla, Racionero de la Santa Igleſia de Tlaxcala, Viſitador General, y Juez de Teſtamentos, y Comiſſario deputado para eſta Cauſa, que authorizò como Notario Público Antonio Hernandez, de todos los prodigios, que ſe havìa dignado obrar el Omnipotente, en honra y gloria de ſu Siervo Aparicio.

Concluida con la debida formalidad eſta diligencia, conſultaron entre sì los Superiores el modo, y orden, que ſe debìa obſervar para dar al Santo Cuerpo decoroſa, y ſegura ſepultura; y haviendoſe acordado ſe ſolemnizaſſe ſu entierro, no con aquellos Pſalmos, y preces lúgubres, con que ſe ſufraga à los difuntos adultos; ſino con los que acoſtumbra la Igleſia celebrar el tránſito feliz, que de la tierra al Cielo hacen los párvulos; haviendo entonado el Hymno *Te Deum laudamus*, y cargado el Cuerpo los Prebendados de aquella Igleſia, y Prelados de las Religiones, ſe formò una lucida, y feſtiva Proceſſion la tarde del Domingo, compueſta de ambos Cavildos, Ecleſiáſtico, y Secular, y caſi todo el Clero de la Ciudad, aſſi Secular, como Regular.

Al terminar la devota funcion, haviendo pueſto las Andas en el Presbyterio, ſe acercò à ellas Antonio Perez, Maeſtro de Saſtre, quien hacìa mas de dos años, que no exercìa ſu oficio, por tener del todo baldada una mano, la que le havìa maltratado un alcabuz al diſpararlo; y logrando ponerla ſobre el roſtro del Siervo de Dios, la ſacò buena, y ſana.

Satisfecho finalmente el oficio, que hizo el Sr. D. Rodrigo Nuñez, Theſorero de aquella Santa

Iglesia, al ir à introducir el sagrado depósito en el lugar, que se le havìa preparado entre la pared, y el Altar de Nrà. Srà. la Conquistadora, se arrojò sobre èl un hombre tullido, que andaba con dos muletas, suplicandole le alcanzasse de Dios la salud, y alegando para ello haver sido en vida su amigo, y socorrido muchas veces con su limosna. Reprehendiòle el Guardian la accion como indecorosa; mas el enfermo, lleno de la mayor confianza, le respondiò: *No importa, Padre, que el Santo me hà de dar salud, ò aqui me han de enterrar con èl.* Al acabar de pronunciar estas palabras, se encontrò con el premio de su fé, saliendo à vista, y con assombro de los innumerables assistentes por su pie, y con la mayor expedicion de la Sepultura.

Desde aquel dia hasta el Martes veinte y nueve del mismo mes, en que se reconociò, que se conservaba blanco, oloroso, y flexible, se mantuvo el venerable Cuerpo sin que le cubriessen de tierra, aunque reservado en el Sepulcro. Mas en la noche de aquel, no solo lo enterraron; sino que le echaron encima diez y ocho espuertas, ò huacales de cal, medio que permitiò la Providencia, para hacer mas visible lo prodigioso, y admirable de la incorrupcion, con que le encontraron despues.



CAPI-

CAPITULO V.

De otros prodigios, que obrò Dios por medio del Cuerpo, y Reliquias de ſu Siervo Aparicio, y de algunos teſtimonios authénticos de ſu maravilloſa incorrupcion.



ERCA de cinco meſes deſpues de ſepultado del modo dicho, y ſin el menor reſguardo contra la corrupcion, el Santo Cádaver, llegò viſitando eſta Provincia del Santo Evangelio, al Convento de la Puebla el R. P. Provincial Fr. Buenaventura de Paredes; y queriendo informarſe por sì miſmo del eſtado del ſagrado depóſito; à las ocho de la noche del dia diez y nueve de Julio convocò ſecretamente, aſſi al Guardian del referido Convento, como à otros de los comarcanos, que en èl ſe hallaban, y algunos otros Religioſos graves, y diſcretos, para que en ſu preſencia ſe executaſſe la apercion del Sepulcro del Venerable.

Luego que ſe empezò la eſcabacion, comenzaron tambien à percibir los Religioſos un olor ſuaviſſimo, y empeñandoſe con eſte nuevo aliento la devocion à deſcubrir el origen de la fragrancia; ò nimiamente fervoroſo, ò poco recatado el Hermano

2 Lego

Lego Fr. Juan de San Buenaventura, Paisano, y confidente, que havìa sido en vida del Santo Hombre, descargando un recio golpe con el azadon, le dividiò la cabeza de los ombros. Sucesso desgraciado; pero que verificò la prophecìa hecha por el mismo Siervo de Dios à Alonso Martinez en estas formales palabras: *En esta vida todo ha de ser trabajar, y aun en la muerte he de ser despedazado.*

Encontraronle pues, fresco, y blanco, tan tratables sus carnes, y todas sus coyunturas tan flexibles, como si estuviesse vivo en la realidad. Y descubriendo parte del interior, vieron, que conservaba sobre el pecho un pedazo de lienzo, con que mantenìa la bilma, de que hemos dicho usaba, à causa del rigor, con que se maltrataba à los repetidos golpes de una piedra, levantando el qual, le hallaron empapado, igualmente que la bilma, en sangre, tan sin alteracion en su color, y temple, como si en aquel mismo instante se acabara de coagular.

El Provincial, cuya devocion aspiraba à hacerse de una reliquia mas notable, le cortò un pedazo pequeño de carne de una mexilla, el qual, no solo se conservò siempre fresco, y jugoso; sino que arrojaba de sì un licor suavissimo, que passaba los lienzos, y papeles, en que le procurò su piedad tener guardado. Concluido el referido acto con la edificacion, y consuelo, que era debido, se volviò à cubrir el inestimable thesoro con la misma cal, y tierra, con que antes havìa sido sepultado.

De esta suerte se mantuvo el Santo Cádaver hasta el dia veinte y nueve de Junio del año de mil seiscientos y dos, en que abierto nuevamente el depósito de orden de los Mui RR. PP. Comissario General,

neral, Provincial, y Definidores, ſe deſcubriò ſegunda vez, y ſe hallò tan blando, y tratable, y la ſangre tan encarnada, y reciente, como en la primera. Del vientre, que antes de darle ſepultura le havian abierto, ſalìa un olor ſuavíſſimo; y haviendo introducido en èl una mano por la ciſura, ſe le extraxo un azecillo de hyerba buena, tan freſca, y ſin marchitar, que lexos de indicar el eſpacio de dos años, y medio, que contaba de encerrada en aquel dichoſo plantel, parecìa, que ſe acababa de arrancar de ſu nativo ſuelo.

La cabeza, que por la inadvertencia de Fr. Juan de San Buenaventura havìa quedado ſeparada del buſto, como lo declarò deſpues èl miſmo ante los Juezes Apoſtólicos, ſe hallò en eſta ocaſion con ſu carne, piel, cabellos, y barba; pero extrayendola ocultamente un Religioſo imprudentemente devoto, la llevò à ſu Celda, donde la deſcarnò haſta dexarla en el eſtado de Calavera. Los Superiores, que tuvieron la noticia deſpues de cometido el irremediable atentado, caſtigaron con la ſeveridad, que correſpondìa, al indiſcreto Religioſo, y reſtituyeron aquella al Sepulcro, ſegun que la mal regulada devocion la havìa dexado.

En viſta de lo nuevamente acaecido, ocurriò el Guardian del Convento al Illmò. Sr. Obiſpo D. Diego Romano, pidiendo juridicamente por medio de un Memorial mandaſſe ſu Señorìa Illmà. regiſtrar el Cuerpo del Venerable, y darle teſtimonio de ſu milagroſa integridad, è incorrupcion, y demàs circunſtancias admirables. Mas queriendo executar por sì miſmo la diligencia, paſſó al Convento en perſona el Illmò. Prelado, y deſpues de haver regiſtrado

el

el Cuerpo, y visto, que introduciendole en el vientre algunos paños de lienzo, los sacaban llenos de sangre fresca, y exhalando de sì un suavíssimo olor, mui diferente de todos los naturales, mandò se diesse al dicho Guardian el testimonio, que pedìa.

Despues de practicadas estas diligencias, se colocò el venerable Cuerpo en una Caxa de madera forrada en oja de lata, y barreteada de fierro, la que se cerrò con tres llaves, y depositò en un hueco de la pared, detràs del Altar de N. P. S. Francisco, en la Capilla Mayor al lado de la Epístola.

El crédito de tantos prodigios, que tenian admirado à este Nuevo Mundo, dentro de breve tiempo passó al antiguo, y en èl, à los cathólicos, y piadosíssimos oìdos del Rey N. Sr. D. Phelipe III. quien movido de un santo zelo por el culto del Venerable, dirigiò al Illmò. Obispo citado la siguiente

CEDULA

Dada en Burgos à veinte y tres de Junio del año de mil seiscientos y tres.

REverendo en Christo Padre Obispo de Tlaxcala, &c. Fray Diego Caro, Comissario General de las Provincias del Orden de San Francisco de México, me ha escrito, que en la Puebla de los Angeles està el Cuerpo de un Frayle Lego de aquella Orden, llamado Fr.

Se-

Sebaſtian de Aparicio, tan entero, y tratable, como ſi eſtuviera vivo, y que eſtà tenido por Santo. Y porque haſta ahora no ſe ha tenido noticia de eſte Religioſo, os encargo, y mando, que hagais hacer informacion de la vida, naturaleza, y milagros de dicho Religioſo, con la authoridad neceſſaria; y de lo que de ella reſultare me aviſaréis con brevedad, embiandome la dicha informacion, ó una Copia authéntica, que al Virrey, y al dicho Comiſſario General eſcribo ſobre lo miſmo. = YO EL REY. = Por mandado del Rey nueſtro Señor = Juan de Ybarra.

COPIA

De Carta dirigida à S. M. por el Illmô. S. D. Diego Romano, Obiſpo de Tlaxcala.

MAndame V. M. por una ſuya de veinte y tres de Junio de ſeiſcientos y tres, haga informacion de la vida, naturaleza, y milagros del P. Fr. Sebaſtian de Aparicio, Religioſo Lego del Orden de San Franciſco, que murió en eſta Ciudad el año de ſeiſcientos, en ſu

Con-

Convento. De naturaleza, y vida no hize informacion, porque aqui no ſe hallaron teſtigos, que pudieſſen informar, y porque Fr. Juan de Torquemada, Religioſo de la miſma Orden, trató de eſto en un Libro, que imprimió con licencia del Virrey, en que lo particulariza; y es de crér, que ſe informó con particularidad de lo que alli eſcribió, al qual Libro me remito, y va con éſta. Acerca de los milagros, lo que ſé decir es, lo que và averiguado con el teſtimonio, que aſſi miſmo por mi orden dió el Viſitador de eſte Obiſpado. Y fuera de lo que alli ſe prueba, digo: que le conocí, que fue el Frayle mas humilde, menos conocido, que huvo en eſta Provincia; porque ſolo trataba de trabajar con unas Carretas de Bueyes, en que acarreaba la limoſna para ſu Convento; y caſi de ordinario andaba ocupado en eſte miniſterio, ſin algun regalo, durmiendo en el ſuelo, ſin cama, debaxo de ſus Carretas. Fue Dios ſervido de darle una enfermedad, y llevarlo para sí, y el dia, que ſe huvo de enterrar, ſin ſaber nadie de ſu enfermedad, y muerte, ſe movió la mayor parte de eſta Ciudad à hallarſe en ſu entierro, aſſi Ecleſiáſticos, como Seglares; de manera, que eſto obligó à ſu Prelado à diferirlo, y tambien otras ſeñales, y una

voz

voz comun de que era Santo, cortandole los Hábitos, y algunos dedos: lo qual comunicado conmigo embié mi Visitador con sus Oficiales, para que averiguasse lo que en esto passaba, como lo hizo, y se verà mas largamente por la dicha informacion. Despues en nombre de la Provincia, y à pedimento suyo se hicieron otras averiguaciones de milagros. En este tiempo se descubrió su Cuerpo, con ocasion de mudarle de una Sepultura à otra, y entonces se echaron de vér algunas cosas, que tambien van verificadas [verdad es, que esto de mejorarle de Sepultura fue sin mi parecer] con que se ha augmentado la devocion del Pueblo. A V. M. se le hizo relacion de que estaba entero, y tratable. Acordé de verle, y para esto llevé conmigo algunos Capitulares de mi Cavildo, graves, y doctos, y algunos Médicos de esta Ciudad, que todos testificaron lo que va en sus dichos, y otras algunas personas de las que alli se hallaron. Y si todo lo que va aprobado no juzgare su Santidad ser bastante para beatificarle, el tiempo irà declarando lo que se ha de hacer; que muchos Santos, que la Iglesia tiene canonizados, luego que murieron no hicieron señales tan conocidas, y maravillosas. Dios N. Sr. declare su voluntad,

 para

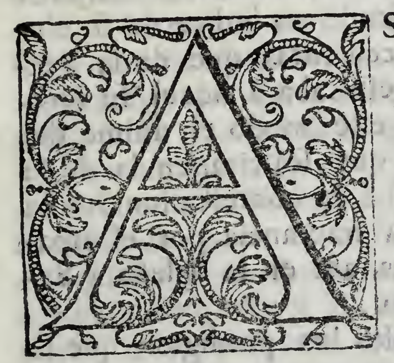
para que V. M. se emplee en honrar, y venerar sus Siervos; cuya Cathólica Persona guarde, y conserve Dios. Angeles, y quatro de Mayo de mil seiscientos y quatro años. = D. Diego Romano, Obispo de Tlaxcalam.

El último testimonio, que con las solemnidades todas de Derecho se produxo, de la maravillosa incorrupcion, fuè el del Illmò. Sr. D. Gutierre Bernardo de Quiròs Obispo de la Puebla, y Juez Apostólico nombrado por la Santa Sede, para formar los Processos en la dicha Causa. El dia veinte y ocho de Abril del año de mil seiscientos treinta y dos, resolviò Su Illmà. visitar de nuevo el venerable Cuerpo, y sentado *pro Tribunali* con sus dos Conjuezes, en presencia de los Prebendados de la Santa Iglesia, Cavalleros, y Magistrados de la Ciudad, haviendo notificado con precepto formal de santa obediencia à los Médicos, y Cirujanos mas perítos, convocados para el efecto, declararon èstos con juramento ser sobrenatural la incorrupcion, que en el dicho Cuerpo percibian; fundando su assercion en razones eficaces, y urgentíssimas de Physica, Medicina, y Cirugìa: cuyo testimonio agregado à veinte y cinco deposiciones de los Prebendados, Theólogos, y otros Cavalleros, todos contextes, acabaron de hacer indubitable, assi la incorrupcion, como las demàs singularíssimas prerrogativas, que ya dexamos dichas.

CAPI-

CAPITULO VI.

De los prodigios que ha obrado Dios en las Reliquias de su Siervo Aparicio.



SSEGURADO de aquel modo por parte de los hombres el prodigio de la incorrupcion, prosiguiò el Cielo por la suya continuando el esmero, con que aun en vida atendiò à las reliquias de su Cuepo. Aquella admirable fragrancia, que exhalaba èste, solìa ser algunas veces tan intensa, que transcendiendo los lìmites de la Sepultura, recreaba maravillosamente à los circunstantes, como lo testificò el R. P. Guardian Fray Pedro de Castañeda, admirando especialmente el dicho prodigio, en ocasion, en que se hallaba presente Ambrosio de Pisa; quien sin embargo de haver dos años, que havìa perdido totalmente el olfato, con duplicada maravilla percibiò el suave olor, que arrojaba de sì la Sepultura del Venerable.

No fuè menos admirable el caso sucedido à los nueve años despues de su muerte. Hallandose el M. R. P. Comissario General de estas Provincias, y con èl la mayor parte de aquella Comunidad, en la Iglesia de nuestro Convento de la Puebla, y immediato al Altar de N. P. S. Francisco, à cuyas espal-

das eſtaba, como dexamos dicho, el Santo Cadáver, comenzò à leer una Relacion, que acababa de llegar al Reyno, de la Beatificacion del Venerable Siervo de Dios Fray Jacome de la Marca; y en aquel miſmo punto ſe empezò à percibir un olor tan ſuave, que conſolandolos à todos, ninguno ſe atrevìa à ſeñalarle ſemejante, entre los mas eſquiſitos de la tierra. Lo mas que hicieron fuè aventurar ſus conjeturas; queriendo unos, que fueſſe un índice de ſu alegrìa por la nueva gloria accidental, que de la Beatificacion, que ſe referìa, reſultaba à aquel ſu Hermano; y otros, excitar de eſte modo el ánimo del Prelado, y demàs Fieles, à que ſolicitaſſen la de la ſuya. Lo que no diò lugar à la conteſtacion, fuè la perenne permanencia de la fragrancia, por el eſpacio de cinqüenta y dos dias, aſsi en la Igleſia, y Sacriſtìa, como en el Clauſtro.

Son caſi innumerables los prodigios, que ſe refieren, aſsi de ſangre reciente, como de otro ſuaviſsimo licor, que ha ſalido, no ſolo del venerable Cadáver; ſino tambien de ſus reliquias; y alguna vez (como lo jurò Fr. Geronymo de Segovia) con tal abundancia, que ſe derramaba por las junturas de la Caxa, en que ſe hallaba aquel depoſitado. Pero aun fuè mas admirable haver arrojado de sì la dicha ſangre, un cayo del tamaño de un garbanzo, que le cortaron quando muriò, del dedo pulgar de una mano, y que guardò Franciſco Duràn, al dividirlo (deſpues de diez y ocho dias de muerto) en dos mitades.

Todavìa ſe manifeſtò mas benéfica la Omnipotencia con atender aun à los miſmos cabellos de ſu Venerable Siervo, como inſtrumento de muchas maravillas. El Dr. D. Geronymo Godinez Maldonado

do jurò haver oìdo certificar à Pedro Ortiz de Avilez, tener unos cabellos de los que ſe havian cortado à aquel, quando eſtaba en el Féretro, que havian crecido quatro tantos mas, deſpues de haverlos tenido en ſu poder, por medio de los quales havìa obrado Dios muchos prodigios, aplicandolos, aſſi à mugeres, que ſe hallaban en peligro de parto, como en otras diferentes enfermedades.

Haviendo dado al Licenciado Alonſo Muñoz, Cura por ſu Mageſtad en el Obiſpado de la Puebla, un cabello del Siervo de Dios, del tamaño, poco mas, de la uña del dedo pulgar, hallò haver crecido mas de un geme, en el tiempo de un año. Refiriendo el prodigio, lo manifeſtò en otra ocaſion à otros Sacerdotes, y en el miſmo acto ſe le deſpareciò. Afligido el buen Cura, hizo que ſe encendieſſen luces para buſcarlo, y al vèr que no ſe hallaba, manifeſtò ſu ſentimiento, golpeando una con otra las dos manos. Havianle dado en aquel miſmo dia una ſangrìa del higado, y con la fuerza que hizo en el dicho ademan, ſe le abriò la ciſura de tal ſuerte, que comenzò à brotar la ſangre en tanta abundancia, que ſe fuè quedando deſmayado ſin reſpiracion, y ſin pulſos. Luego que advirtiò el peligro, exclamò diciendo: *Santo Aparicio, ſocorredme, que ſe me acaba la vida*; ſin hablar por entonces mas palabra.

Comenzaron à aplicarle varios remedios; pero todos inutiles en orden al efecto de atajarle la ſangre, ni recuperar el aliento perdido; tanto, que creyendo cierta ſu muerte, lo tomaron los amigos, que ſe hallaban preſentes, y lo llevaron à la cama. A poco de eſta diligencia encontrò uno de los dichos Sacerdotes el cabello perdido, y diciendo en

alta

alta voz: *Ya pareciò el cabello, aqui eſtà,* aplicandoſelo al moribundo à la rota ciſura, en aquel miſmo inſtante volviò èſte en sì, diciendo: *Santo Aparicio, gloria ſea à Dios, que pareciò el cabello.* Y haviendoſele eſtancado la ſangre à ſu contacto, de ſuerte, que no saliò mas gota de ella, ſe levantò de la cama alegre, y ſano.

CAPITULO VII.

De algunos muertos reſuſcitados por interceſſion del Siervo de Dios.



ARECE, que en correſpondencia de aquella ſemejanza de Aparicio con los niños, en la innocencia, quiſo ſingularizarle la Omnipotencia, en la gracia de obrar milagros à ſu favor, haſta los mas prodigioſos de reſtituirlos de la muerte à la vida. La primera, que experimentò eſta ſingularidad, entre nueve que conſtan en el proceſſo Apoſtólico, fuè una niña de dos años, llamada Marìa, hija de Juan Nuñez, y de Juana Duràn, vecinos de la Puebla, muerta por el mes de Marzo del año de mil y ſeiſcientos. Afligida en extremo la Madre, la encomendò con las mayores veras al Siervo de Dios; y entrandole luego en la boca una

uña

uña del miſmo, en aquel punto viò reſtituida à nueva vida à ſu difunta hija.

Año de mil ſeiſcientos y dos, en la calle, que llaman de los Meſones en la Puebla, en Caſa del Comendador D. Bartholomè de Narvaez, Cavallero del Orden de Sancti-Spiritus, diò un empellon una muchacha llamada Auguſtina de la Torre, Mulata, à un Hermano ſuyo menor, llamado Nicolàs, que lo arrojò de una ventana mui alta à la calle, ſobre un monton de piedras, de que quedò muerto al inſtante. Doña Catharina Perez, Muger del dicho Comendador, y Prima Hermana de la ſegunda Muger del Venerable, comenzò à clamar con muchas lágrymas, diciendole: *Hermano mio, y Santo Aparicio, pues en vida me moſtraſteis amor, y en vueſtra deſpedida para iros à morir, me prometiſteis ayudar, hacedlo ahora, y reſuſcitadme à eſte niño.* Y diciendo eſto, le puſo ſobre el pecho un pequeño pedazo de Habito del Siervo de Dios, ſin ceſſar en ſus clamores; y à las quatro horas de difunto ſe levantò, y comenzò à andar del todo ſano.

En el de mil ſeiſcientos y tres cayò otro Mulatillo de dos años, Eſclavo tambien de la miſma Señora Doña Catharina Perez, llamado Simon, de otra ventana de la dicha Caſa à un Patio enloſado, en que perdiò la vida. La mencionada Señora, con ſu antigua fé, y devocion à ſu Pariente, aplicò à èſte, como al primero, deſpues de quatro, ò cinco horas de difunto, el pedazo de Hábito; con el que volviò à la vida riendoſe, como ſi nada le huviera ſucedido.

El dia primero de Enero de mil ſeiſcientos y ſeis, otra niña, llamada Andrea, igualmente de dos años, hija de D. Diego Salcedo, y Albornoz, y de

Doña

Doña Marìa Lopez de Padilla, vecinos de la Puebla, cayò en una azéquia, ò zanja de agua, que passaba por su Casa para los Molinos del Carmen, donde se ahogò; y assi muerta la llevò la corriente por debaxo de otras quatro Casas; despues de las quales acertò à cogerla una Mestiza, llamada Marìa Luisa, à tiempo que iba en pòs de ella una Negra, llamada Marìa de Santa Anna, à quien la havìa dexado su Ama encomendada. Tomòla al punto la afligida Criada, y llevòla à Casa de Doña Marìa Carranza, Abuela de dicha niña; la qual passó à los Padres la funesta noticia. Y acordandose èstos en medio de su dolor de las muchas gracias, que dispensaba el Cielo por intercession del Venerable Aparicio, ocurrieron à la misma por medio de sus devotas súplicas; las que tuvieron por premio el portento de la resurreccion de su hija; que correspondiò èsta despues consagrandose à Dios en el Monasterio de la Seráfica Madre Santa Clara de la Ciudad de Atrizco.

Muriò en la Puebla el año de mil seiscientos y ocho, un niño, hijo de Pedro Morales, y de Leonor Rodriguez. Y poniendole sobre la cabeza un paño, con que se havìa limpiado el sudor del difunto Cuerpo del Venerable, è invocandole con gran fervor, resuscitò, quedando al mismo tiempo sano, y robusto.

Una niña tambien de dos años, hija de D. Juan de Naxera, y de Doña Leonor Rodriguez, vecinos del Pueblo de Nativitas, haviendo muerto, y estando ya amortajandola para sepultarla, llegò à este tiempo Francisco de Olarte, y poniendole un pedazo de Cuerda del Venerable Aparicio, comenzò à moverse la difunta niña; y pidiendo de allì à poco

de

de comer, ſe levantò, y anduvo con imponderable admiracion de los circunſtantes.

A un niño huerfano, llamado Juan Bautiſta, diò una coz un Caballo en una ſien, que le dexò muerto el año de mil ſeiſcientos veinte y dos. Viendolo de aquel modo Juan Bautiſta Garrido, y ſu Muger Marìa Rodriguez (en cuya Haciènda ſucediò) recurrieron con fervoroſas inſtancias al Venerable Padre Aparicio, clamando à grandes voces les reſtituyeſſe vivo à ſu niño; y volviendo en sì deſpues de una hora de difunto, ſe levantò tan ſano, y bueno, que ſe puſo à jugar al inſtante con otros de ſu edad.

Otro niño, llamado tambien Juan, y de edad de dos años, hijo de Joſeph Ortiz, y Marìa Salmeron, Mercaderes, junto al Hoſpital de San Roque en la Puebla, llegò à la puerta de la Caballeriza de ſu Caſa, y deſprendiendoſe de ella una grande, y peſada biga, le cayò encima, y lo matò. Al eſtrépito del golpe ocurriò una India, llamada Helena, y hallò debaxo de la dicha biga al niño muerto, la cabeza desbaratada, y eſtropeado el muſlo derecho; y levantandolo de aquel lugar, lo puſo en brazos de ſu Madre; la qual con el dolor, que era preciſſo le excitaſſe ſemejante tragedia, ocurriendo à la proteccion del Siervo de Dios, comenzò à gritar: *Padre Aparicio, reſuſcitadme mi hijo*; y tomando luego un pedazo de carne de un dedo del Venerable, y otro de ſu Habito, ſe lo puſo al dicho niño ſobre el pecho; con lo que abriendo los ojos, no ſolo recobrò el uſo de los ſentidos; ſino la perfecta integridad de la cabeza, y muſlo, deſapareciendo aun las miſmas cicatrizes de las heridas.

Haviendo eſtado tres dias de parto, y en gra-

víssimo peligro de la vida en el ya mencionado Pueblo de Nativitas una India sirviente de D. Juan de Naxera, tuvo la Muger de èste, Doña Leonor Rodriguez, la dicha de adquirir una Cuerda del Venerable; y poniendosela en el vientre à la referida India, arrojò al punto una criatura muerta. Tomòla en las manos Augustina Romero; y aplicandole la misma Cuerda, implorando el auxilio del Altíssimo, por los méritos de su Siervo, resuscitò èsta pára perficionar el elogio debido à los prodigios executados, assi con los ya dichos, como con otros muchos innocentes, que omitimos.

CAPITULO VIII.

De algunas apariciones del Siervo de Dios, y de una alma, que se apareció, pidiendo rogassen al Venerable intercediesse por ella.



EGUN consta del processo Apostólico, fueron veinte y una las ocasiones, en que se apareciò el Venerable Aparicio despues de su tránsito, socorriendo en ellas las necessidades de sus devotos, de las que referirèmos en este Capítulo las que nos han parecido mas notables.

Haviendose quebrado de una vince un niño, llama-

llamado Francisco, hijo de Juan Minguez de Castro, y de Doña Benita de Urosa, llegò à tal magnitud la rotura, que sobre los excessivos dolores, que causaba al innocente, hacìa evidente el peligro de su vida. No omitieron sus Padres diligencia de quantas previene el arte, para consultar à su alivio, y evitar el temido riesgo; tanto que apuradas ya todas las suaves, determinaron los Cirujanos abrirle por la ingle, para soldarle por este medio las telas rotas. Convino el Padre en la resolucion, y aun prometiò cien pesos al que de ellos hiciesse la operacion con el mayor esmero. Mas oponiendose la Madre, dixo, tener ofrecido el niño al glorioso San Diego, y que esperaba, que el Santo le alcanzasse la salud.

Llevaronle con efecto el Padre, y la Madre à la Iglesia de nuestro Convento; y estando en la Capilla Mayor, le mostraron en un Altar la Imagen de dicho Santo, y dixeron, que se arrodillasse delante de èl, y le pidiesse el remedio de su enfermedad. Mas dexando el niño el señalado Altar, se fuè al de N. P. S. Francisco, que estaba adelante, y à sus espaldas el Cuerpo del Venerable; el qual saliendole al encuentro, le dixo: *Anda, que ya estàs bueno de la quebradura, que el Venerable Aparicio te ha sanado: di que te quiten el braguero.* Assi lo publicò à grandes voces el innocente, con notable alegrìa.

Los Padres, que aunque tenian noticia de los muchos prodigios del Siervo de Dios, se rezelaban de alguna ilusion del paciente, se lo volvieron à Casa, sin haverse atrevido à registrarlo. Mas al otro dia por la mañana repitiò el niño à dar voces, diciendo: *Aqui està el Padre viejo de ayer, y dice, que me quiten el braguero, que ya el Venerable*

2 *Apa-*

Aparicio me curò. Ocurriò el Padre entonces, y quitandoſelo, lo hallò perfectamente bueno, y ſano.

Eſtando tan gravemente enferma de tabardillo Marìa Rodriguez, Muger de Juan Bautiſta Garcia, vecino de la Puebla, que ſe hallaba deſahuciada del Licenciado Valencia, Clerigo Presbytero, y de gran crêdito en ſu facultad de Medicina, ſe le agravò una noche el accidente, de ſuerte, que llegaron todos à perder las eſperanzas de ſu vida: mas en la fuerza de eſta congoja viò, que ſe acercaba à ſu cama el Venerable, y le decìa: *Marìa, no moriràs de eſta enfermedad, que Dios te quiere dar vida, para que ampares tus hijos El Viernes te levantaràs, è iràs à San Franciſco, y en ſu Altar ſaldrà un Viejo à decir Miſſa; la oiràs, y te llegaràs à que te diga un Evangelio.* Sucediò eſta viſion Miercoles en la noche; y haviendo reſtablecido ſu total ſanidad Jueves por la mañana, fuè el Viernes à la Igleſia, donde haviendoſe verificado quanto le havìa prevenido el Siervo de Dios, ſe reſtituyò à ſu Caſa ſin la menor ſeñal del paſſado quebranto.

Gabriel de Santiago, Indio que havía ſervido, y acompañado al Venerable en el miniſterio de las Carretas, llegò à verſe tan agravado de un tabardillo, que aſſi ſu muger, como dos hijas, que tenìa, lo lloraban ya difunto, y como à tal, comenzaban ya à amortajarlo: mas levantandoſe entonces el que yacìa yerto, y exánime, les preguntò: *¿què querian? Que alli havía eſtado ſu Amo el P. Aparicio, y le havìa dicho, que no havía de morir de aquella enfermedad,* confirmando el efecto la verdad del ſuceſſo; pues haviendo recuperado la ſalud, viviò deſpues mucho tiempo, exercitado ſiempre en aque-

llas

llas prácticas virtuosas, que havìa aprendido del Venerable Padre, interin desfrutò su compañìa.

Celebrandose unas fiestas en el Pueblo de Huexotzingo, al ir à subir à un tablado Gabriel Xuarez, Indio principal, hijo de Doña Magdalena de Mendoza, se le vino aquel encima, dexandolo tan gravemente quebrantado, que à los dos dias llegò à perder el habla, y el sentido. Del mismo modo prosiguiò otros dos, sin serle possible tomar mas alimento, que el de una escasa porcion de atole. Llegòse en fin à persuadir el infeliz, ser indeclinable su muerte; quando viò entrar por la puerta un Religioso de N. P. S. Francisco, que hincando las rodillas delante de una Imagen de Nrà. Srà. que estaba en un Altar, y despues de haverle hecho una profunda reverencia, se dirigiò à su cama, y le dixo: *Consuelate, que no serà nada tu mal: embia à Casa de Diego Perez por un pedazo de mi Hábito, y con èl sanaràs.* Y siguiendo à ponerle por tres veces las manos sobre las partes lastimadas, se ausentò.

Levantò entonces la voz el enfermo, diciendo: *Aqui ha estado el P. Aparicio.* A la novedad ocurriò toda la gente de su Casa, à la que refiriò el sucesso: y haviendo embiado por el pedazo de Hábito, que traxo el referido Diego Perez, y aplicadoselе, desprendiendo al mismo tiempo algunas partículas de èl, que tomò en agua, quedò perfectamente bueno.

Haviendose levantado un dia de la cama Martin de Escobar, dixo à Doña Marìa Diaz de Rueda, y à su Marido, que aquella noche havìa estado con èl el Padre Aparicio, y le havìa dicho, que emmendasse su vida, que havìa de ser mui corta, porque den-

dentro de breve le havìa de dar una enfermedad de que moriria. Procuraron los dichos desvanecerle la especie con decirle, que serìa ilusion, ò sueño; pero èl insistìa en que real, y verdaderamente le havìa hablado el Venerable: y el sucesso verificò su realidad; porque al mes le assaltò un accidente tan violento, que dentro de tres dias le quitò la vida.

Pedro Lopez de Angùlo, vecino de la Villa de Carrion, se hallaba enfermo en cama; y despues de haver estado algun tiempo recogido en su interior, volviò diciendo à su Muger, que ya era cierta su muerte, que le encendiesse la candela de bien morir, y se la diesse: y preguntandole aquella la causa, le respondiò: que el Padre Aparicio lo havìa venido à visitar, y le havìa dicho, que ya era hora de caminar. Lo que se cumpliò puntualmente; pues haviendo tomado la candela, al instante muriò.

El caso que se sigue, es una de las pruebas mas relevantes de lo poderoso, que es para con Dios la intercession del Venerable. Haviendo muerto un rayo en el campo, el dia diez de Septiembre del año de mil y seiscientos, diez, ò doce leguas distante de la Ciudad de la Puebla, à Luis Gutierrez de Huesca, se apareciò èste à un amigo suyo, llamado Miguel de Origuen, y asiendole del dedo pulgar de la mano izquierda, le preguntò, ¿si lo conocìa? Este, que ignoraba aùn si era difunto, le respondiò, que sì. Prosiguiò aquel diciendo: *Pues sabed, Hermano, que yo estoy en gran trabajo, y necessidad, y la tengo de que se me digan seis Missas en la Iglesia Mayor, en el Altar del Perdon, ò de las Animas, y otras quatro al Padre Aparicio, para que interceda por mi con Dios. Rogarèis tambien a mi Hermano*

mano (era èſte Juan Gutierrez de Hueſca, vecino de la dicha Ciudad) *ayude à favorecer à mis hijas, y muger, y que pague à N. ocho peſos, que le quedè debiendo: y haciendo eſto por mi, harèis gran bien à mi alma.*

Dicho eſto, ſe partiò de ſu preſencia, advirtiendole, no ſe volvieſſe à mirarle, porque le ſucederìa mal. Mas dexandoſe arraſtrar el hombre de la curioſidad, volviò la cabeza à verle, quedando en el miſmo punto ſin ſentido, por el grandíſſimo horror que le cauſó, acompañando à la viſion un eſpantoſo ruido. Acudieron à èl los de la Caſa; y hallando al dicho Origuen caìdo en el ſuelo, y caſi muerto, ocurrieron à aquella hora (que era la de mas de las diez de la noche) por un Religioſo, que lo confeſſaſſe; lo que no fuè poſſible por entonces; haſta que cerca ya de la madrugada, volviendo en sì, afirmò con juramento todo lo referido. en que nos dexò à todos un teſtimonio, que deſde entonces eſtà acuſando nueſtra tibieza en no ocurrir en nueſtras particulares neceſſidades à la poderoſa proteccion de un tal Abogado, como quiſo deſtinar à èſte Nuevo Mundo la Providencia en ſu Siervo Aparicio.



CAPI-

CAPITULO IX.

Refierenſe algunos de los muchos milagros, que à favor de ſus devotos ha obrado el Venerable Siervo de Dios.



IENDO innumerables los prodigios, que obrò deſpues de muerto, pues paſſan de mil y doſcientos los comprobados, y que conſtan juridicamente dél proceſſo formado por los Juezes Apoſtólicos, en virtud del Breve expedido por la Santidad del Sr. Urbano VIII. nos vemos preciſſados à exponer ſolamente algunos, bien que de los authénticos, ya que la noticia individual de todos es impoſſible.

La Madre Andrèa de San Pedro, Religioſa del Convento de la Concepcion de la Puebla, eſtuvo enferma tres años y medio de un cirro en el lado del higado. Y haviendola aſſiſtido los primeros Médicos de aquella Ciudad, la declararon todos por incurable, aſſegurandole moriria dentro de breve tiempo; y aſſi, que anduvieſſe ſiempre prevenida, porque no tenìa hora ſegura. Y en efecto ſe le llegò à agravar de ſuerte el accidente, que ni el alivio de acoſtarſe le permitìa.

Eſte infeliz eſtado de ſu ſalud, y la impoſſibili-

bilidad de ſu curacion, refiriò un dia en un Locutorio, delante de Juan de Benavides; el qual le dixo: *Señora, yo vengo ahora de Eſpaña, y tengo noticia, que en eſta Ciudad muriò un Religioſo de S. Franciſco, Fr. Sebaſtian de Aparicio, el qual ha hecho allà muchos milagros, y acà ſé, que los hace cada dia: encomiendeſe à èl, y rueguele, que le dè ſalud.* Hizolo aſſi deſde luego la Religioſa; y aunque aquella nòche le afligiò mas que nunca la enfermedad, de manera, que parecìa acercarſele la hora de aquel fatal prognóſtico, no por eſſo deſmayò en ſu peticion; antes haciendo del mayor rieſgo un nuevo eſtímulo à ſu fé, redoblò ſus fervoroſas inſtancias al Venerable. Entre ſus ſúplicas, y congojas le acometiò un género de ſueño, en que oyò diſtintamente, que le decian: *¿Donde tienes el dolor?* Y deſpertando al punto, ſe hallò tan buena, y ſana, que ni ſeñal le havìa quedado de la hinchazon.

En el Pueblo de Otucpam le acometiò à Juan Dominguez un repentino accidente de demencia, que le hizo tan furioſo, que entre dos hombres robuſtos no era poſſible ſujetarlo. En eſte eſtado lo hallò Diego Hernandez; quien quitandoſe una Cuerda del Venerable, què traìa ceñida, ſe la puſo al miſerable paciente, con la qual ſe ſoſſegò, y quedò dormido haſta la mañana, que deſpertò dando gracias al Bienhechor por el beneficio conſeguido, por medio de la dicha Cuerda, y ſe la volviò lleno de veneracion, y gratitud. Mas haviendole repetido la ſiguiente noche con tal furia, que à sì miſmo ſe hacìa pedazos, ſe le volviò à poner la dicha Cuerda, y nuevamente ſe aquietò. Reconociendo entonces la eficacia del remedio, pidiò por amor de Dios al referido

Diego Hernandez le dieſſe un pedazo de ella; mas èſte anduvo tan charitativo, que ſe la diò toda, con lo que jamàs le repitiò ſemejante accidente.

A Juan Ortiz de Zuñiga acometiò de repente un inſulto apoplético, con el que ſe privó de los ſentidos, y ſe le trabó de ſuerte la lengua, que le dexó inhabil aun para pedir confeſſion. Afligida Anna Vaſquez ſu muger, ſacò un lienzo, que ſe havìa tocado al Cuerpo del Venerable, y ſe lo aplicò al enfermo, pidiendo à Dios lo libraſſe por los méritos de ſu Siervo de accidente tan peligroſo; y ſiguiendo al contacto un copioſo ſudor, ſin otro medicamento alguno ſe hallò bueno.

Franciſca de Eſpinoſa padecìa habitualmente deſde ſu nacimiento un recio mal de corazon, de ſuerte, que perdido el ſentido, ſe golpeaba furioſamente, ſin que huvieſſen ſido poderoſos muchos remedios, que le havian aplicado, para que le dexaſſe libre ſiquiera una ſemana. Diòle en una ocaſion delante de Juan de Arcos, y ſu muger; los quales compadecidos traxeron un pedazo de ſuela de un zapato, ò ſandalia del Padre Aparicio, y un lienzo, con que ſe le havìa limpiado el ſudor, eſtando en el Féretro: y aplicandole uno y otro ſobre el lado del corazon, ſe reſtituyò al inſtante à ſus ſentidos, y quedò tan del todo ſana, que jamàs le repitiò el dicho mal, en todo el demàs reſto de ſu vida.

El P. Fr. Benito Bravo de Lagunas iba de nueſtro Convento de Huexotzingo enfermo de perleſìa à curarſe à la Enfermerìa del de la Puebla; y en el miſmo camino le ſobrevino una apoplexìa, de que ſe agravò tanto, que al llegar à dicho Convento ſe privò de movimiento, y de ſentido. A la fuerza de los me-

medicamentos pudo volver en sì; pero quedò tan balbuciente, è impedido de la lengua, que no se le entendìa palabra de quanto hablaba. El mismo Médico, que lo curaba, le diò un pedazo pequeño de lienzo teñido en sangre del Venerable; el qual le puso sobre la lengua: con lo que recuperò el habla, y quedò sano de una y otra enfermedad.

El Licenciado Bartholomè de Espinosa llegò à cegar del todo, à causa de dos nubes, que se le engendraron en los ojos. Afligida la Madre ocurriò con fervorosas súplicas al Venerable Aparicio por la salud de su hijo; y confiada en los méritos del Siervo de Dios le puso sobre los ojos un dedo, que tenìa del mismo Padre. Dos horas le tuvo el paciente invocando su proteccion, al fin de las quales se quedò dormido; y haviendo despertado, se hallò sin nube alguna, y restituida la claridad antigua de su vista.

A Doña Isabel Sambrano de Espinosa le sobrevino un desconcierto, ò fluxo de vientre, de tan malas calidades, que à mas de haverla desahuciado el Médico, se sentìa tan debil de sus resultas, que casi por instantes aguardaba la muerte. En este estado le traxeron un Escapulario, en que estaba cosido un pedazo de Hábito del Venerable, à quien suplicò con muchas veras le diesse salud: y afirmaba, que en aquel instante le pareciò, que veìa al Siervo de Dios delante de sì con su Hábito de Religioso. Púsose en efecto el Escapulario con el dicho pedazo; con lo que se hallò al instante perfectamente sana.

Haviendo tomado las unciones en el Hospital de Huastepec el P. Fr. Antonio Gomez, Religioso de la Orden de N. P. S. Francisco, à causa de

muchos, y graves accidentes, que padecìa, le ſobrevino un tabardillo, de que le traxeron à la Enfermerìa del Convento grande de México, donde llegò ſin habla, y ſin ſentido. Hicieronle algunos remedios, con que volviò en sì, y pudo recibir los Sacramentos; mas quitandoſele de nuevo el habla, y agravandoſele el accidente, llegò à los últimos terminos de la vida, de ſuerte, que le tocaron à Credo, y ſe lo cantaron los Religioſos. Viendo èſtos, que no eſpiraba por entonces, ſe retiraron, dexando prevenidos tres que lo velaſſen, un Sacerdote, y dos Legos. Uno de èſtos, que lo hallò en aquel eſtado, tomò un poco de tierra del Sepulcro del Venerable Aparicio, y deshaciendola en agua, ſe la echò en la boca; con lo que al punto abriò los ojos el enfermo; y haviendo ya tres dias, que no hablaba, prorrumpiò en eſtas palabras: *Echa mas agua, que queda mas tierra.* Dixole entonces el charitativo Enfermero, que era tierra, en que havìa eſtado el Cuerpo del Padre Aparicio, que la tomaſſe con fé, y devocion; y echandole mas agua, repitiò à beberla el enfermo; con lo que inſtantaneamente ſe hallò libre, aſſi del tabardillo, como de todos los demàs accidentes, que antes padecìa, y en accion de gracias dixo un novenario de Miſſas al Venerable Padre.

Eſtando en un Pueblo de Yucatàn el P. Fr. Franciſco de Fontidueñas, ſupo que havìa dado à los Indios una peſte de cocolixtli, reputada comunmente por incurable. Y llamando à uno principal de entre ellos, le diò de la tierra del Sepulcro del Venerable, diciendole: que la dieſſe à beber deshecha en agua à los apeſtados, y les dixeſſe, que ſe encomendaſſen à Dios, y al Padre Aparicio. Saliòſe el

Re-

Religioſo del dicho Pueblo; y haviendo caminado dos leguas, le vino à alcanzar el referido Indio principal, pidiendole por amor de Dios le dieſſe mas de aquella tierra; porque todos los enfermos, que la havian bebido, al punto havian ſanado.

Navegando el miſmo Religioſo para la Havana con un Eſcribano de Navío totalmente tullido, y que hacìa mas de ocho meſes, que no ſe podìa levantar de una cama, le refiriò muchos de los milagros de enfermos, que havian ſanado con la tierra del Sepulcro del Siervo de Dios; los que oìdos por el referido Eſcribano, le dixo: *Padre, no tengo yo menos fé, que eſſos, demela.* Dióſela con efecto diciendole, que la bebieſſe deshecha en agua nueve dias; y haviendolo hecho aſſi, ſe levantò el último de la cama con toda expedicion.

Tenìa Conſtanza Diaz una Hacienda, y Caſa à orillas del Rio de Atoyac, el qual crecìa todos los años en tiempo de aguas, tanto, que no ſe podìa vadear, y con ſus avenidas, y corrientes amenazaba ruina à los vecinos, caſas, y ſembrados. Llegò à ſubir de manera en una ocaſion, que batiendo ſus aguas mas de una vara de alto de la de Conſtanza, era evidente el daño, que le preparaba. Pueſta en aquel peligro la acongojada muger, tomò un pedazo de la coraza de la ſilla, en que ſolìa cabalgar, quando ſe hallaba mas vejado de ſus habituales accidentes, el Venerable; y atandolo con un cordel, lo arrojò al agua, dexandolo afianzado por el otro extremo à una mata de hyerbas; y hecha eſta diligencia, ſe entrò en ſu Caſa.

Sus domésticos, que eſtaban mirando al Rio, comenzaron à gritar al punto, que havìa menguado;

à

à cuyas voces, volviendo à assomarse aquella, hallò haverse retirado instantaneamente las aguas al contacto de la dicha reliquia, todo aquel espacio, que havian abanzado en la ocasion, y en el que consistìa la imminencia mayor de su peligro.

Para satisfacer finalmente à la devocion comun, y alentar la confianza en la proteccion del Venerable, me ha parecido referir sumariamente las maravillas, que constan de los processos Apostólicos haver obrado despues de su dichosissimo transito.

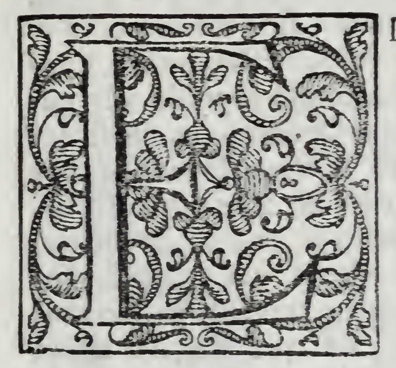
En dolores, y otros achaques incurables de cabeza, rostro, ojos, oìdos, y narizes, ciento, quarenta y dos milagros, en que entran algunos ciegos, que recibieron vista. En dolores, y otros achaques de muelas, garganta, pecho, y estómago, vientre, orina, brazos, y piernas, ciento quarenta y quatro. En roturas de niños, y hombres grandes, treinta y siete. En males de madre, corazon, hijada, y de costado, incurables, treinta y siete. En pasmos, tullimientos, viruelas, llagas, apostemas, fluxos de sangre, y otros graves achaques, ochenta y cinco. En calenturas, dicenterias, heridas mortales, y otros incurables accidentes, quarenta y nueve.

En tabardillos irremediables, cinqüenta y cinco. En partos mortalmente peligrosos, ciento setenta y nueve En otras varias enfermedades, cuyos nombres no se especifican, ochenta y dos. En tempestades de granizo, y piedra en la tierra, y de viento en el mar; y en otros varios socorros, no solo à favor de los hombres; sino aun de los brutos; y en otros diversos casor admirables, ciento cinqüenta y seis. A mas de veinte y una ocasiones, en que se ha aparecido corporal, ò intelectualmente à sus devotos

votos, y nueve muertos reſuſcitados, ſin entrar al cómputo el que dexamos referido en el Capítulo VI. del tercer Libro.

CAPITULO X.

Del feliz eſtado, en que ſe halla en el dia la Cauſa de la Canonizacion del Venerable Siervo de Dios Fr. Sebaſtian de Aparicio.



L eſpíritu que animaba aquellas repetidas, y alegres voces, que reſonaban por las Calles, y Plazas de la Ciudad de la Puebla, luego que volò al Cielo el de Sebaſtian: *Vamos à vèr al Santo, que ha muerto en S. Franciſco*; y que explicaba el concepto de la heroicidad de ſus virtudes, ſe radicò de ſuerte en el comun de los corazones Americanos, à la ſuave violencia de ſus prodigios, que no le ha ſido poſſible à ſu devocion variar aquel renombre, con que ha querido indicar preciſſamente la eſtimacion correſpondiente à aquel ſu particular, y privado concepto; bien que ſiempre impaciente por aquella ſolemne declaracion, que le haga franquear ſus cultos, y llevar ſu veneracion haſta la publicidad de los Altares.

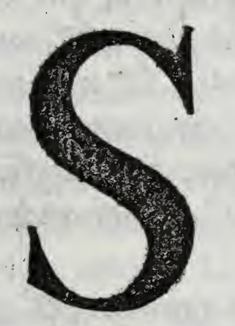
Aun

Aun no se havìa sepultado el Santo Cuerpo, quando se comenzaron à practicar las diligencias, que dictò la discrecion, zelo, y prudencia del Illmò. Sr. D. Diego Romano para aquel fin en las Informaciones, que ya dexamos referidas: à que siguieron las que previene la mas bien arreglada Jurisprudencia de la Iglesia en semejante assunto, de Ordenes, Comissiones, Exàmenes, Processos, Revisiones, Congregaciones, Abogados, Promotores, Ponentes, Procuradores, Escritos, tiempo, expensas, y fatigas, todo con las dificultades, que trahe consigo la gran distancia de Roma à este Nuevo Mundo.

Deseosos igualmente del mas pronto, y feliz éxcito de la Causa, interpusieron sus súplicas los Reyes, Príncipes, Cardenales, Ciudades, Religiones, Universidades, y Colegios, que haviendo logrado vèr publicado con universal aplauso el Decreto, en que se declarò *constar de la fama de santidad, virtudes, y milagros en género del Siervo de Dios Fr. Sebastian de Aparicio*; se persuadiò la comun devocion, à que haviendose expedido èste el dia trece de Junio de mil seiscientos noventa y tres, no passarìa tal vez el de noventa y cinco, sin que llegasse aquel punto dichoso, en que se declarasse lo heroico de las virtudes del mismo Venerable, que tanto le aproximaba à su universalmente suspirada Beatificacion. Pero el que tenìa decretado la Providencia era el del dia dos de Mayo del presente año de mil setecientos sesenta y ocho, en que se diò por nuestro SSmò. P. Clemente XIII. felizmente reynante, el Decreto siguiente.

DE-

DECRETUM
SANCTISSIMI DOMINI NOSTRI CLEMENTIS PAPÆ XIII.
IN CAUSA MEXICANA BEATIFICATIONIS, ET CANONIZATIONIS VENERABILIS SERVI DEI
Fr. SEBASTIANI AB APPARITIO
Laici Professi Ordinis Minorum de Observantia S. Francisci.



IGNATA primum ante generalia Decreta, & opportuné deinde reassumpta fuit à felicis recordationis prædecessore nostro Urbano VIII. Causa Mexicana Venerabilis Servi Dei Fratris SEBASTIANI AB APPARITIO, Laici Professi Ordinis Minorum Sancti Francisci de Observantia, qui à cœlesti Patrefamilias in recens plantata Americana Evangelica Vinea, jam septuagenarius, veluti hora nona, aut undecima, uberiori Divina gratia vocatus, non exiguas proprio labore, ac in-

dustria

dustria collectas opes, in sinum pauperum effudit omnes, & á se penitus abdicavit: ipseque nudus arctiorem Franciscanæ Regulæ Observantiam ita sequutus est, ut in magis abjectis, ac laboriosis Regularis vitæ exercitijs, majori semper gratia, & spiritus fervore, quasi aquila renovans juventutem, in mirabili pœnitentia, ac simplicitate cordis, in oratione, ac fide, quæ per charitatem operatur, ut gigas cucurrerit perfectionis viam usque ad ultimum sennium annorum nonaginta octo: quo, etsi tempore, ac munere novissimus Operarius, parem tamen ab eo mercedem in die ævi meruit accipere, qui infirma mundi eligit, ut confundat fortia, & contemptibilia, ut confundat sapientes, & dat omnibus affluenter, ut in quavis nimirum ætate, loco, & conditione, nova semper, & illustria in Catholica Ecclesia suppetant ad imitandum exempla.

Sæpius deinde instaurato examine, & ad rigidam trutinam [ut in re tanti momenti cautius procederetur] expensa virtutum heroicitate, tum scilicet in binis Congregationibus Antepræparatorijs, habitis diebus 21 Februarij 1702, & 1 Julij 1732; túm in totidem Præparatorijs sub respectivis diebus 11 Martij 1738, ac

3 Junij 1760; coacta denique coram Nobis est Generalis Congregatio die 12 Aprilis currentis anni, in qua, etsi plané concordia sunt proposito Dubio, tum Reverendissimorum Cardinalium, tum reliquorum omnium Suffragantium vota pro affirmativa resolutione libenti animo audivimus; nihilo tamen secius deliberationem Nostram in tam arduo negotio de more distulimus, ut Nostris interim, aliorumque precibus Spiritum sapientiæ, & intellectus imploraremus á Patre luminum, de cujus vultu judicia prodeunt, & justitia videt æquitatem.

Hac itaque Sancto Athanasio die sacra, postquam incruentum Omnipotenti Deo Sacrificium obtulimus, accitis coram Nobis Reverendissimis Sanctæ Romanæ Ecclesiæ Cardinalibus Albano Episcopo Sabinensi Causæ Relatore, & Chisio Sacrorum Rituum Congregationis Præfecto, necnon Carolo Alexio Pisani Fidei Promotore, & infrascripto Secretario, Divino iterum, iterumque implorato præsidio declaravimus, atque decrevimus: CONSTARE DE VENERABILIS SERVI DEI FR. SEBASTIANI AB APPARITIO, LAICI PROFESSI ORDINIS MINORUM S. FRANCISCI DE OBSERVANTIA, VIRTUTI-

 BUS

BUS THEOLOGALIBUS FIDE, SPE, ET CHARITATE ERGA DEUM, ET PROXIMUM; ATQUE CARDINALIBUS PRUDENTIA, JUSTITIA, FORTITUDINE, AC TEMPERANTIA, EARUMQUE ANNEXIS, IN GRADU HEROICO, IN CASU, ET AD EFFECTUM, DE QUO AGITUR.

Et hujusmodi Decretum in acta Sacr. Rit. Congregationis referri, & publicari mandavimus hac ipsa die 2 Maij 1768. Pontificatus Nostri anno decimo. = *Fl. Card. Chisius Præfectus.* = *Loco* ✠ *Sigilli. V. Macedonius Sac. Rit. Cong. Secretarius.*

DE-

DECRETO

DE NUESTRO SANTISSIMO PADRE EL Sr. CLEMENTE XIII.

EN LA CAUSA MEXICANA DE LA BEATIFICACION, Y CANONIZACION DEL V. SIERVO DE DIOS Fr. SEBASTIAN DE APARICIO Lego Professo del Orden de los Religiosos Menores de la Observancia de S. Francisco.

HAVIENDOSE signado primero por Ntró. Predecessor de feliz memoria Urbano VIII, antes de la publicacion de sus Decretos generales, se reasumió despues oportunamente por el mismo la Causa Mexicana del Venerable Siervo de Dios Fr. SEBASTIAN DE APARICIO Lego Professo del Orden de los Menores de San Francisco de la Observancia; quien llamado con una sobreabundante gracia por el celestial Padre de familias á la recien plantada Viña Evangélica

Ame-

Americana á los ſetenta años de ſu edad, como á la hora nona, ó undecima, ſe deſpojó enteramente, y dió de limoſna á los pobres todas quantas riquezas [que no eran pocas] havía acaudalado ſu trabajo, y ſu induſtria; y deſnudo de todas, y de todo, ſiguió de tal ſuerte la mas eſtrecha Obſervancia de la Regla de San Francisco, que corrió el camino de la perfeccion con paſſos de Gigante haſta la última ancianidad de noventa y ocho años, empleado ſiempre con mayor gracia, y mas fervor de eſpíritu, qual Aguila, que renueva ſu juventud, en los mas humildes, y laborioſos exercicios de la vida religioſa, en una admirable Penitencia, y ſencillez de corazon, en la Oracion, y en àquella fé viva, que obra á impulſos de la charidad: y aunque en aquella edad, y empléos fueſſe de los últimos Operarios, mereció recibir en el dia de la eternidad igual premio, que los primeros, de mano de aquel Señor, que ſabe eſcoger lo mas debil del mundo, para confundir á los fuertes, y lo mas abatido, y que parece deſpreciable, para confundir los Sabios, dando á todos con abundancia ſus dones, para que en todo tiempo, lugar, y eſtado haya ſiempre en ſu Cathólica Igleſia nuevos, é iluſtres exemplos, que imitar.

Re-

Repetido en adelante muchas veces el examen, y considerada en rigido escrutinio [para proceder con la debida precaucion en un negocio de tanta gravedad] la heroicidad de sus virtudes; assi en las dos Congregaciones Antepreparatorias, celebradas en 21 de Febrero de 1702, y primero de Julio de 1732, como en otras tantas Preparatorias en los dias respectivos 21 de Marzo de 1738, y 3 de Junio de 1760: ultimamente se celebró en nuestra presencia la Congregacion General dia 12 de Abril del presente año; en la qual, aunque oímos con gozo de nuestro ánimo los votos enteramente concordes de los Rmós. Cardenales, y de los demàs Vocales, à favor de la Causa sobre el Dubio propuesto; con todo suspendimos, segun costumbre, nuestra deliberacion en un assunto tan arduo, para pedir entretanto con nuestras oraciones, y las de otros, el Espíritu de Sabiduría, y Entendimiento al Padre de las luces, que es de quien nacen todas las sentencias, y juicios rectos, y verdaderos, y cuya Justicia vé, y premia las buenas obras.

En el presente dia, pues, consagrado à S. Athanasio, despues que ofrecimos à Dios Todo Poderoso el Sacrificio incruento de la Missa,

con-

congregados en nueſtra preſencia los Rmós. Cardenales de la Santa Romana Igleſia, Albano Obiſpo Sabinenſe, Relator de la Cauſa, y Chiſio Prefecto de la Sagrada Congregacion de Ritos; y tambien Carlos Alexo Piſani, Promotor de la Fé, y el infraſcripto Secretario, implorada una, y muchas veces la aſſiſtencia divina, hemos declarado, y decretado: QUE CONSTA DE LAS VIRTUDES THEOLOGALES FE, ESPERANZA, Y CHARIDAD PARA CON DIOS, Y EL PROXIMO, Y DE LAS CARDINALES PRUDENCIA, JUSTICIA, FORTALEZA, Y TEMPLANZA, Y SUS ANEXAS, EN GRADO HEROICO, DEL VENERABLE SIERVO DE DIOS FR. SEBASTIAN DE APARICIO, LEGO PROFESSO DEL ORDEN DE LOS RELIGIOSOS MENORES DE LA OBSERVANCIA DE S. FRANCISCO, EN EL CASO, Y PARA EL EFECTO DE QUE SE TRATA.

Y mandamos, que eſte Decreto ſe regiſtre en las Actas de la Sagrada Congregacion de Ritos, y ſe publique en eſte miſmo dia dos de Mayo del año de mil ſetecientos ſeſenta y ocho, decimo de Nueſtro Pontificado. = Fl. Card. Chiſio Prefecto. = En lugar ✠ del Sello. = V. Macedonio, Secretario de la Sagrada Congregacion de Ritos.

CAPI-

CAPITULO XI.

Demostraciones de regocijo, que se hicieron en las principales Ciudades de esta Nueva España á la recepcion del Decreto ancecedente.



ON el motivo de la publicacion del referido Decreto se reanimaron los afectos de los habitadores todos de este Nuevo Mundo, singularizandose en las demostraciones los que se consideraban mas interessados en las glorias del Venerable.

La Provincia del Santo Evangelio, que veìa aproximarse aquel deseado dia, en que se venerasse en los Altares un Hijo tan benemérito, de las fatigas, y desvelos expendidos por tantos años en orden à este fin, manifestò su júbilo el once de Septiembre de mil setecientos sesenta y ocho, dando gracias al Altíssimo, assi con el acostumbrado Hymno del *Te Deum laudamus* en su Convento principal de esta Corte de México, felicíssimo nido de aquel su Fenix; acompañando à la accion un general repique à las quatro de la tarde del dicho dia de todas las Iglesias del Orden de N. S. P. S. Francisco de la misma Ciudad; como con celebrar solemnemente en el siguiente doce, con el mismo espíritu, y objeto, el Sacrosanto Sacrificio de la Missa.

No ſatisfecha con la demoſtracion particular de la Religion la devocion, y generoſidad del cuerpo de Nacionales, y Originarios del Nobilíſſimo Reyno de Galicia, que reſide en eſta Capital, determinò repetir por ſu parte la miſma accion de gracias en la Igleſia del dicho Convento, convidando para ello à los Sujetos mas diſtinguidos de la República; y y en efecto, fuè numeroſiſſimo, è igualmente lucìdo el concurſo, que en aquel dia concurriò à la Miſſa, que cantò el Dr. y Mrò. D. Auguſtin de Quintela, natural de eſta Ciudad, cuya generoſa piedad, y magnificencia indican claramente la notoria, y tan acreditada de ſu origen. A la Miſſa, que oficiò la Capilla plena de la Santa Igleſia Cathedral, ſiguiò el *Te Deum*, con que terminò la funcion dicha Capilla.

La dichoſiſſima Ciudad de la Puebla de los Angeles, theatro el mas diſtinguido de los prodigios del Santo Hombre, y Arabia mas feliz, en que dexando incorrupto el deſpojo de la carne, renaciò ſu eſpíritu à la immortal vida de la Gloria; creyendoſe mas obligada, que ninguna otra del Reyno, à celebrar lo plauſible de dicha noticia, ordenò con toda la ſolemnidad de un Vando, ſe adornaſſen las Caſas de colgaduras en los dias 27, 28, y 29. del referido mes de Septiembre, y iluminaſſen generalmenmente, como ſe executò, en las tres reſpectivas noches de los miſmos.

A mas de haver manifeſtado ſu ſingular afecto al Venerable el Prelado de aquella Dioceſis, el Illmò. Sr. Dr. D. Franciſco Fabian, y Fuero, con hacer ſe imprimieſſe à ſu coſta en los Idiomas Latino, y Caſtellano el Decreto referido, quiſo ſobreſalieſſe ſu

pia-

piadosa devocion àcia el mismo con iluminar el Palacio de su habitacion de copiosa multitud de hachas de cera, y ordenar à todas las Parrochias, y Conventos de su filiacion acompañassen à la Matriz en los solemnes repiques, que en celebridad de tanto objeto se repitieron, en aquellos tres dias. El 28, segundo de los ya referidos, à las quatro de la tarde, fuè la Ciudad, baxo sus Reales Mazas, à la Iglesia del Convento de N. S. P. S. Francisco, à assistir al *Te Deum laudamus*, que en debida accion de gracias se cantò por los Religiosos de la Orden, con assistencia, assi del docto, y venerable Clero, como de las Comunidades Religiosas, Colegios, y demàs Nobleza, que ilustra la misma Ciudad. Demostracion, que con igual afecto repitiò cada uno de tan respetables Cuerpos, el siguiente dia à la Missa, que con la mayor solemnidad celebrò el R. P. Guardian de aquel Convento.

A la de la Ciudad siguiò la de la Nacion Gallega en los dias 24, y 25 del mes siguiente, en que aun à vista de lo executado por el comun de aquella, se hizo admirar el esmero, con que se distinguiò su liberalidad, y devocion, assi en la iluminacion de las Casas de sus respectivas moradas, como en la de nuestra Iglesia, en la que, despues de haverse cantado por la Comunidad el *Te Deum laudamus*, acompañado de una excelente Orchesta de instrumentos, se concluyò la accion de gracias con la Missa, que cantò el mismo Prelado.

El todo de estas demostraciones ha excitado en las gentes de todas las classes de este Reyno, una general devota impaciencia, por gozar de aquel glorioso dia, en que poder llevar solemne, y publicamente

mente hasta los pies de los Altares aquella veneracion, que hasta aqui ha mantenido su obediencia à los sabios Decretos de la Silla Apostólica, dentro de los privados, y estrechos límites de su bien fundada piedad.

CAPITULO XII.

Razon del estado en que se halla el sitio llamado vulgarmente el Hospicio, ó Hermita de San Aparicio.



UEGO que muriò el Venerable Siervo de Dios, destinò la obediencia por su successor en el ministerio de las Carretas à Fr. Mathias Granizo, Religioso Lego, notoriamente virtuoso, y exemplar, y por tanto digno de que lo estimasse à própósito, y aun dexasse nombrado (segun se dice) para succederle en aquel exercicio el mismo Venerable. La veneracion, en que se hallaba ya aquel sitio, una legua distante àcia el Norte de la Puebla (como dexamos indicado al Cap. XIII. del Libro I.) en que al pie de un guesso Encino acostumbraba alvergarse su Santo antecessor, estimulò al devoto Fr. Mathias à elegirle tambien por el de su morada. Mas no siendole possible

ble tolerar como aquel la incommodidad de dormir al descubierto, formò una pequeña casilla à orilla de una barranca, por donde desaguan los vecinos montes, media quadra distante del dicho arbol, en que hasta que muriò hizo aquella mansion compatible con las fatigas de su empléo.

A Fr. Mathias succediò otro Religioso Lego, y tambien de buena opinion, llamado Fr. Juan Marin, quien movido de su cordial devocion à la Reyna de los Angeles MARÌA Santissima, fabricò desde luego en honor suyo una corta Hermita, immediata à la dicha casilla, en que colocò un lienzo de dos varas, poco mas, ò menos, de alto, que le havìa dado de limosna un Tercero de Hábito exterior de N. P. S. Francisco, y en que se representa la misma Señora en el Mysterio de su huìda à Egypto.

Pero considerando despues los peligros à que estaban expuestas en tiempo de aguas, assi la recien formada Hermita, como la antigua Casa, à causa de las crecidas avenidas, y immediacion de la barranca, pensó variar de sitio, eligiendo para una y otra, el immediato al Encino, en que solìa alvergarse el Venerable, y de que hacìa aquel uso, que diximos en el Capítulo XIII. ya citado.

Antes de poner en execucion su pensamiento, ocurriò à la Ciudad por la merced del deseado terreno; y noticioso de la pretension el Excmò. Sr. Marquès de Cadereita, Virrey entonces de este Reyno, en nombre de Su Magestad hizo donacion de èl al Convento de N. P. S. Francisco de la Puebla, del que se le diò luego possession, por parte, y con intervencion de la misma Ciudad.

Para trazar la nueva fábrica, passó Felix de Sau-

Saucedo Maeſtro de Alarife al referido ſitio, al que llegaron acaſo en el miſmo dia el Dr. D. Pedro Creſpo de Roxas, Racionero de la Santa Igleſia Cathedral de la Puebla, el Br. Marcos Melgarejo, Presbytero, y Abogado de la Real Audiencia, y el Br. Pedro Anzurez, tambien Presbytero, los que no ſolo ſe ofrecieron à bendecir el demarcado lugar, como lo hicieron; ſino que tomando el primero el azadon, comenzò à abrir perſonalmente los cimientos: demoſtracion devota, que imitaron, aſſi los demàs Sacerdotes, como otros Cavalleros Seculares concurrentes, que fueron, el Alferez Mayor de la Puebla D. Geronymo de Salazar, el Regidor Alonſo Diaz de Herrera, el Capitan Sebaſtian de Vargas Fermizedo, D. Gabriel de Alcantara, y D. Bartholomè Cano.

A tan edificativa accion ſiguiò la ſolemne promeſſa por eſcrito, que firmaron todos en preſencia de Fr. Joſeph de Vargas, y Fr. Juan Marin Lunes 23 de Octubre del año 1639, de cooperar con ſus limoſnas à la concluſion de la iniciada obra, en atencion, ſegun declararon en el miſmo inſtrumento, à ſu gran devocion al Venerable Padre Aparicio.

Concluida en fin la Capilla con la extenſion de una mediana Igleſia, y immediata à la miſma una pequeña Celda para la aſſiſtencia del Religioſo, ſe traſladò la Imagen, que le dà haſta hoy el titulo de Nrà. Srà. del Deſtierro: haviendo precedido, aſſi para ſu fundacion, como para celebrar en ella el Santo Sacrificio de la Miſſa la preciſſa licencia de Cavildo Sede-vacante por muerte del Illmò. Sr. D. Gutierre Bernardo de Quiròs Obiſpo de la Puebla.

A los noventa y tres de la referida fundacion,

cion, deſeoſo el Illmò. Sr. D. Juan Antonio de Lardizaval, y Elorza, Obiſpo de aquella Dioceſis, de que ſe eſtablecieſſen en ella los RR. PP. Miſſioneros Apoſtólicos del Colegio de la Santa Cruz de Querétaro, conſiguiò del Excmò. Sr. Virrey Marquès de Caſa-fuerte expidieſſe Decreto en 19 de Septiembre de 1732, en virtud del qual concediò ſu licencia, para erigir en Hoſpicio de dichos Padres, la mencionada Hermita, ò Capilla, calidad, en que ſe ha mantenido haſta el preſente.

Sin embargo del Título, que dà à aquel apreciable Lugar la Santa Imagen, y de haver reformado en cumplimiento del Decreto del Sr. Urbano VIII. la del Venerable, que ſe havìa retratado en el miſmo Lienzo (poniendole laureola, y una Cruz en la mano, con que quedò repreſentando à ſu Amigo S. Diego) la inalterable fama de ſantidad de aquel primer Heroe, que lo habitò, ha hecho que ſea mas comun entre las gentes el del Hoſpicio, ò Hermita de S. Aparicio, y à conſeqüencia de la devocion que indìca eſte renombre, los favores con que correſponde aquel à los que imploran ſu patrocinio, aun valiendoſe como inſtrumento del ya referido arbol.

Eſte, que en aquel tiempo, en que lo eſcogiò para hacer ſus retiradas el Santo Hombre, le franqueaba en ſu tronco una competente oquedad, en que ſe entraba à orár, ſe halla en el dia en ſola la corteza; pero ſin menoſcabo en el verdor de ſus ramas, ni dexar de producir à ſu tiempo muchas vellotas, de las quales, aſſi como de las ojas, uſa la devocion, contra toda eſpecie de enfermedades, y eſpecialmente para roturas, fiebres, y partos.

Quandò ſe les enferman à los Labradores los gana-

ganados, ha experimentado ſu piedad como eſpecífico, el machacar las dichas ojas, y darſelas à beber desleidas en el agua.

A mas de los innumerables beneficios conſeguidos por los dichos medios, ſolicitan con anſia los devotos un cierto licor, ò recina, que deſpide de sì el referido Encino, como remedio univerſal contra todo género de dolencias, aun incurables, aſſegurada ſu eſperanza en la verdad de los dos prodigios, que ya referimos, y con que damos fin à la vida prodigioſa del Venerable.

En el tiempo, en que aſſiſtìa en la recien fundada Hermita Fr. Juan Marin, depuſo el miſmo, y teſtificaron algunos otros Religioſos, llegò à ella un enfermo tan deplorado, como que ſe hallaba con todo el caſco corroido, y virtiendo de èl peſtilentes materias por todas partes: dirigiòſe luego al arbol, con la veneracion de haver ſido mancion del Venerable Siervo de Dios, y fiando de ſu recina ſu remedio, ſe untò con ella la podrida cabeza; executado lo qual, ſe entrò à la Igleſia, y poſtrandoſe delante del Altar de Nrà. Srà. ſe quedò dormido. Aſſi ſe mantuvo un corto rato, paſſado el qual, deſpertò publicando à grandes voces ſu milagroſa curacion, de que dieron evidente teſtimonio, à mas de otros pequeños, quatro pedazos del dañado caſco de caſi dos dedos en quadro, que dexò pendientes de las paredes de la miſma Igleſia, que publicaſſen el poder que tiene para con el Altíſſimo la eficaz intereeſſin del Venerable.

El ſegundo prodigio acaeciò el dia 10 de Agoſto del año 1663 en el miſmo Lugar, y ſegun ſus circunſtancias mucho mas admirable. Havìa en la Ciudad

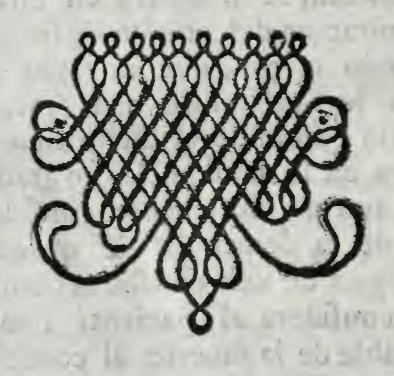
de

de la Puebla un hombre notoriamente loco, y tratado como tal por todos ſus vecinos, el qual ſe entrò ſin capa, ni ſombrero, y con ademanes de furioſo en la Celda del Religioſo, à cuyo cuidado eſtaba el Santuario, preguntando por el arbol del Padre Aparicio. El Religioſo, que en la actualidad ſe hallaba à la meſa, intentò ſoſegarlo con ofrecerle que comieſſe: mas deſpreciando el enfurecido hombre el convite, repetìa ſus inſtancias porque ſe le moſtraſſe el arbol, que buſcaba. No le dexò el temor à aquel otro arbitrio, que ſalir de la Celda, y enſeñarſelo. Partiòſe àcia èl al punto el infeliz demente, y abrazandolo con demoſtraciones de fervor, y devocion, tomò de ſu recina, y untandoſe con ella la cabeza, y cara, ſe acoſtò al pie del miſmo, donde ſe quedò dormido por el eſpacio de algo mas de una hora; al cabo de cuyo tiempo deſpertò, dando evidentes ſeñas de haverſele reſtituido enteramente el juicio. Inſtòle nuevamente el Religioſo à que tomaſſe algun alimento; lo que hizo, manifeſtando ſu gratitud, con el mayor concierto en las expreſſiones; y vuelto luego à la Ciudad, ſe mantuvo en ella dos meſes, ſiendo la admiracion del comun de ſus gentes; y mucho mas quando vieron, que al favor de aquel beneficio havìa logrado el de una ſanta diſpoſicion, con que muriò cumplido el dicho tiempo.

¿Quien en ſu ſano juicio no graduarà por miſerabiliſſimo, aun abſolutamente conſiderado, el infeliz eſtado de la demencia? ¿Y quanto ſe deberà juzgar mas digno de una chriſtiana compaſſion aquel eſtado, ſi ſe conſidera al paciente con reſpecto al trance inevitable de la muerte; al concebirle privado de aquel uſo de ſus potencias, tan neceſſario, y de

que podrìa pender tal vez su salvacion? ¿Quanto no es de temer, que en medio de una vida gastada en devaneos, y locuras de mundo, nos assalte el último accidente, à que sobrevenga un delirio, que nos prive de aquel uso, y con èl de la eterna felicidad? Serìa graduarnos mas que de locos el dexar de horrorizarnos à la séria meditacion de estas verdades. Dichosos pues, los que imitaren, quanto les sea possible, la vida prodigiosa de un Aparicio; mas à los locos pecadores, como yo, concluyo suplicandoles por aquel amor, con que atendiò èl mismo à sus proximos, interessen su particular proteccion, à fin de que los liberte el Altíssimo de aquella miseria en la carrera de la vida, y les conserve el juicio necessario para acabarla con una santa muerte.

LAUS DEO.



INDI

INDICE
De los Libros, y Capítulos contenidos en este Tomo.

LIBRO PRIMERO.

LIBRO TERCERO.

LIBRO QUARTO.

FIN.



REITERACION DE LA PROTESTA del Author, y correccion de algunas erratas.

EN la Proteſta, que ſe halla impreſſa al principio de eſta Vida (y que aqui reproduce ſu Author) à la expreſſion de *La conſtancia de virtudes aſſi Theologales, como Cardinales del Venerable Siervo de Dios Fr. SEBASTIAN DE APARICIO*, declarada por N. SS. P. Clemente XIII. debe añadirſe: *en grado heroico.*

Pag.	*Linea.*	*Errata.*	*Correccion,*
18.	9.	oftecian.	ofrecian.
21.	23.	pretenſion.	pretenſion.
22.	ult.	ſalza.	ſalſa.
27.	26.	ſinguieron.	ſiguieron.
51.	5.	aguaſeros.	aguazeros.
52.	15.	Soverbia.	Soberbia.
53.	28.	aguaſero.	aguazero.
54.	9.	excito.	éxito.
67.	11.	llamado.	llamada.
75.	7.	arrazaſſe.	arraſaſſe.
76.	21.	Tlazcala.	Tlaxcala.
86.	29.	carniboros.	carnivoros.
92.	8.	aguaſero.	aguazero.
94.	22.	deſacèo.	deſaſeo.
98.	30.	ſed bueno, y luego.	ſed bueno: y luego
99.	1.	Del ſu zelo.	De ſu zelo.
119.	5.	cenegales.	cenagales.
121.	17.	excito.	éxito.
124.	12.	aguaſero.	aguazero.
125.	ult.	ahuja.	aguja.
Ibid.	26.	ſalza.	ſalſa.
129.	26.	Viſcotela.	Biſcotela.

Pag.

Pag.	Lin.	Errata.	Correccion.
135.	23.	excito.	éxito.
148.	8.	cortezmente.	cortèsmente.
154.	19. & 23.	Cortefero.	Cortezero.
155.	3.	Cortefero.	Cortezero.
160.	23.	co-lo hicieron.	como lo hicieron.
Ibidem.	25.	mancion.	manfion.
164.	3.	mrtal.	mortal.
180.	23.	fluccion.	fluxion.
186.	15.	expedicion de la	expedicion, de la
187.	24.	efcabacion.	excabacion.
196.	26.	càyo.	càllo.
211.	19.	Sambrano.	Zambrano.
214.	22.	dicenterias.	diffenterias.
Ibid.	32.	cafor	cafos.
232.	6.	recina.	refina.
Ibid.	18.	mancion.	manfion.
Ibid.	19.	recina.	refina.
Ibid.	29.	intercefin.	interceffion.
233.	14.	recina.	refina.